

♦ Capítulo 1 – La invocación

Donde el mundo llama, y una grieta responde

El templo estaba sellado desde hacía once años.

No por temor a lo profano, sino por el eco que había quedado encerrado allí dentro, vibrando entre las piedras.

Un eco que no tenía voz, pero que no cesaba.

Los clérigos lo llamaban “la cámara hueca”.

Los aprendices decían que por las noches el suelo jadeaba como si respirara.

Pero los ancianos...

los ancianos no hablaban de ella.

Allí, en esa sala redonda excavada bajo el corazón de la montaña, con muros revestidos de sal negra y vitrales sellados con polvo de hueso, se alzaba el círculo mayor.

Once anillos concéntricos de ceniza comprimida, cada uno marcado con los nombres que jamás fueron pronunciados, los nombres de aquellos que **habían sido invocados y rechazados.**

Y en el centro, una sola piedra, lisa, oscura como agua quieta.

Donde nadie había osado tocar desde la última vez.

La vez en que **el cuerpo llegó sin alma.**

La reina Arihén no había vuelto a entrar desde entonces.

Pero esa mañana, con el invierno aún contenido tras las cumbres, caminó hasta la entrada sin escolta.

Vestía de gris.

Sin corona.

Sin capa.

Como si el reino ya no la reconociera como su reflejo.

—Ábranla —ordenó.

El guardián del umbral vaciló.

—Majestad... no hay garantía de—

—No la busco.

Sus ojos no brillaban.

No lloraban.

No temblaban.

Solo estaban... **vacíos de lo que alguna vez había esperado.**

Y eso era más aterrador que la rabia.

La puerta se abrió con un susurro bajo, como si la montaña sollozara.

Detrás de Arihén marchaban tres heraldos del reino, uno por cada línea hereditaria aún viva.

Y detrás de ellos, en silencio absoluto, **Irisel.**

La asesina de la luz.

La única en ese templo que no creía que los dioses fuesen infalibles.

La cámara tenía un solo aroma:

piedra húmeda, sudor viejo y tiempo estancado.

El Sumo Invocador, un anciano de rostro anguloso y cabello delgado como polvo, les esperaba de pie junto al círculo.

No hizo reverencia.

Los viejos ritos no incluían cortesías cuando el mundo pendía de un hilo.

—¿Está decidido? —preguntó sin emoción.

Arihén asintió.

—No hay otro camino. Las profecías han callado. Los nacimientos se detienen. La sangre no enraíza. El templo de Assil quiebra su luz. Y mi hija...

—Su voz se quebró un segundo, solo uno—

...sueña con cosas que aún no existen.

—Entonces el ciclo se abre —dijo el invocador—.

Y el que no debía venir...

será traído.

Encendieron las once velas.

Cada una con un fuego extraído de lugares distintos:

la fragua de un herrero que mató a su hijo;

el farol de una madre que esperó a un esposo muerto;

el incendio de una aldea que jamás fue vengada.

Porque para llamar al que no pertenece,

no se usa esperanza.

Se usa pérdida.

Las runas comenzaron a girar en silencio.

Los heraldos tomaron sus posiciones.

Irisel desenvainó su daga, no para matar...

sino para recordarle al mundo que a veces, la sangre abría lo que la palabra no podía.

Y entonces, **el círculo respiró.**

Las cenizas se alzaron sin viento.

Las llamas titilaron sin brisa.

Y en el centro...

el aire se torció.

No se abrió un portal.

No hubo luz.

No hubo relámpagos.

Solo un **doble leve, una curvatura imperceptible del tejido** que se desgarraba sin violencia.

Como si alguien, desde otro lugar, **hubiera aceptado la invitación sin comprenderla.**

El cuerpo llegó antes que el alma.

Siempre es así.

Era un hombre.

Joven, pero marcado por algo que no era tiempo.

Cubierto de barro que no era de esta tierra.

Y quieto.

Nadie habló.
Nadie se movió.

Hasta que su pecho, tras segundos eternos, **se alzó.**

Una inhalación.

Profunda.

Dolorosa.

Como si cada costilla hubiese olvidado cómo obedecer.

Los ojos se abrieron.

Negros al principio.

Luego, poco a poco... **humanos.**

Y entonces miró.

No a Arihén.

No al Invocador.

No a Irisel.

Miró al suelo.

Y susurró:

—He llegado demasiado tarde...

Los presentes no entendieron.

Pero **Naeliz sí.**

Naeliz cerró los ojos...

...y sonrió.

Porque **el ciclo, al fin, se había vuelto a abrir.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 2: *El escape — Dos lunas, una sombra*

La penumbra del altar vibraba con una energía arcana intensa y oscilante.

Los círculos de invocación, tallados con precisión cruel sobre el mármol negro, ardían con un fulgor blanco que no alumbraba: más bien, **devoraba la oscuridad a su alrededor** como si tuviera hambre propia.

Las runas inscritas se movían con una vida imposible, ondulando como venas de un cuerpo que aún no había despertado del todo.

Y el aire... el aire palpitaba.

Los cánticos guturales de los sacerdotes, cada uno colocado en su círculo con los brazos alzados como ramas retorcidas, retumbaban con la cadencia de un corazón colectivo.

No eran plegarias.

Eran comandos.

Un lenguaje demasiado antiguo para ser recordado por la carne.

Un código escrito para invocar aquello que nunca debería ser convocado.

La suma invocadora, erguida como estatua entre los anillos, lideraba la ceremonia con una mirada que no vacilaba.

Su túnica de hilo dorado rozaba el suelo con la gracia de una sentencia.

Sus ojos —dos carbones encendidos— estaban fijos en el altar central.

El altar donde **él yacía**.

El invocado abrió los ojos.

No fue el despertar de quien nace a un mundo nuevo.

Su espalda contra el mármol sentía un frío tan antiguo como el exilio.

Sus pulmones aspiraron por primera vez el aire cargado de inciensos pesados y humo de velas apagadas, y lo rechazaron al instante.

Su ropa, empapada en sudor, se adhería a la piel con la incomodidad del desarraigo.

Un zumbido eléctrico le cruzaba la médula, como si todo su cuerpo aún no decidiera si debía pertenecer a ese plano.

No era magia.

No era miedo.

Era **memoria confundida**.

—Otra secta de lunáticos. Perfecto —murmuró con desdén ronco, más para sí mismo que como declaración.

Su voz cortó el ritual como un cuchillo de hierro entre cánticos de oro.

Ningún sacerdote lo oyó.

Estaban absortos.

Perdidos en la tensión que crecía como un tambor enloquecido en el corazón del ritual.

Y El invocado, que nunca había sido un peón complaciente, **tomó una decisión**.

Sin moverse demasiado, discretamente, giró su muñeca izquierda.

Los dedos formaron un gesto que recordaba solo de forma refleja.

Una ilusión menor.

Una **sombra protectora**, una habilidad que en su mundo había aprendido por diversión...
...y que aquí le daría libertad.

Su figura comenzó a desvanecerse.

La luz lo rodeó, pero **no lo alcanzó**.

Su silueta se diluyó como humo sobre un lago tranquilo.

Y cuando el círculo mágico se cerró con una llamarada final...

ya no estaba.

—¿Dónde está?! —gritó un clérigo, su voz quebrada por el pánico.

—¡La figura se desvaneció! ¡El patrón de luz colapsó! ¡Assil, perdónanos!

La suma invocadora retrocedió un paso, desfigurada por la sorpresa.

Y por primera vez en décadas, **el fuego ceremonial titiló.**

El caos se desató.

Guardias armados irrumpieron.

Velas se volcaron.

Los cánticos murieron como cuerdas cortadas.

Y mientras la confusión llenaba la cámara como humo...

El invocado observaba desde las sombras.

Desde detrás de una columna lateral, donde la luz no alcanzaba, donde la lógica no lo buscaba.

Invisible.

Intacto.

Y evaluando.

No tenía miedo.

Solo un impulso de **salir**.

De no quedarse ni un segundo más bajo ese techo cargado de promesas rotas.

Salió de la cámara por un corredor lateral, sus pasos amortiguados por la piedra lisa y fría.

Las túnicas de los sirvientes ondulaban a su paso sin notarlo.

Los guardias, ocupados en gritar órdenes inútiles, no vieron al hombre que caminaba como un espectro entre columnas, candelabros y tapices.

El templo-palacio tenía muchas capas.

Salas de oración, galerías de linaje, corredores de ofrendas, todo embalsamado en incienso viejo y oro antiguo.

Pero él no se detuvo a mirar.

Sabía —como si lo hubiese sabido siempre— que **tenía que encontrar la salida antes de que ese lugar se diera cuenta de que había fallado.**

Y finalmente, tras cruzar una doble puerta de madera tallada con símbolos que apenas pudo entender,

salió a **los jardines exteriores.**

El cielo estaba despejado.

No había tormentas.

Ni fuego celestial.

Ni dragones.

Solo **las dos lunas**.

Una, rojiza, brillaba como un ojo abierto que jamás pestañeaba.

La otra, pálida como hueso, se suspendía sin moverse, como una respiración contenida.

Ambas lo miraban.

No con juicio.

No con bienvenida.

Solo con conocimiento.

Y El invocado, alzando la mirada, se permitió una sonrisa sarcástica.

—Dos lunas... ¿Y esta es la bienvenida?

Las piedras del jardín crujieron bajo sus botas mojadas.

El aroma de tierra húmeda y ceniza flotaba en el aire.

Más allá de los arbustos en flor y las columnas que sostenían el cielo, **la ciudad esperaba**.

Y en ella, su destino.

Pero por ahora,

era libre.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 3: *Naorhal — Una ciudad con memoria*

Los muros de Naorhal no eran altos ni majestuosos.

Eran viejos.

Desgastados.

Cubiertos de líquenes que relucían débilmente bajo la luz de los faroles mágicos.

La ciudad no se defendía con fuerza, sino con indiferencia.

El invocado llegó a pie, cruzando un puente de piedra agrietada que unía los jardines exteriores del templo con los barrios más bajos de la ciudad.

El agua del canal corría turbia, espesa, con reflejos anaranjados.

Y el aire comenzaba a oler distinto:

menos incienso, más humo de leña, piel sucia, grasa, orina.

Y vida.

Las calles estaban adoquinadas de forma irregular, y en cada grieta crecía una flor diminuta o un pedazo de musgo obstinado.

Faroles de cristal templado colgaban de estructuras de madera que crujían con el viento.

Dentro de ellos, **luciernagas mágicas** revoloteaban lentamente, proyectando sombras móviles en paredes encaladas.

Había sonidos.

No de música, ni de celebración.

Sino el ruido constante de una ciudad que se remienda a sí misma cada noche:

vendedores que discutían en dialectos rotos,

carretas arrastradas por animales hastados,

niños que corrían entre charcos sin destino,

risas secas.

Peleas contenidas.

Secretos a media voz.

Naorhal era vieja.

Y no quería morir.

El invocado caminaba sin prisa, pero con intención.

Su ropa —aunque ahora manchada y arrugada— aún conservaba un aire extraño, moderno para los ojos del lugar.

Eso le valía miradas ocasionales, pero no suficientes para alarmar.

Aquí, la extranjería era común.

Lo raro no era un hombre con mirada fría.

Lo raro era alguien que no pidiera nada.

A mitad de una calle sinuosa, una voz lo alcanzó.

—¡Hey, forastero! —gritó un chico desde la esquina, apoyado en una columna de ladrillo.

Tendría unos dieciséis años.

Desgarbado, ropa gris raída, cuchillo corto apenas visible bajo el cinto.

El invocado lo miró sin detener el paso.

El chico se adelantó.

—¿Nuevo por aquí? —insistió, como si las lunas lo hubieran puesto allí con ese único propósito.

El invocado lo evaluó de un vistazo.

Flaco.

Ágil.

Peligrosamente valiente.

Útil. O molesto. Aún por decidir.

—Eso parece —respondió, sin tensión.

—Tarek —dijo el muchacho, con una sonrisa de zorro—. Y en esta ciudad, si no sabes a quién saludar... no sabrás a quién temer.

Antes de que El invocado pudiera replicar, una voz femenina y firme llegó desde las sombras de un portal lateral.

—Déjalo, Tarek.

La mujer que apareció no era joven.

Tampoco vieja.

Tenía ojos que habían visto cosas, y una voz que había aprendido a no temblar.

Vestía una túnica oscura, gastada en los bordes, y un pequeño saquito de hierbas colgaba de su cintura.

—Mira —dijo el muchacho con tono burlón—, siempre tan simpática.

Ella lo ignoró y se acercó a Lefuan.

—No pareces un ladrón. Pero tampoco pareces saber dónde estás.

—Estoy aprendiendo —dijo El invocado. Su tono era neutro. Su mirada, fija.

—Entonces te doy el primer mapa —dijo ella, sin moverse—. Taberna del León Dorado. Dos calles al este. Allí hablan quienes no deberían. Si tienes algo que ofrecer, alguien allí lo sabrá.

Mira giró sin más, deslizándose entre la gente con la naturalidad de quien no necesita despedirse.

El invocado caminó en la dirección indicada.

La ciudad parecía aceptar su presencia no por gusto, sino por costumbre.

Como una herida que ya no sangra, pero tampoco cierra.

Frente a una puerta de madera oscura y con herrajes oxidados, se detuvo.

Una cabeza de león tallada en bronce presidía la entrada.

Sus ojos estaban vacíos, pero algo en ellos lo incomodaba.

Como si observaran el interior... y no al visitante.

Entró.

El León Dorado olía a leña húmeda, cerveza derramada y secretos fermentados.

El calor era espeso.

Las velas colgaban bajas, proyectando luces anaranjadas sobre las mesas rústicas.

Y las conversaciones bajaban de volumen al notar su presencia, sin detenerse del todo.

Se sentó en un rincón.

Solo.
Pero no por mucho.

Una mujer se acercó sin decir palabra.
De cabello oscuro, atado con descuido.
Sus manos llevaban años de trabajo.
Su espalda no era noble, pero su mirada sí.

Dejó una jarra espumosa frente a él.
—Aquí vienen todos a buscar algo —dijo, sin mirarlo de frente—. Pero cuidado con lo que deseas.
—Busco respuestas —respondió El invocado, sin levantar la voz.
—Aquí —dijo ella, esbozando una sonrisa cansada—, las respuestas cuestan más que el oro. Y se cobran en silencio.

El invocado bebió.
No por sed.
Sino por costumbre.
Porque en todos los mundos, **alguien siempre ofrece una bebida antes de un destino.**
Y esa noche, entre la espuma de la cerveza y las sombras de la ciudad,
Naorhal **registró su nombre.**
Sin saber aún lo que eso significaba.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 4: *La noche sin sueño*

La habitación era pequeña.

Techo bajo.

Madera vieja.

Una única ventana que dejaba entrar la luz de las dos lunas filtrada por cristales sucios.

No era una habitación de nobleza, ni de taberna populosa.

Era una cámara lateral del León Dorado, oculta tras un pasillo angosto con olor a moho y yerbas secas.

El invocado no la había pedido.

Simplemente, Mira se la había ofrecido al pasar, sin mirarlo.

“A veces, el silencio vale más que una cama limpia.”

Se sentó en el borde de la cama.

El colchón crujió con la resignación de años de historias ajenas.

No había chimenea.

Ni alfombra.

Ni lámpara.

Solo la luz temblorosa de las lunas entrando en un ángulo oblicuo.

Un halo azulado sobre el suelo.

Otro, más tenue, sobre la pared.

Y su cuerpo entre ambos.

Como una balanza sin centro.

Deslizó los dedos por su muñeca izquierda.

Aún sentía el temblor leve del truco de sombras, como si su propia magia no terminara de asentarse en este mundo.

El zumbido no se había ido del todo.

Tampoco lo esperaba.

Era como un eco que no encuentra el cañón adecuado donde morir.

Como si algo —en alguna parte— estuviera llamándolo aún.

No sabía qué.

Ni quién.

Pero sí sabía que **no era el templo.**

No se recostó.

Solo cerró los ojos y se apoyó contra la pared áspera.

La madera olía a humo viejo y a sueños usados.

No dormía.

No soñaba.

Pero **recordaba... sin recordar.**

Fragmentos.
Una palabra rota.
Un rostro sin forma.
Una risa de niña.
Un jardín en otro tiempo.
Una promesa.

Pero no eran recuerdos.
No eran suyos.
No todavía.

Eran como semillas flotando en agua oscura.
A la espera de que algo las tocara.

En otro plano, fuera del tiempo y la ciudad, **Naeliz observaba.**
No desde las estrellas, ni desde el altar, ni desde un sueño.
Desde el **tejido mismo del devenir.**
Y lo veía.

Allí, sentado en esa habitación sin historia.
Un hombre que aún no sabía su nombre completo.
Un alma que había dicho "sí" mucho antes de que las palabras existieran.

Naeliz no hablaba.
No tocaba.
Solo sentía.

Y esa noche, mientras El invocado no soñaba,
ella **soñaba con él.**

Era el **reconocimiento de una pieza olvidada** volviendo a encajar en la urdimbre.
El mundo aún no sabía que lo necesitaba.
Pero Naeliz sí.

Las horas pasaron sin medida.
Los ruidos de la taberna se apagaron.
Las velas se extinguieron.
Y la ciudad se envolvió en su propio silencio.
Pero en esa habitación, **algo permanecía despierto.**
No el cuerpo.
No la mente.

El alma.

Esperando el primer encuentro.
La primera palabra que cambiaría su rumbo.
La primera mirada que no lo confundiría con otra cosa que **lo que era.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 5: *El día en que todos caminaron hacia algo*

El invocado se despertó antes del alba.

No porque el sueño hubiese terminado, sino porque **no había comenzado**.

El cuerpo se le sentía menos ajeno.

Pero no suyo.

No del todo.

La habitación seguía igual.

La luz azul había desaparecido, sustituida por un gris húmedo que entraba como niebla vieja a través de la rendija de la ventana.

Fuera, los primeros sonidos del día:

- Un martillo lejano golpeando hierro sin prisa.
- La voz áspera de una mujer llamando a sus hijos por nombre.
- El chasquido de una cuerda de pozo.
- Pájaros que no cantaban, sino que emitían notas secas, mecánicas, como si se obligaran a hacerlo.

El invocado bajó las escaleras del León Dorado sin llamar la atención.

La sala común estaba medio vacía: una pareja dormida sobre una mesa, un anciano que removía una sopa ya fría, y Mira barriendo en silencio con el mismo saco de hierbas colgado al costado.

Ella no lo miró.

Solo dijo:

—El pan es fresco. Pero la leche no ha llegado. Decide según tu estómago.

El invocado dudó un segundo.

Y entonces, como un chispazo desde algún lugar lejano —más cerca de los huesos que de la mente—, **recordó su nombre**.

—Lefuan Lucius —murmuró, como si se lo dijera a sí mismo.

Luego, levantó un poco la mirada—. Mi nombre es Lefuan.

Mira alzó apenas una ceja, sin interrumpir el movimiento de la escoba.

Se detuvo justo antes de girar, y respondió sin florituras:

—Mira.

Y este no es un lugar que haga muchas preguntas.

Lefuan asintió.

Lefuan tomó una hogaza sin agradecer.

Partió un trozo.

Lo comió en silencio.

Como si masticar le permitiera recuperar una parte de sí.

Fuera, la ciudad ya se agitaba.

Naorhal de día no era menos extraña, pero sí **más disimulada**.

La magia dormía en los cimientos, sí, pero **el hambre mandaba en las calles**.

Los mercados abrían con lentitud, los mercaderes encendían inciensos para espantar la mala suerte, y los templos menores hacían sonar campanas ahogadas para marcar el inicio del "quinto compás" —la hora que los mendigos sabían que aún no traía limosnas, pero ya alejaba los sueños.

Lefuan caminó por calles secundarias, evitando las avenidas principales.

No porque temiera ser reconocido... sino porque **su cuerpo elegía siempre el borde**.

El borde del camino.

El borde de la luz.

El borde del mapa.

Así era como respiraba mejor.

Cerca del mediodía, en el Templo Alto de Assil, **Irisel se arrodilló ante el Consejo de los Brazos de la Luz**.

No porque lo merecieran.

Sino porque el protocolo lo exigía.

Vestía su túnica negra ribeteada en plata.

El cabello trenzado con la marca del tercer círculo.

La daga, limpia.

—El Invocado escapó —dijo un sacerdote.

—Escapó... antes de que el círculo se cerrara —añadió otro—. Eso lo convierte en un error. En una amenaza.

—¿Y en un objetivo? —preguntó Irisel, sin levantar la cabeza.

Silencio.

La respuesta no hacía falta.

Fuera de la cámara, mientras cruzaba el pasillo de los vitrales, Irisel no dijo nada.

Pero en su mente, **algo vibraba**.

No era el deber.

No era la fe.

Era otra cosa.

Curiosidad.

No lo había visto de cerca.

Solo la forma.

La ausencia.

La ruptura del rito.

Y eso era peor que cualquier profanación.

Porque una cosa es luchar contra algo que se entiende.

Otra... es perseguir una sombra que nunca pidió ser traída.

En otro punto de la ciudad, Lefuan miraba su reflejo en una charca.

No se reconocía.

No del todo.

Pero no lo odiaba.

Solo lo estudiaba.

Porque cuando no sabes quién eres...

saber cómo caminas es un buen inicio.

Ese día, dos personas caminaron en direcciones opuestas.

Sin buscarse.

Sin nombrarse.

Pero el mundo ya **los colocaba en la misma línea.**

Y Naeliz, desde el velo de las cosas no dichas,

seguía observando.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 6: Voces en penumbra — El consejo y los ecos del error

La sala del Consejo era más antigua que el trono.

Y más oscura.

No por falta de luz, sino porque sus piedras no reflejaban ninguna.

Estaban hechas de basalto velado, una roca que absorbía el fulgor como si le ofendiera.

Las antorchas colgadas a intervalos regulares crepitaban con fuego azul.

No por decoración, sino por protección.

Arihén había exigido que cada reunión del Consejo se hiciera a puerta cerrada y bajo esos fuegos encantados. Solo ellos podían revelar si uno de los presentes no era... real.

Esa noche, once sillas estaban ocupadas.

Once rostros, cada uno con poder sobre una parte distinta del Reino Interior: comercio, ejército, fe, herencia, extranjería, ciencia, augurios, lengua, ley, recursos, y sombra.

Ninguno era rey.

Pero todos podían torcer el rumbo de un reino si hablaban al unísono.

Arihén no se sentó.

Permanecía de pie, con las manos entrelazadas detrás del cuerpo, la mirada fija en el mapa desplegado sobre la mesa de ónice.

Naorhal al centro.

Doce ciudades menores alrededor.

Un solo símbolo nuevo, aún sin nombre, marcado en rojo al pie del templo: *El Error*.

—Hemos fracasado —dijo el consejero de Augurios. Su voz temblaba, no de miedo, sino de impotencia—. Lo que no debía ser traído escapó de la red. Es un mal presagio.

—No sabemos si es maldición o... error —corrigió la voz neutra del consejero de Ley.

—¿No es lo mismo? —dijo la mujer del Asiento de Recursos—. Todo lo que escapa a su función se convierte en carga.

Arihén no hablaba aún.

Miraba la runa roja.

Cada línea estaba marcada con la sangre de un venado blanco. Aquel que había sido sacrificado al alba para permitir la invocación.

El ritual pedía pureza, y el mundo había devuelto libertad.

—Un Invocado no desaparece —dijo finalmente Arihén, sin levantar la voz—. Un Invocado guía.

Silencio.

El tipo de silencio que no deja espacio a negaciones.

—Y si no está aquí... ¿quién alumbrará el paso que viene?

El consejero de Herencia entrecerró los ojos.

—¿Insinúas que sin él, quedamos ciegos?

—No ciegos —respondió Arihén—. Solo expuestos.

Sin el espejo que nos muestra lo que no queremos ver.

La consejera de Fe, envuelta en su capa de lino oscuro, habló por primera vez en la noche:

—¿Y si no fue enviado por Assil? ¿Y si su ausencia es el juicio?

Arihén se giró lentamente hacia ella.

—Entonces el juicio ya ha comenzado.

Y no tendremos a nadie que lo traduzca.

•

—¿Cuál es su propósito, majestad? —insistió alguien más—. ¿Por qué sostener esta incertidumbre?

Arihén caminó hasta el ventanal sellado, sin mirar a nadie.

—Porque cuando la luz se retira...

no se busca una antorcha.

Se espera a quien tenga el valor de entrar en la oscuridad.

Y esa palabra bastó para congelar varias respiraciones.

No porque dudaran de su fe.

Sino porque Assil no hacía peticiones a los hombres. No directamente.

Sino porque **Assil no pedía. No corregía. Solo manifestaba.**

Y cuando lo hacía... la historia cambiaba.

—¿Y si fue un error de lectura? —preguntó el consejero de Lengua—. Las runas del sueño antiguo son ambiguas.

—El sueño no erró —dijo Arihén—. Fue la ejecución la que falló.

—¿Y qué propone hacer su majestad? —preguntó el consejero de Sombra, con voz suave como terciopelo, y filo apenas contenido—.

¿Cazarlo? ¿Encerrarlo? ¿Usarlo?

Sus dedos jugaban con el borde de un sello lacrado, negro como humo seco.

No lo alzó. No lo rompió.

Pero el gesto bastó para que los demás supieran que **sus sombras ya estaban en movimiento.**

Irisel, aunque no estaba en esa sala, **ya había recibido el mensaje.**

Y como siempre...

no necesitó esperar la orden para actuar.

Arihén no respondió de inmediato.

Giró lentamente hacia ellos, su mirada tan serena como el primer día de sus coronas.

—No sabemos si la invocación falló... o si decidió escapar.

Y en este palacio, no podemos permitirnos ignorar ninguna de las dos posibilidades.

Hizo una pausa.

—Así que sí. Vamos a buscarlo.

Y cuando lo encontremos... lo traerán con vida.

O no lo traerán.

Extendió un fragmento de pergamino.

Informes dispersos.

Siluetas no identificadas.

Rastros sin firma en los bordes del reino.

—No tenemos a un arma suelta —dijo Arihén, alzando la voz apenas lo necesario.

—Tenemos algo peor: **una voluntad sin cadena.**

Al mismo tiempo, del otro lado de Naorhal, el cielo comenzaba a llover barro.

No era un fenómeno común, ni tampoco extraordinario.

Simplemente, *ocurría*.

La ciudad, como siempre, lo aceptaba.

Lefuan escurría un saco de tela frente a la entrada trasera del León Dorado.

Había pasado la mañana transportando bultos de hierbas para Mira, y ayudando a cambiar los filtros de las velas encantadas que colgaban sobre la entrada.

No por generosidad.

Ni por gratitud.

Sino porque sabía que cada gesto mantenía su libertad.

—Te ves ridículo con esa cuerda —dijo una voz detrás de él.

Era Tarek, apoyado contra un barril de vino viejo.

—Y tú sigues pareciendo alguien que debería estudiar más y hablar menos —respondió Lefuan sin mirarlo.

Tarek rió.

—Los rumores corren, forastero. Y hoy traen algo jugoso.

Lefuan lo miró, midiendo si el muchacho exageraba por dramatismo o necesidad de atención.

—¿Qué rumores?

—Que el templo cometió un error. Que El invocado escapó. Que está oculto entre la gente.

—¿Y tú lo crees? —preguntó Lefuan, arrojando el saco vacío sobre una piedra.

—Yo creo lo que me pagan por creer —respondió Tarek, encogiéndose de hombros—. Pero algunos mercaderes han empezado a sellar sus puertas con sal. Dicen que no es bueno que lo que vino de fuera camine sin propósito.

Lefuan se limpió las manos.

No dijo nada.

Pero su sombra, proyectada bajo la luz de una vela torcida, parecía más delgada.

Como si quisiera separarse.

—¿Y tú? —preguntó Tarek, bajando la voz—. ¿Crees que un hombre pueda venir de otro mundo sin razón?

—No lo sé —respondió Lefuan—. Pero si lo hizo... probablemente ya esté haciendo preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

Lefuan sonrió apenas.

—Las que hacen temblar los tronos.

Tarek abrió los ojos con una mezcla de respeto y recelo.

—Tú no eres como los otros.

—Y tú hablas demasiado para vivir tanto —respondió Lefuan.

Luego entró.

Y la lluvia de barro siguió cayendo.

Y la ciudad, como siempre... lo aceptaba.

Mientras tanto, en lo alto del palacio, la reina Arihén alzaba la mirada al cielo enlodado.

Y por primera vez en once años, su corazón no sentía pesar.

Sentía... posibilidad.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 7: Irisel en la búsqueda — Donde la luz no brilla igual

El viento de las alturas traía consigo el eco de campanas ahogadas.
Naorhal se extendía como un tapiz herido bajo la mirada de Irisel, cada calle una cicatriz, cada plaza una célula abierta al rumor.

Desde lo alto del Torreón de la Bruma, la ciudad parecía más pequeña, más ordenada.

Una mentira cómoda.

Irisel no buscaba con furia.

Buscaba con método.

No preguntaba, no forzaba, no invocaba.

Escuchaba.

Vestía de gris, no de negro.

Sus armas estaban ocultas, sus símbolos de Assil cubiertos por un manto sin emblemas.

A los ojos de la ciudad, era solo una viajera más con rostro firme y pasado impreciso.

Había seguido huellas sutiles:

una posada que ocultaba más secretos que camas,

una tabernera que hablaba poco y escuchaba demasiado,

un muchacho con ojos de sabueso y manos rápidas.

Todo señalaba al forastero.

Todo lo confirmaba.

Pero Irisel no lo perseguía para matarlo.

No aún.

Sabía que algo había salido mal.

No en la invocación, sino *en el mundo mismo*.

Y él... era la grieta por donde ese error se filtraba.

•

Al atardecer, entre las plazas del segundo anillo, escuchó los nombres.

Y entonces supo dónde estaría.

•

La ceremonia era pública, pero no abierta.

Un acto simbólico entre nobles, rodeado de bardos contratados y templarios de mirada vacía.

**

Lefuan caminó entre los invitados con la torpeza medida de quien no desea parecer demasiado cómodo ni demasiado extraño.

Había cambiado de ropa: una túnica de tonos azul ceniza, un cinturón de cuero oscuro, botas limpias.

Nada noble.

Pero tampoco plebeyo.

Tarek lo había traído con una excusa sencilla:

"Necesitan manos para mover las ofrendas."

Y allí estaba.

Entre músicos y murmullos, entre ramas de olivo quemadas y hilos de incienso.

Sujetando una bandeja con un cuenco tallado en piedra volcánica.

No sabía para qué servía.

Solo que tenía que dejarlo a los pies del estrado, bajo la mirada de una joven cubierta con un velo blanco.

•

Irisel observaba desde las sombras de un corredor lateral, detrás de un toldo colgante que filtraba la luz en franjas rojas.

No tenía orden de actuar.

No aún.

Y sin embargo, su mano reposaba cerca de la daga.

La princesa alzó la mirada.

Lefuan, por un instante, se la sostuvo.

No había reconocimiento.

Ni sorpresa.

Pero sí... un eco.

Y en ese momento, sin luz ni trueno, el aire se tornó leve.

Como si el mundo respirara por primera vez en días.

Irisel no intervino.

•

Más tarde, cuando el cielo se cubría de un gris mineral, y la ceremonia se había dispersado en vino y canciones olvidables, Lefuan caminó junto a Tarek por los callejones de vuelta a la taberna.

Desde el tejado de una casa vacía, Irisel los seguía con la mirada.

La daga seguía envainada.

Pero su convicción comenzaba a agrietarse.

Y en su pecho, bajo la cicatriz que sellaba su voto a Assil, algo palpitaba con la forma vaga de una duda.

Naeliz, entre los hilos de lo no dicho, apenas suspiró.

Las piezas se tocaban.

Aún no sabían que jugaban.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 1: *El festival — La ciudad enmascarada*

Tras una semana, Naorhal amanecía distinta.

La niebla que usualmente flotaba sobre los tejados no era hoy un estorbo, sino parte del rito.

Los comerciantes no vociferaban; recitaban.

Los niños no gritaban; reían entre susurros.

Los templos abrían no para rezar, sino para que cada vecino **encendiera su propia llama**.

La **Fiesta de las Luces** no era un día santo.

No celebraba una victoria, ni una coronación, ni la fundación de nada.

Celebraba lo que **nunca se dijo**.

El instante en que, según el mito, las dos lunas bajaron al mundo durante una noche de silencio absoluto,

y sus sombras **se miraron entre sí... sin comprenderse**.

De aquel encuentro, dijo la leyenda, nació el **destino**.

Y desde entonces, una vez cada paso completo de las lunas,
la ciudad se disfrazaba de sí misma.

Las calles se decoraban con miles de **velas flotantes**, pequeñas luces atrapadas en burbujas que navegaban por el aire como si buscaran a quién seguir.

Los balcones colgaban cintas de colores distintos:

rojo por el deseo,

verde por lo no dicho,

azul por la memoria de lo que aún no ocurrió.

Nadie llevaba su rostro descubierto.

Ni mendigo, ni noble.

Cada quien portaba una **máscara distinta**, y la tradición dictaba que **nadie podía hablar su propio nombre hasta que se apagaran las luces del último farol**.

Era la noche en que la identidad se rendía.

La noche en que los dioses **cerraban los ojos**.

Los preparativos llevaban días.

Los artesanos tallaban nuevos faroles de papel,

las cocineras llenaban urnas con sopa especiada y panes dulces con forma de luna creciente,

y los clérigos —sí, incluso los de Assil—

guardaban sus dogmas por una noche, sabiendo que el pueblo necesitaba celebrar lo que no entendía más que lo que podía adorar.

Desde lo alto, Naorhal parecía una constelación caída.

Los tejados brillaban con fuegos de mil tonos.

En los canales, barcos con luces de loto surcaban lentamente el agua turbia.

En las plazas, acróbatas y contadores de historias preparaban sus actos bajo los nudos de luz colgante.

Pero el corazón de la fiesta no estaba en los templos ni en las calles.
Estaba **en el anonimato compartido.**

Por una noche, nadie era quién debía ser.

En los barrios altos, donde los nobles aún fingían importar más que los símbolos,
la **reina Arihén** contemplaba la ciudad desde su torre.

No participaba.

Ya no.

Había una copa de vino sin tocar junto a ella.

Un pergamino enrollado con un decreto aún sin firmar.

Y una sola frase en su mente, repetida como un eco de infancia:

“Las luces se encienden para que las sombras bailen sin culpa.”

En la calle principal, los tambores resonaban como el pulso de la piedra misma.

Un ritual antiguo en ritmo nuevo.

Gente con máscaras de ciervo, cuervo, zorro, lechuza.

Rostros pintados con polvo de luna y pigmento mineral.

Las puertas abiertas.

Los juicios suspendidos.

Las reglas dormidas.

Era la noche en que **nadie debía ser visto...**
y por eso, todos se veían.

Y entre ese mar de luces y rostros ocultos,
un hombre sin máscara caminaba.

Sin prisa.

Sin disfraz.

Sin linaje.

Lefuan Lucius.

Pero aún no se llamaba así para ellos.

Aún no tenía historia.

Solo pasos.

Y ojos que comenzaban a cruzarse.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 2: *La llegada de Lefuan — Un invitado sin máscara*

Lefuan cruzó la calle principal de Naorhal como quien atraviesa un sueño que no le pertenece.
Y era eso exactamente.

Un sueño ritual.

Una ilusión colectiva que, sin embargo, todos creían con más fuerza que a sus dioses.

La ciudad era un jardín de símbolos.

Las luces colgantes se balanceaban suavemente, proyectando reflejos ondulantes sobre las fachadas.
A cada paso, sonaban instrumentos de cuerda y viento: notas suaves, disonantes, de melodías que no buscaban armonía, sino **movimiento**.

La música no celebraba nada concreto.

Era más bien una memoria sin rostro, sostenida por la repetición.

Y él...

sin máscara.

La gente lo notaba.

No lo miraban directamente.

No lo señalaban.

Pero al pasar, los cuerpos se giraban un grado más de lo necesario.

Los rostros enmascarados se detenían una fracción más de lo socialmente permitido.

Algunos se apartaban.

Otros simplemente lo ignoraban... demasiado rápido.

Porque esa era la regla de la noche:

todos llevan algo que los oculta.

Y Lefuan no llevaba nada.

Sus ropas no eran nobles ni andrajosas.

Una capa gris oscura que ya había perdido el color en los bordes.

Camisa de lino endurecido por el polvo del viaje.

Botas de suela extraña, no del todo de cuero, como si vinieran de una época que aún no había ocurrido.

Y sus ojos...

demasiado despiertos.

No estaban perdidos.

No exploraban.

No jugaban.

Miraban como si cada imagen quedara grabada en piedra.

Como si este mundo fuera **una amenaza calculada.**

Se detuvo ante un puesto de faroles artesanales.

Una anciana vendía esferas de cristal con llamas atrapadas dentro.

—¿Deseas uno? —preguntó con voz rasposa—. Uno por deseo, dos por promesa, tres por secreto.

Lefuan la miró un instante.

Luego miró los faroles.

—¿Qué ocurre si no tengo ninguno?

La anciana parpadeó, y por debajo de su máscara de pájaro, sonrió con cansancio.

—Entonces estás vacío. O lleno. Lo sabrás al final de la noche.

Continuó caminando, sin tomar nada.

Las calles se angostaban por tramos, obligando a los cuerpos a rozarse.

Pasó junto a un grupo de niños disfrazados de zorros, que lanzaban pétalos al aire como bendiciones.

Uno de ellos se detuvo frente a él, lo miró... y le tendió una flor.

Lefuan la aceptó.

No dijo nada.

Pero cuando el niño volvió con los suyos, murmuró algo que el viento apenas alcanzó a llevar:

“No tenía sombra...”

En una glorieta cubierta de tela roja, un grupo de músicos afinaba sus instrumentos mientras acróbatas se balanceaban en sogas invisibles entre los balcones.

Máscaras de lobo, de ciervo, de cabra, de mariposa.

Ritmos sin medida.

Risas que se apagaban apenas pronunciadas.

Un sueño compartido.

Y Lefuan, caminando sin disfraz, era **una fisura en la ilusión.**

Un par de nobles lo observaron desde una terraza.

Uno de ellos, joven, murmuró:

—Ese no lleva marca. ¿Lo ves?

—¿Crees que es extranjero?

—¿Y si es uno de los cinco?

—No. Los cinco no se mostrarían aún...

—O tal vez —dijo el primero, mirando con atención—, es el fuego antes del relámpago.

Y mientras los rumores empezaban a brotar como gotas de tinta en agua clara, él seguía avanzando.

Ajeno.

Pero no del todo.

Como si **supiera que el mundo giraba en torno a un núcleo que aún no había tocado.**

A lo lejos, en otra calle en curva,

una joven con capa blanca y máscara de cuervo caminaba en dirección opuesta.

No con prisa.

Pero sí con dirección.

La seguía una figura esbelta, felina, de ojos plateados.

Y cuando las luces de ambas calles se cruzaron...

también lo hicieron sus destinos.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 3: *Luana en la multitud — Princesa sin título*

Luana caminaba entre la gente como si flotara.
No por gracia heredada ni adiestramiento cortesano.
Sino por algo más simple:
conocimiento.

Conocía a su pueblo.
Sus calles, sus fiestas, sus rutinas.
Sabía dónde se formaban los remolinos de niños, dónde los músicos improvisaban armonías sobre callejones rotos,
dónde los ladrones eran románticos y los mendigos sabios.
Y esa noche, era solo **una sombra blanca entre luces múltiples.**

Vestía una capa sencilla, de lino bordado con hilos de plata apagada.
Sobre el rostro, una máscara de cuervo —una de las más respetadas del festival.
Los antiguos decían que el cuervo era el único animal que recordaba sus sueños.
Y que traía palabras del mundo que viene después.

A su lado, como siempre, caminaba **Goucha.**

Alta, de movimientos suaves y pasos elásticos.
Sus ojos —felinos, plateados, atentos— absorbían cada gesto del entorno.
Llevaba el rostro descubierto, como correspondía a una gou vinculada.
Los que sabían ver la reconocían, pero no se atrevían a nombrarla.
Porque nombrarla sería nombrar a quien la llevaba en vínculo.
Y eso, en la Fiesta de las Luces, estaba **prohibido.**

Luana no hablaba.
Solo observaba.

Los aromas del festival la envolvían:
pan de raíz dulce, carne de ave adobada, vapor de hierbas amargas que subía desde pequeñas teteras ceremoniales.
Los sonidos le acariciaban los oídos:
cítaras, flautas de hueso, cantos sin palabras que se alzaban desde los tejados.

Pero lo que más sentía eran los **colores.**

La ciudad estaba viva.
No como palacio.
No como reino.
Sino como cuerpo.

Y esa noche, por unas horas, **ella pertenecía.**

Goucha habló por primera vez tras media hora de andar.

—Te miran menos este año —dijo, sin sarcasmo, solo con precisión.

Luana asintió.

—Eso es bueno.

—¿No extrañas que te reconozcan?

Luana sonrió bajo la máscara.

—Hoy no.

Dieron vuelta en una calle angosta y emergieron a la plaza lateral de los Talladores, donde el suelo estaba cubierto por pétalos secos y lámparas colgaban desde hilos cruzados como una red de estrellas artificiales.

Y allí,
sin buscarlo,
lo vio.

Él estaba quieto, junto a una fuente cerrada por una reja de hierro negro.
No hacía nada.
No hablaba con nadie.
Solo miraba hacia las luces como si no perteneciera del todo a esa realidad.

No llevaba máscara.
No parecía querer una.
Y sin embargo, **era más difícil de leer que todos los demás juntos.**

Goucha lo sintió al instante.
Sus orejas se movieron levemente.
Sus ojos, entrenados en el silencio emocional de Luana, buscaron señales que no encontraron.

Luana se detuvo.
No por sorpresa.
Sino porque su cuerpo lo decidió antes que su mente.

—¿Lo conoces? —preguntó Goucha, con voz baja.

—No —respondió —.

Pero creo... que sí.

Durante unos segundos, el mundo pareció **detener su rotación.**

No por magia.

No por milagro.

Sino porque **la coincidencia perfecta** de dos cuerpos destinados a entrelazarse es una fuerza que ni el tiempo puede ignorar.

Y cuando **los ojos de Lefuan** se alzaron y se cruzaron con los suyos,
no hubo relámpagos,
ni viento,
ni música dramática.

Hubo **una pausa.**

La clase de pausa que precede a todas las historias que importan.

Luana no se acercó.

No aún.

Pero algo dentro de ella **ya había dado el primer paso.**

Y Goucha...

Goucha lo supo.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 4: *El gesto — La ofrenda de luz*

El silencio ceremonial cayó con una sincronía sobrecogedora.

La ciudad entera, por unos minutos, dejó de respirar.

Las campanas del templo bajo —tres notas graves, una aguda, otra grave— marcaron el inicio del ritual central.

La gente se reunió en torno a la **Columna del Recuerdo**, un monumento de piedra lisa que emergía desde el centro de la plaza como un hueso de la tierra.

En su cima, un cuenco vacío, esperando recibir las ofrendas de fuego.

La tradición era clara:

cada ciudadano debía colocar una **vela ritual**, encendida con fuego tomado de su hogar.

Un fuego **propio**, familiar, íntimo.

Así, la ciudad recordaba quiénes eran, de dónde venían, y qué habían vivido.

Pero Lefuan no lo sabía.

Nadie se lo había explicado.

Y si lo hubieran hecho, tal vez no habría entendido.

Los asistentes avanzaban en fila.

Las máscaras ocultaban los rostros, pero no los gestos.

Un niño ofrecía una vela con lágrimas.

Un anciano entregaba la suya con manos temblorosas.

Una pareja la sostenía entre los dos, como un pequeño pacto sellado en cera y luz.

La ceremonia era íntima, solemne.

Y todos la honraban sin palabras.

Todos... menos uno.

Lefuan se acercó al altar, sin haberse colocado en la fila.

Nadie se atrevió a detenerlo.

No porque lo reconocieran, sino porque su presencia **desestabilizaba las formas**.

Tenía en la mano algo que no era una vela.

Una **ramita seca** que había recogido horas antes, al salir del templo-palacio, cuando aún no sabía que cada gesto sería interpretado como un símbolo.

La sostuvo entre los dedos.

La prendió con una llama improvisada —una chispa que brotó entre dos uñas frotadas en un gesto mágico.

El fuego no era dorado.

Era **azulado**.

Breve. Vivo. Fugaz.

Y lo depositó en el cuenco sagrado.

Sin reverencia.

Sin rezo.
Solo con una expresión ausente.
Y se alejó.

Un murmullo recorrió la plaza.
No escándalo.
No furia.
Sino algo peor para una ciudad de tradición:
incomprensión.

Luana lo observaba desde el otro extremo de la plaza.
Oculta entre bailarines que formaban parte de una rueda ceremonial.
Goucha, a su lado, contenía el aliento.
—No... —susurró Goucha—. No sabe lo que está haciendo.
Luana no respondió.
No apartó los ojos de él.
Porque en ese momento, más que nunca,
él era real.

No era arrogancia lo que lo movía.
Tampoco desprecio por el rito.
Era simplemente eso que algunos sabios llamaban **libertad esencial**:
actuar sin miedo a las costumbres porque se desconoce su cárcel.
Y lo que Luana sintió no fue admiración, ni sorpresa, ni alarma.
Fue algo más íntimo.

Y Goucha, cuya alma estaba atada a la de Luana,
lo sintió también.
Como una corriente que entraba desde lo desconocido y se alojaba entre sus costillas.
Porque ese gesto,
ese fuego azul,
no había sido un insulto.
Había sido **una ofrenda real.**
No tradicional.
No autorizada.
Pero profundamente verdadera.
Y eso, en Naorhal...
era más peligroso que una traición.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 5: *El encuentro — Fuego compartido*

El bullicio de la plaza había retomado su curso, como si el gesto de Lefuan hubiera sido asimilado por la ciudad con la misma facilidad con la que olvida lo que la incomoda.

Las luces bailaban otra vez.

Los músicos afinaban melodías circulares.

El vino especiado corría como agua.

Pero para Luana, el festival ya había cambiado.

Ella lo había seguido.

Sus pies, envueltos en sandalias de cuero suave, se deslizaban entre los pliegues de la multitud.

A su lado, **Goucha** la seguía en silencio, cada paso contenido, cada mirada tensa.

Sabía que no podía detenerla.

Y que tampoco debía.

Lefuan había tomado una calle lateral, estrecha y mal iluminada, donde la música se convertía en eco.

No huía.

Simplemente buscaba **aire sin ojos**.

Y allí, bajo una guirnalda de **fuegoflor** —esas plantas que ardían sin quemar durante las noches sagradas—,

la vio.

La reconoció **como alguien que también buscaba sombra**.

Ella se detuvo a tres pasos de él.

La capa blanca aún la envolvía.

La máscara de cuervo cubría su rostro.

Pero su voz, cuando habló, **no necesitó presentación**.

—No llevas máscara.

Él la observó un instante.

Sus ojos no tenían miedo ni interés.

Solo claridad.

—Tampoco tengo nombre aquí —respondió.

—En esta noche, eso no es un problema —dijo Luana—. Es libertad.

Lefuan miró las flores sobre sus cabezas.

Sus lenguas de fuego crepitaban en silencio.

—¿Y si me gustara no tener rostro?

Luana sonrió.

Él no la vio.

Pero lo supo.

—Entonces hoy es tu día.

Mañana... ya veremos.

El silencio entre ellos no era incómodo.
Era denso, como una manta tendida sobre algo frágil.

Goucha, más atrás, se mantenía de pie con los brazos cruzados, los ojos clavados en Lefuan.
No con hostilidad.

Con cautela.

Era raro ver a Luana hablar con un desconocido.
Raro... pero no imposible.

—¿Y tú? —preguntó él, tras un instante.

—¿Yo qué?

—¿Te gusta esconderte?

Luana miró hacia la plaza.

Desde allí, las luces parecían flotantes, como un recuerdo que no se decide a borrarse.

—A veces. Pero más que esconderme... me gusta ver sin ser vista.

—¿Y qué ves cuando nadie sabe quién eres?

Ella lo miró.

A través de la máscara.

Y sus palabras salieron con suavidad:

—Veo quiénes mienten mejor cuando creen que nadie los observa.

Y quiénes, como tú...

no saben mentir en absoluto.

Eso lo hizo sonreír.

Un gesto leve. Real.

Como si algo dentro de él recordara cómo hacerlo.

Ella dio un paso más cerca.

Él no retrocedió.

—¿Tienes algo que ofrecer esta noche? —preguntó.

—No vine a ofrecer. Vine a entender —dijo Lefuan.

—¿Y has entendido algo?

Él la miró fijo.

Y respondió:

—Sí. Que lo que brilla en exceso, normalmente teme a su sombra.

Luana se quedó en silencio.

No por sorpresa, sino porque entendía esa frase demasiado bien.

—Entonces sabrás caminar aquí —dijo.

Y luego, dio media vuelta.

—¿No me dirás tu nombre? —preguntó Lefuan, justo antes de que se perdiera entre las sombras.

Ella se detuvo un instante.

—Hoy no.

Mañana... tal vez.

Si me recuerdas sin máscara.

Y desapareció entre los pliegues del festival.

Goucha pasó junto a Lefuan sin hablar.

Pero al pasar, sus ojos se cruzaron.

Y en ellos, **no hubo juicio.**

Solo una advertencia suave, muda, de quien ha vivido lo suficiente para reconocer las líneas que aún no se han escrito...

pero ya están decididas.

Como si en ese cruce de miradas, algo antiguo —más viejo que ambos— hubiera asentido en silencio.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 6: *El acto — La consumación silenciosa*

El festival seguía ardiendo en las calles como una fogata sin centro.
Las luces colgantes danzaban entre canciones cada vez más desordenadas.
El vino sabía más fuerte.
Las máscaras se caían sin querer.
Los bailes se volvían lentos, pesados, cercanos.

Y lejos de todo eso, en los **jardines laterales del palacio de cristal**, donde las luciérnagas no eran decorativas sino salvajes, **Luana volvía a buscarlo**.

Goucha la había seguido hasta el umbral del pasillo de arbustos.
Luego se detuvo.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz más baja que su aliento.

Luana no respondió.
Solo caminó.

Lefuan estaba recostado en un banco de piedra bajo un árbol de hojas rojizas, contemplando el cielo.
Las dos lunas se habían separado en su danza celeste, proyectando sombras dobles sobre el césped mojado.

Ella llegó sin anunciarse.
Sin palabras.

Se quitó la capa.
Se quitó la máscara.

Y se sentó junto a él.
Tan cerca que sus hombros se rozaron.

Él giró lentamente la cabeza.
La vio.
Realmente la vio.

Y entonces, por primera vez desde su llegada, **no se sintió extranjero**.

Luana tomó su mano con firmeza, sin vacilación.
La llevó a su rostro.
Luego, a su cuello.
Después, la apoyó sobre su pecho, justo donde el corazón marcaba su cadencia secreta.

No hubo invitación.
No hubo súplica.

Sólo una certeza compartida:

“Aquí. Ahora. Sin máscaras.”

Lefuan se inclinó hacia ella.

Sus labios se rozaron como si hubiesen sido creados para encontrarse justo en ese instante, bajo esa luz, con ese peso de historia futura apretando el aire.

Sus cuerpos no hablaban el mismo lenguaje, pero lo aprendieron esa noche sin errores.

Ahí, bajo una luna doble y testigos de piedra, se besaron como si el mundo no existiera.

La consumación fue silenciosa.

Sin palabras.

Sin promesas.

Sin nombres.

Sus cuerpos se entrelazaron sobre la hierba fría,

entre ramas que crujían por el roce de la piel y hojas que caían sin que nadie las notara.

En la intimidad que siguió, Lefuan notó un tercer par de ojos que los observaba con discreción... no desde la maleza, sino desde la sombra de la propia muchacha.

Una silueta femenina, de orejas puntiagudas y cola flexible, aguardaba sentada en una posición de respeto. No llevaba máscara. Su piel era pálida, sus ojos felinos. Y aunque su cuerpo era hermoso, su actitud no era la de una amante ni de una sirvienta.

—¿Quién es ella? —preguntó Lefuan, aún desnudo, cubierto por la túnica ligera de la princesa.

La joven rió suavemente, sin esconderse más.

—Ella es mi *gou*. Se llama **Goucha**. Un regalo cuando cumplí doce años. Está conmigo desde entonces.

—¿Un regalo? —repitió, con incredulidad.

—Las *gou* nacen para formar vínculos. Son... especiales. No esclavas, pero tampoco libres. No como ustedes lo entenderían.

Goucha se acercó lentamente, y en ese instante Lefuan sintió algo extraño: una especie de **eco emocional**, como si la excitación de la princesa la envolviera, amplificada desde otro cuerpo.

—Comparten emociones... —murmuró.

Luana asintió.

—Las *gou* son el alma dividida en dos. Se unen primero con nosotras, las mujeres, desde niñas. El hombre viene después, si ambas lo aceptan. Los matrimonios verdaderos son tríadas: una mujer, su *gou*, y un hombre digno de ambas.

—¿Y si no lo es?

—Entonces ninguna lo acepta.

Lefuan no respondió. El mundo era extraño... pero él también lo era.

Esa noche fue más que pasión. Fue la siembra de una historia que aún no comprendían.

El mundo no se detuvo.

Naorhal no se rindió.

Pero **el destino sí**.

Naeliz sí.

Y en los hilos invisibles que aún tejían la vida futura,

una hebra comenzó a brillar con calor nuevo.

Después, cuando todo terminó,
Luana se incorporó sin mirar atrás.
Se vistió en silencio.
Recogió su máscara.
Se cubrió el rostro.

Y dijo, sin girarse:

—No preguntes quién soy.
Solo recuerda cómo te sentiste esta noche.

Y se marchó entre las sombras del jardín,
dejando atrás el aroma de una flor que no crece en ninguna parte...
pero que Lefuan recordaría hasta el fin de todo lo que insiste en regresar.

Él no la detuvo.

No necesitaba respuestas.

No aún.

Sólo cerró los ojos y, por primera vez en este mundo,
sonrió.

Porque esa noche, no había sido un intruso.

Había sido **un hombre.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 1: *Ecos del día anterior — Rumores bajo la luz rota*

Naorhal amaneció sucia, hermosa y silenciosa.

La Fiesta de las Luces había terminado hacía apenas unas horas, pero sus huellas persistían como un sueño que se resiste a ser olvidado.

En las plazas, los faroles apagados colgaban como cuerpos rendidos.

Las calles olían a cera derretida, a frutas fermentadas y a incienso barato que aún flotaba en el aire como un fantasma amable.

Sobre los charcos de la madrugada, las máscaras caídas parecían rostros sin dueño, y los pétalos secos crujían bajo los pasos de los primeros trabajadores.

Era la mañana después del olvido ritual.

Y sin embargo, **algo no se había borrado.**

En el mercado del Puente de las Carpas, tres mercaderes discutían entre sí:

—Yo lo vi. No llevaba máscara. Caminaba como si fuera el único real.

—¿Y la mujer de blanco? ¿La que se fue con él al jardín?

—Dicen que... —y el resto fue susurro.

En los corredores del Templo de Assil, dos acólitos trapeaban el suelo con esmero ritual.

—La suma invocadora no ha salido desde anoche.

—¿Tú crees que fue él? El del altar.

—Nadie se esfuma así. Ni siquiera un invocado... a menos que no lo hayan invocado del todo.

Y en la sala norte del Palacio de Cristal, donde se reúnen los miembros del círculo íntimo de la reina Arihén, los rumores eran más precisos.

—Luana no durmió en su habitación.

—¿Estás seguro?

—Goucha regresó sola... y no respondió ninguna pregunta.

—Entonces es cierto.

—¿El qué?

—Que el forastero no es solo un problema mágico. Es un problema político.

Lefuan caminaba por la ciudad ajeno a casi todo.

No por ignorancia, sino por elección.

Sabía que lo observaban más que antes.

Sentía las miradas sostenidas de los comerciantes, los cortesanos, incluso de los niños que ahora se apartaban cuando él cruzaba un umbral.

No le importaba.

Aún no.

Vestía la misma ropa del día anterior.

Su capa gris no tenía bordado ni emblema.

Pero su andar tenía el peso exacto de quien **no pide permiso para existir**.

Pasó por la herrería de los Quellan, donde los aprendices callaron al verlo.

Por la biblioteca baja, donde una anciana copista detuvo la pluma un instante mientras él cruzaba la galería.

Por la fuente central, donde los músicos callejeros interrumpieron el ritmo de flautas para observar su espalda alejarse.

En el interior del León Dorado, Mira servía infusiones a media docena de clientes.

Al verlo entrar, no dijo nada.

Solo colocó un cuenco humeante sobre la barra y se alejó.

Tarek, desde un rincón, lo saludó con dos dedos y una sonrisa torcida.

—¿Tú sabías que los nobles no soportan que alguien robe la atención sin decir una palabra? —dijo el muchacho—. Es como quitarle el bastón a un cojo: se caen por rabia, no por debilidad.

Lefuan bebió en silencio.

La infusión era amarga y dulce a la vez, como una verdad aún no dicha.

Desde la terraza del templo lateral, **Irisel** observaba todo con calma.

Sus ojos no parpadeaban.

Su túnica oscilaba con el viento.

Y en su mano, una pequeña hoja de palma giraba lentamente entre los dedos, como una moneda que aún no había decidido qué cara mostrar.

No se movía.

No hablaba.

Pero su atención ya estaba fijada.

No en la ciudad.

En él.

Y en la cámara alta del Palacio de Cristal, **la reina Arihén leyó un informe.**

Dos páginas.

Pocas frases.

Al final del documento, una palabra subrayada tres veces:

“Invocado.”

No hubo órdenes.

No aún.

Solo una frase.

—Traedlo. No como prisionero. Como... incógnita.

Y así, sin aviso previo,
mientras Naorhal comenzaba a sacudirse la resaca de su noche más sagrada,
el hombre sin nombre fue llamado a presentarse ante el trono.

No por castigo.

No por honor.

Sino porque el mundo, de pronto, ya no sabía qué hacer con él.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 2: *Convocatoria real — El juicio sin palabras*

Dos hombres lo esperaban al pie del León Dorado.

No vestían armaduras.

Ni ropas ceremoniales.

Solo capas largas con el escudo bordado de la familia real: un halcón blanco rodeado por tres estrellas.

—Señor Lefuan —dijo el más joven, sin inclinarse—. La reina solicita su presencia.

Solicita.

No “ordena.”

Una elección de palabras que decía mucho... y ocultaba más.

Lefuan no preguntó por qué.

Tampoco se negó.

Lefuan ya había sentido esas sombras que lo acechaban desde hacía días; no había escapatoria ni defensa posible. Se resignó, pues, y caminó con ellos.

Atravesaron los barrios nobles sin hablar.

Las calles estaban limpias, casi vacías.

Algunos habitantes los observaban desde ventanas altas, detrás de cortinas apenas entreabiertas.

Ya no era el forastero anónimo.

Ya no era el hombre sin máscara.

Era **el hombre al que la reina había llamado.**

Y eso... inquietaba.

El Palacio de Cristal se alzaba como un templo congelado.

No brillaba como su nombre sugería.

La piedra blanca y los vitrales apagados le daban un aire solemne, no festivo.

Era un lugar **para decidir el destino de los demás.**

Y esa mañana, el destino de Lefuan parecía estar a punto de ser negociado.

Fue conducido por un corredor ancho, flanqueado por estatuas sin rostro.

Cada una sostenía un objeto distinto: una corona rota, una pluma de ave, una balanza vacía.

Nadie lo detuvo.

Nadie lo tocó.

Como si ya perteneciera al lugar...

o como si estuvieran **esperando ver si lo hacía.**

La sala de audiencias era circular.

La luz entraba desde un vitral cenital en forma de espiral.

Y en el centro, sin trono elevado ni guardias alrededor, estaba **Arihén.**

La reina.

No vestía de gala.
Llevaba un vestido de luto con detalles de bordado dorado apenas visibles.
Su cabello recogido en un peinado firme, sin adornos.

Solo sus ojos hablaban.
Y hablaban en el idioma de los que han sobrevivido demasiado tiempo.

—No llevas armas —dijo ella.

Lefuan negó con la cabeza.

—No soy una amenaza.

—Lo sabes tú —respondió la reina—. No lo sabe el reino.

Ella descendió un peldaño.

No como amenaza.

Sino como quien desea observar de cerca **lo que no entiende del todo.**

—¿Sabes quién soy?

—No oficialmente —respondió Lefuan, sin titubear.

—Eso no importa. Las máscaras han caído.

Un silencio.

Y luego:

—Estuviste con alguien anoche.

Él no respondió.

Ella tampoco repitió la pregunta.

El sonido de puertas laterales rompiendo el aire fue más potente que una trompeta.

Lefuan giró.

Y la vio.

Luana.

Vestida de blanco marfil, con una capa bordada en plata y esmeralda.

Corona liviana sobre la frente.

Cabello suelto por primera vez, como si no necesitara ocultar ya su estatus.

Y un gesto firme... que contenía todo lo que no podía decirse.

No se sorprendió.

Ni él, ni ella.

No hubo reencuentro dramático.

No hubo “tú eras...” ni “no puede ser.”

Solo una pausa en el aire.

Como si los nombres hubiesen llegado tarde a una historia que ya estaba en marcha.

—¿Tiene algo que decir, Alteza? —preguntó la reina, sin sarcasmo.

Luana miró a Lefuan.

A los ojos.

No al cuerpo.

No al pasado.

Y dijo:

—Nada.

Ya lo ha dicho todo con lo que **no dijo anoche**.

La reina se giró lentamente hacia él. Su mirada se detuvo, analizando su rostro, sus ropajes extraños, su actitud. Algo le hizo fruncir el ceño.

—Tiene algo... raro. No parece un cualquiera.

—No lo es —dijo la princesa, dando un paso al frente sin temblar—. Lo escojo como uno de mis pretendientes.

Un murmullo recorrió la sala como una ráfaga.

—¿Pretendiente...? ¿Después de esta deshonra?

—Lo escojo —repitió Luana, firme—. Según las leyes del linaje solar, tengo derecho a designar hasta cinco candidatos. Este es uno.

La reina cerró los ojos. Respiró hondo. Sopesó las posibilidades. Podía matarlo y arriesgarse a desatar un escándalo que pondría en duda la autonomía de su hija. O permitirlo... y cargarle el peso del ridículo a él.

La reina la observó un segundo.

Luego asintió.

—Entonces lo incluyo oficialmente en la selección —declaró—. Como uno de los cinco.

Un murmullo se esparció desde los rincones de la sala, donde estaban ocultos nobles, escribas y clérigos.

Lefuan frunció el ceño.

—¿Selección?

—Cinco pretendientes —explicó Arihén—. Por derecho ancestral, mi hija escoge a cinco hombres dignos de disputar su mano.

De entre ellos, uno será su esposo.

Pausa.

—Ella ha escogido cuatro. Tú eres el quinto.

Lefuan se mantuvo en silencio.

No por desconcierto.

Sino porque **no estaba seguro de si esto era una oportunidad o una trampa**.

—¿Y si me niego?

—Eres libre de hacerlo —respondió Luana—. Pero me gustaría verte intentarlo.

Y sonrió.

Con un gesto tan sereno... que dolía.

La reina no se inmutó.

—Tendrás dos días. El ritual comenzará con la primera prueba: el regalo.

—¿Qué tipo de regalo?

—Uno que hable de ti.

Uno para ella.

Y uno para mí.

Y con esa frase, Arihén se giró y abandonó la sala.

Luana la siguió.

Pero justo antes de cruzar el umbral, **se detuvo**.

Miró a Lefuan por última vez.

Y dijo:

—Ayer fuiste sombra.

Hoy, eres reflejo.

Veamos si mañana... puedes ser luz.

Y desapareció.

Y así, sin saber exactamente por qué, Lefuan pasó de ser un intruso nocturno a un pretendiente oficial... de la princesa del Reino Solar.

Lefuan se quedó solo.

En una sala redonda.

Con un eco nuevo dentro del pecho.

No tenía armadura.

Ni respaldo político.

Ni idea del juego.

Pero **ya estaba en él**.

Y eso, más que el peligro, **le hizo sonreír**.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 3: *La elección — El derecho de Luana*

La sala del Velo Alto se abría como un abanico de piedra blanca y madera oscura.

No era un trono lo que presidía el lugar, sino una **plataforma circular** de mármol pálido sobre la que ningún gobernante podía sentarse.

Solo **los herederos**.

Y esa tarde, todos los ojos estaban puestos sobre ella.

Luana.

Erguida como una llama.

Con el cabello recogido en un estilo doble trenzado, típico de la línea materna.

La capa real aún sin cerrar sobre los hombros: símbolo de que aún no era reina, pero **ya era elegida por la voluntad del tiempo**.

A su lado, como una sombra constante, estaba **Goucha**, vestida con túnica gris oscuro y los brazos cruzados sobre el pecho.

Su mirada recorría la sala sin descanso, con la calma feroz de quien no busca enemigos... pero los espera.

El maestro de ceremonias, un anciano de voz clara y manos decoradas con anillos rituales, marcó el inicio con una frase que resonó entre columnas:

—Se alza la heredera.

Y con ella, el derecho antiguo:

Escoger a cinco.

**No para amarlos,
sino para revelarlos.**

Los nobles más importantes de la corte estaban presentes.

Cada uno en su estrado, con sus colores de casa:

rojos, azules imperiales, verdes con filigrana, dorados opacos.

Todos sabían lo que venía.

Todos creían que lo sabían.

—Habla, hija del linaje —dijo el maestro—. ¿Quiénes serán los cinco que disputarán tu destino?

Luana dio un paso.

Su voz fue firme.

Ni dulce ni dura.

Definitiva.

—Primero, Sael de Ryndara.

—Segundo, Velkhan del Mar de Lasas.

—Tercero, Hedarín del Claro Oscuro.

—Cuarto, Lysir Val-Raem.

Cuatro nombres.

Cuatro casas.

Cuatro alianzas políticas.

Cada uno, al oír su nombre, asintió con un gesto ensayado.

Algunos sonrieron.

Otros simplemente bajaron la mirada, preparados para el juego que comenzaba.

—Y el quinto... —dijo Luana—.

El quinto no es noble.

No es nuestro.

No es siquiera... previsible.

Murmullos.

Algunos, incrédulos.

Otros, furiosos.

Una dama mayor dejó caer su abanico.

—El quinto es Lefuan.

El forastero.

El invocado.

Mi elección.

El silencio fue más sonoro que el escándalo.

En un rincón, **Irisel** observó sin pestañear.

Una mano en el cinto, la otra colgando libre.

No dijo nada.

Pero algo en su postura cambió.

La reina no intervino.

Ni aprobación ni censura.

Su rostro era el de alguien que ha visto muchas generaciones jugar este mismo juego.

Y sabe que lo importante no ocurre en los nombres... sino en **las pausas entre ellos.**

Lefuan, de pie en un lateral, sin escolta ni símbolo, **no pareció sorprendido.**

Tampoco agradecido.

Simplemente... presente.

Como si su cuerpo supiera que ese momento no era el inicio de nada, sino **la continuación de algo inevitable.**

El maestro de ceremonias tragó saliva, y con voz menos firme, repitió:

—Lefuan... incluido por voluntad directa de la heredera.

Y añadió, por formalidad:

—¿El convocado acepta el desafío?

Lefuan dio un paso.

Sus botas resonaron sobre el mármol.
—¿Desafío? —dijo, mirando a Luana.
—Yo solo vine a entender el mundo.
Si eso requiere luchar por él...
que así sea.

Hubo un silencio breve.
Y luego, una exhalación colectiva.
La sala retomó su respiración.
La ceremonia continuó.
Pero nada era ya igual.

Los cinco estaban definidos.
El tablero, dispuesto.
El primer movimiento vendría con la prueba de los regalos.
Pero incluso antes de que empezara, los ojos de tres pretendientes ya miraban a Lefuan no como a un rival,
sino como a una amenaza que no podían calcular.
Y Luana, en su lugar de luz,
sabía que no había elegido al más fuerte...
ni al más noble...
sino al único que **no pedía permiso.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 3.5: El estudio del forastero — Sombras entre ofrendas

Los pasillos del Archivo Imperial de Inscripciones estaban casi vacíos aquella mañana. El eco de los pasos de Lefuan reverberaba con discreción, como si incluso el suelo evitara interrumpir los pensamientos de quienes se atrevían a leer más allá del presente. Allí, entre pergaminos de márgenes quemados y códices sellados con lacre antiguo, él buscaba respuestas.

O mejor dicho... un símbolo.

Había aceptado el reto de ofrecer dos regalos: uno para la princesa, otro para la reina. No porque quisiera ganarse su favor, sino porque entendía que la neutralidad también es una elección... y en este mundo, una peligrosa.

Pero no sabía qué dar.

No en el lenguaje de ese reino.

Así que leyó.

Durante horas.

Tratados de paz de siglos pasados.

Decretos de herencia territorial.

Mapas olvidados.

Anotaciones marginales sobre el uso ritual de los astros.

E incluso un códice prohibido con tinta que solo se leía a la luz del alba, protegido por un conjuro de ignorancia selectiva.

Y entonces... algo encajó.

Una brecha legal.

Una cláusula antigua.

Una posibilidad.

Lefuan no sonrió.

Solo cerró el pergamino con cuidado y lo devolvió al estante como si fuera un secreto demasiado grande para ser sostenido por el gesto.

La solución estaba allí.

Pero no la compartiría.

**

En la corte, mientras tanto, los otros cuatro pretendientes hablaban con libertad y desprecio. A menudo, entre ellos.

—¿Has visto al forastero? —decía Lysir Val-Raem, con tono melifluido—. Camina por los jardines como si estos le pertenecieran. Sin guardia, sin emblema, sin tutor. Solo con ese aire de... ignorancia encantadora.

—Ignorancia, sí —añadía Hedarín del Claro Oscuro—. Y encantadora, quizá. Pero también peligrosa. A veces, el veneno llega sin sello real.

—Yo diría que es solo un perro callejero con buenos modales —sentenciaba Velkhan, apurando una copa de vino añejo—. Ladra poco, muerde menos. Pero los bufones de la corte siempre necesitan nuevos disfraces.

—Quizá por eso Luana lo escogió —murmuraba Sael de Ryndara, sin levantar la voz—. No por lo que es. Sino por lo que los demás no ven.

Ninguno lo temía.

Aún.

Solo lo menospreciaban con la cómoda arrogancia de los herederos.

Como si el mundo no pudiera sorprenderlos ya.
Como si todo lo importante estuviera escrito en genealogías y sangres.

**

Lefuan, por su parte, salió del archivo al caer la tarde.
No volvió a la posada.
No buscó aliados.
No consultó astrólogos.

Solo caminó por la ciudad como quien mide una vasija antes de llenarla.
Observó la distancia entre las estatuas del parque viejo.
El ángulo exacto del sol sobre la columna de la reina madre.
Y anotó detalles en su mente sin decirlos en voz alta.

Mientras tanto, Tarek lo vigilaba desde lejos, incrédulo.

—Este tipo no es normal —murmuró—. O es un loco... o es el único cuerdo en esta ciudad de farsantes.

Pero ni siquiera él se atrevía a preguntar qué pensaba el forastero.
Porque Lefuan, ese día, no parecía estar en Naorhal.
Estaba en otra parte.
Dentro de una idea.
Una idea que aún no había revelado.

Y el día del regalo se acercaba.

Los demás alzaban sus ofrendas con rimbombancia, declarando intenciones.
Lefuan solo sostenía el silencio.
Y ese silencio... era lo que más ruido hacía.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 4: *El regalo del día doble — El ritual de las lunas y el sol*

Las campanas del santuario astral repicaban con un ritmo irregular.

No eran campanas comunes.

Cada una correspondía a un cuerpo celeste visible desde Naorhal.

Y ese día, **las dos de tono doble** —la menor roja y la mayor blanca—
sonaban al mismo tiempo.

El fenómeno era raro. No milagroso.

Las dos lunas del cielo alcanzarían su punto de plenitud simultánea durante la noche.

Y al día siguiente, el sol se alzaría en su cenit más largo del año:

una noche con dos lunas llenas, seguida por el día solar más prolongado.

Los astrónomos llamaban a esto el **Día Doble**.

Los sacerdotes lo temían.

Y los cortesanos... lo aprovechaban.

Durante este intervalo sagrado, los pretendientes debían realizar **una ofrenda dual**:

—Una, en honor a la princesa.

—Otra, dedicada a la reina.

No se trataba solo de regalos.

Se trataba de lenguaje político envuelto en metáfora.

De declaraciones disfrazadas de obsequios.

De **intención proyectada en forma.**

En el palacio, la tensión era como un hilo de plata tirante.

Los pretendientes consultaban con astrólogos, bardos, bibliotecarios de linaje.

Algunos querían que sus presentes hablaran de poder militar.

Otros de herencia mágica.

Y algunos, los más cautos, preferían **no decir demasiado.**

Lefuan no pidió consejo.

Solo solicitó **una cita en el Archivo Imperial de Inscripciones.**

El escriba que lo recibió era viejo, ciego de un ojo, con una túnica sin mangas y una paciencia que rozaba la hostilidad.

—¿Qué desea registrar?

—Un acto simbólico. Tres documentos. No mágicos, pero sí con sello oficial.

—¿Tema?

—Propiedad...

—¿De qué?

—**Las ...** , a nombre de Luana.
Y el ... , a nombre de su madre.

El escriba lo miró en silencio.

—¿Está bromeando?

—No —dijo Lefuan, con una calma glacial—. Estoy narrando.

—¿Qué clase de documento es este?

—Uno que quedará en la historia. No porque sea cierto.
Sino porque **alguien lo escribió primero.**

El viejo suspiró.

Mojó su pluma en tinta negra de cristal.

Y comenzó a escribir.

Tres rollos.

Tres firmas.

Tres sellos de cobre grabados con la fecha exacta del Día Doble.

Uno se archivó.

Otro se entregó a Lefuan.

Y el tercero... fue enviado al Salón de Herencias, donde se almacenaban junto a las profecías.

Cuando salió, el cielo ya se había teñido de violeta.

Las dos lunas, aún pálidas, colgaban una junto a la otra como dos ojos que observaban la historia sin parpadear.

Esa noche, las calles se llenaron de faroles blancos.

El pueblo celebraba sin saber.

Bailaban bajo una danza astral que no comprendían del todo.

Pero en el palacio, bajo la piedra pulida y los tapices ceremoniales,
los preparativos comenzaban para lo que sería recordado como

**la noche en que alguien —por primera vez— ofreció a la princesa la noche...
y a la reina, el día.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 5: *La noche de las lunas — El doble regalo*

La gran bóveda de la Sala Aural estaba iluminada por fuego blanco. Velas suspendidas en filamentos invisibles flotaban en espiral, siguiendo el ritmo lento de la respiración colectiva de la corte.

El aire olía a incienso de ámbar, a cuero nuevo, a tensión ceremonial.

Sobre el suelo de mármol —un espejo bruñido con vetas de obsidiana— se reflejaban las figuras de los cinco pretendientes alineados como estatuas vivas.

Y al fondo, sobre un estrado de cristal, se sentaban **Luana**, la heredera, y **Arihén**, la reina.

La heredera llevaba una corona lunar ligera, con un rubí blanco sobre la frente.

Su vestido era gris plateado, más sencillo que el de sus doncellas.

Pero sus ojos brillaban con la misma intensidad que las dos lunas en lo alto del cielo.

Las dos lunas ya eran visibles, una creciente y rojiza, la otra entera y blanca, elevándose juntas como testigos imparciales.

La ceremonia había comenzado.

Uno a uno, los pretendientes entregaban sus ofrendas en medio del susurro sostenido de decenas de cortesanos expectantes.

Uno a uno, los pretendientes se acercaban.

Primero, hacia la princesa.

Después, hacia la reina.

Dobles dones. Dobles intenciones.

Un juego de espejos políticos y poéticos.

**

Sael de Ryndara, el primero, ofreció a **Luana** una lanza ceremonial.

Forjada en mithril de la grieta de Alkar, decorada con plumas encantadas de un ave ya extinta.

—“*Para que su brazo esté siempre protegido.*”

Luego se volvió hacia la reina Arihén y ofreció un estuche sellado con encaje negro.

En su interior: **el último mapa táctico escrito por su abuelo**, el general Raedar, quien derrotó a los Vashtur en la Guerra de la Estepa.

—“*Para que el trono recuerde siempre cómo defender su corazón sin perder la razón.*”

**

Velkhan del Mar de Lasas avanzó con paso ceremonioso.

A **Luana** le ofreció una botella de agua sellada, tomada del ojo central de la tormenta infinita que azotaba su costa.

—“*Porque el amor no se conquista: se navega.*”

Para **Arihén**, desplegó un manto tejido con hilos de coral encantado.

Cada hebra había sido recogida por buceadores de sangre noble, y el color cambiaba según la marea emocional de quien lo usara.

—“*Porque una reina también siente, y lo oculto a veces es lo que más la sostiene.*”

**

Hedarín del Claro Oscuro trajo a **Luana** una copa sin fondo.

Encantada para nunca vaciarse.

—“*Para que tu sed —de poder, de arte, de mundo— nunca se apague.*”

Para la **reina**, sin palabras, presentó una piedra tallada del tamaño de un puño.

Pero no era una piedra cualquiera.

Era **una geoda sellada por luz**, atrapada durante un eclipse triple en el Valle de los Lamentos.

Se decía que quien la abría en el momento justo podía ver el rostro del dolor... y elegir perdonarlo.

—“*Para que el pasado no encadene lo que aún puede florecer.*”

**

Lysir Val-Raem ofreció a **Luana** un retrato viviente: una pintura que respiraba, sonreía y envejecía con quien la mirara.

—“*Para que te veas a ti misma como te verá quien te ame de verdad.*”

Luego se giró hacia **Arihén** con elegancia excesiva, y le tendió una caja fina, de madera perfumada.

En su interior, un simple espejo redondo.

Pero al mirar en él, uno no veía su reflejo, sino **la imagen de uno de sus ancestros**, el que más se le parecía en carácter.

—“*Para que no olvide de dónde viene... ni lo lejos que ha llegado.*”

**

La corte aplaudió con dignidad medida.

Los nobles sonrieron con aprobación.

Los escribas anotaron cada objeto, cada frase, cada impresión pública.

Todo iba según lo esperado.

Ritual.

Prestigio.

Poesía ensayada.

Los aplausos fueron corteses.

Las reacciones, cuidadosamente neutras.

La reina no rompió su compostura.

La princesa no esbozó ni una sonrisa.

Y sin embargo, los murmullos ya comenzaban entre los invitados.

Faltaba uno.

El que no era noble.

Lefuan.

Y sus manos aún estaban vacías.

Pero sus ojos... no.

Sus ojos ya sabían qué traían.

Hasta que el maestro de ceremonia pronunció:

—Lefuan Lucius, del mundo sin nombre.

Invocado sin escolta.

Huésped sin linaje.

El salón enmudeció.

El caminó despacio.
Sus pasos eran limpios.
Sus ropas, sin adorno.
Su rostro, abierto como una pregunta aún no formulada.
Saco solo un pequeño estuche de cuero envejecido.
Nada más.

Frente al trono, se inclinó con cortesía mínima.
Luego, abrió el estuche.
Sacó un rollo de pergamino sellado con hilo de cobre.

Y habló.

—Majestad. Alteza.
Vengo a entregar mi ofrenda.

Se giró hacia Luana.
Y sus palabras, aunque firmes, tenían una cadencia extraña:
como si no estuviera pronunciándolas... sino recordándolas.

—Nadie puede regalarte una joya que iguale lo que ya eres.
Ningún objeto puede competir con tu presencia.
Así que no traje uno.
Traje **una idea**.

Lefuan levantó la vista hacia el cielo, como si considerara la inmensidad por un momento, y entonces respondió con naturalidad:

—Mi regalo es el más grande que alguien pueda ofrecer. No cabe en cajas. No se puede medir en quilates ni encerrar en jaulas.

Se giró hacia la sala, proyectando la voz como si hablara en un teatro:

—Propongo regalarle a vuestra hija... las dos lunas de este mundo. Tituladas y registradas a su nombre. Un gesto simbólico, poético... y jurídicamente válido, si los magos notariales no están tan oxidados como parecen.

Sostuvo el pergamino en alto.

—Esta es una inscripción simbólica.
Registrada, firmada, sellada.
He entregado a tu nombre las **dos lunas de Naorhal**.

Un silencio sepulcral se apoderó de la sala. Luego vinieron las risas.

—¿Las lunas...? ¡Qué ridiculez!

—¿Piensa firmar un documento y reclamar los astros como suyos?

—¿Esto es una burla al trono?

Lefuan alzó la mirada con calma y respondió:

—Según las leyes vigentes, todo territorio no reclamado o sin soberano reconocido puede ser inscrito legalmente a nombre de quien presente la solicitud formal y cumpla con los requisitos establecidos. No se trata de una burla, sino de un acto jurídico válido y fundamentado. Las lunas de Naorhal, hasta hoy, no tienen dueño registrado.

A partir de hoy —añadió—, los niños podrán mirar al cielo y decir:
“Esas son las lunas de Luana.”

Y no tendrán que entender por qué.
Solo sentir que **eso tiene sentido**.

Luana lo miraba sin parpadear.
Y aunque su rostro se mantenía sereno,
su alma ya no estaba quieta.

En un rincón del salón, Goucha observaba en silencio, sentada junto a su princesa, con una expresión neutra.

Pero sus emociones —compartidas en parte con Luana— temblaban como cuerdas tensadas.

Hubo un silencio profundo.

Ni risas.

Ni murmullos.

Solo un par de cejas alzadas, bocas entreabiertas.

Pero la reina no intervino.

Y el maestro de ceremonia... **tampoco detuvo nada**.

Porque no había norma que prohibiera las metáforas.

Ni reglas que castigaran **la belleza absurda**.

Una parte del salón contuvo la respiración.

La otra parte, simplemente **no supo qué hacer**.

Los murmullos comenzaron.

—¿Se cree poeta?

—¿Una burla? ¿Una ofrenda imaginaria?

—Ni siquiera un anillo. Ni un objeto tangible...

Pero la reina no reía. No del todo. Había algo en esa idea que le había hecho levantar una ceja. Un regalo imposible... sí, pero uno con potencial simbólico. Si se presentaba bien, podía convertir a su hija en "**Princesa de las Lunas**" y a ella misma en algo aún más poderoso.

Lefuan notó la grieta en su expresión. Y remató con otra frase, lanzada como una daga con elegancia:

Llevaba otro estuche de cuero.

Igual al anterior.

Se detuvo a pocos pasos de la reina.

No la miró desde abajo.

Tampoco desde arriba.

Simplemente la miró.

Y dijo:

—Y para vos, Majestad, tengo algo aún más digno: el título de **Reina del Sol**.

Un murmullo de asombro recorrió la sala.

—Vuestra Majestad.

Para vos... tengo el sol.

El silencio fue absoluto.
El tipo de silencio que ni las piedras se atreven a llenar.

Sacó el segundo pergamino.

—He registrado, en el Archivo de Inscripciones, un título nuevo.
Uno sin base religiosa, sin linaje.
Pero con peso simbólico suficiente para perdurar más que los tratados.
Lo desenrolló.

—**Arihén de Naorhal: Reina del Sol.**

Dueña de la luz que no teme sombra.
Señora del día que no se esconde.
Autoridad no por mandato, sino por persistencia.

No lo entregó.
Lo sostuvo en alto.
Lo dejó brillar, justo cuando un rayo de luz cruzó el vitral y tocó el papel como si hubiese sido convocado.

—No vengo a decir lo que sois.
Solo a dejarlo escrito... para que otros no lo olviden.

La reina Arihén no se movió por varios segundos.
Luego, lentamente, se levantó.

Su sombra se alargó sobre el mármol blanco.
Sus ojos se clavaron en los de Lefuan.
No con hostilidad.
No con simpatía.

Con atención.

La reina lo miró fijamente. Por un momento, su máscara de hielo se quebró lo justo para revelar un destello de placer. Era una jugada peligrosa, absurda, y sin embargo... brillante.

—Acepto —dijo por fin—.

El sol será mío. Y las lunas seran de Luana.

Los nobles enmudecieron. Sabían que el gesto no tenía fuerza mágica ni territorial, pero tenía fuerza narrativa. Y en la política de Naorhal, eso valía más que cualquier mineral.

Lefuan se inclinó con fingida reverencia. Sabía que aún no había ganado nada... pero también que los otros pretendientes, por más tesoros que trajeran, jamás podrían superar la arrogancia de regalar el cielo.

Un murmullo recorrió la sala.

Pero no de burla.

De reconocimiento.

Aplausos contenidos.

Miradas cruzadas.

Y entre ellas, Goucha, sentada detrás de la princesa,
con las manos apretadas contra el regazo y el corazón latiendo como si reconociera algo... antiguo.

**Y en un balcón alto, entre las sombras,
Irisel observaba.**

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 1: *El día después de los cielos — Consecuencias de un gesto imposible*

El amanecer no trajo paz.

Sólo luz.

Demasiada luz.

Naorhal despertaba bajo un cielo impecable, pero algo en el aire había cambiado desde la noche anterior.

No era el clima.

No era la política.

Era **la idea**.

Una idea que se había sembrado sin permiso.

Sin título.

Sin precio.

—¿Las lunas? ¿De verdad?

—Dicen que firmó un pergamino...

—No importa si no tiene poder legal. ¡Todo el mundo habla de eso!

—Mi hija no para de preguntar por "la princesa de las lunas". Ya ves tú.

En los mercados, en las casas nobles, en los patios de entrenamiento...

el gesto de Lefuan se replicaba como una historia infecciosa.

Había tocado una fibra que nadie había previsto.

La corte había intentado medirlo como una amenaza política.

Pero era algo peor: una narrativa en movimiento.

Los otros pretendientes lo entendieron antes que nadie.

Sael practicaba sus estocadas al alba,

pero su espada golpeaba con más rabia que precisión.

Velkhan corrigió tres veces el texto de su próxima declaración pública.

Lysir pidió a sus heraldos que consultaran los archivos antiguos:

¿alguna vez alguien había usado metáforas como táctica?

Y **Hedarín** simplemente miraba al cielo, murmurando:

—Qué truco tan sucio... y tan perfecto.

En la sala privada del palacio, **Luana** deslizaba los dedos sobre el pergamino de las lunas.

No lo había mostrado a nadie.

No lo había guardado con protocolo.

Solo lo mantenía cerca.

Lo tocaba como quien reconoce una carta no enviada...
pero recibida igualmente.

—¿Qué piensas? —preguntó Goucha, sentada a su lado, tallando un peine de hueso con precisión felina.

—Que nadie más me ha mirado como si ya supiera lo que yo soy —respondió Luana.

—¿Y eso te gusta?

Luana no respondió.

Pero cerró los ojos.

Y supe, pensó Goucha,
que la pregunta no necesitaba respuesta.

En los jardines elevados, Arihén miraba el sol con el ceño fruncido.

La inscripción que Lefuan le había dedicado estaba plegada sobre su regazo.

No lo mostraba a sus ministros.

Tampoco lo escondía.

Lo leía.

Una y otra vez.

—Ha conseguido algo que ninguno de los otros pretendientes logró —dijo finalmente, para sí misma.

—¿Una ventaja política? —preguntó una consejera.

—No.

Un problema sin solución.

En la parte baja del templo, **Irisel** se entrenaba sola.

Lanzas cortas.

Movimientos de sombra.

Respiración profunda.

Una novicia la observaba desde una de las columnas.

—¿Es verdad que el invocado ha ofrecido el sol?

—Ofreció palabras —corrigió Irisel, sin perder el ritmo—.

Pero las palabras...

también pueden cortar.

Esa tarde, cuando Lefuan caminó por el barrio intermedio hacia el León Dorado, notó algo sutil.

No lo evitaban.

Tampoco lo saludaban.

Lo **medían**.

Como si quisieran entender qué era lo que habían dejado entrar.

Tarek, sentado en la escalera de piedra con una rama en la boca, lo recibió con una sonrisa torcida.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste?

—¿Un poema caro? —dijo Lefuan.

—Una maldita revolución —respondió el muchacho—.
Y ni siquiera con espadas.

Dentro de la taberna, **Mira** dejó una taza de té sobre su mesa sin pedir explicación.

—Hoy vino un noble a preguntar por ti —dijo.

—¿Qué quería?

—Saber si sabías lo que estabas haciendo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no.

Pero que lo hacías igual.

Lefuan bebió en silencio.

Y en ese instante, lo supo:

Había cruzado una línea que los otros aún no sabían que existía.

No por la luna.

Ni por el sol.

Sino porque **el pueblo había empezado a mirar hacia arriba**
y preguntar si esas luces ya tenían nombre.

Y los nombres...

son el principio de todo cambio.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 1.5: El juicio de los dioses

La noche había caído como un velo sobre la ciudad, pero el interior del palacio estaba más tenso que nunca.

Mientras los nobles murmuraban sobre el “regalo celestial” de Lefuan y los heraldos del trono debatían la legitimidad de títulos cósmicos, una figura avanzaba con paso silencioso por los corredores: **Irisel**, la asesina de Assil.

Llevaba semanas observándolo, estudiándolo. Lo había seguido en secreto, escuchado sus palabras, analizado sus gestos. Y ahora, tras su “ofrenda” en la sala del trono, ya no tenía dudas.

Cada sombra parecía seguirlo como si el mundo ya conspirara en torno a él. No era solo una anomalía: era un foco de disrupción. Había sobrevivido al ritual, desafiado los designios, y ahora hablaba con la reina como si el trono le perteneciera por derecho implícito. Si alguna vez lo alcanzaba —si alguna vez las coronas se inclinaran ante él— el equilibrio mismo de Naorhal correría peligro. Era impredecible, ajeno a las reglas, y por eso mismo... una amenaza.

Él era el invocado. El ritual sí había funcionado.

Había escapado, sí, pero no era un fracaso. Era una anomalía.

Y las anomalías, según el dogma, debían ser eliminadas.

Lo encontró solo en el jardín de las estatuas. Sentado sobre una piedra, mirando el reflejo de las lunas en el estanque.

Entonces Irisel atacó. Sin preámbulos. Su hoja curva salió de la vaina como un rayo, dirigida a la garganta.

Pero no llegó.

Una fuerza invisible se interpuso entre ambos. El aire tembló. El suelo se agrietó. Y los ojos de Lefuan brillaron con una luz azul oscura, como el fondo de un océano sin fin.

Irisel cayó de rodillas. La daga temblaba en su mano, sin obedecerla.

Una voz habló a través de Lefuan. No era suya. Era profunda, vasta, con ecos de miles de relojes marchando al unísono.

«Yo soy **Naeliz**. Guardián del tiempo. Este mortal ha sido elegido. Su cuerpo, su espíritu y su juicio son ahora parte de mi herencia.»

Irisel no podía moverse. La magia le pesaba sobre los hombros como una losa divina.

—¿Por qué él?! —susurró con rabia—. ¡No cree en los dioses!

«Y, sin embargo, los representa mejor que muchos de sus fieles.»

El brillo se apagó. Lefuan se desplomó, inconsciente. La voz cesó.

Y la asesina, entre la ira y la confusión, entendió la gravedad de lo ocurrido.

El invocado había sido elegido.

Horas después, Irisel lo arrastraba —semiinconsciente— por los pasillos del Gran Templo de Assil. Los clérigos protestaban, confundidos, al ver a la asesina aparecer con su víctima...

Cuando Lefuan volvió en sí, el mundo era una cacofonía de sonidos apagados y luces demasiado nítidas. Su cuerpo pesaba, pero algo en su interior se había vaciado y llenado a la vez.

Estaba tendido en el centro del **Gran Salón del Templo de Assil**, rodeado por clérigos, nobles, y soldados que se mantenían a distancia, como si temieran que la luz lo consumiera o que hablara con otra voz.

Solo **Irisel** se mantenía cerca, en silencio. Su rostro no mostraba emoción, pero sus ojos no lo soltaban.

Él se incorporó con dificultad. Le dolía el cuerpo, el alma, y hasta la sombra.

No podía hablar. Una mordaza de lino rugoso le ceñía la boca, y sus muñecas, atadas con cuerdas firmes y sellos de contención, le ardían con cada movimiento. No estaba allí como invitado... sino como prisionero.

Columnas envueltas en seda dorada, tapices con el rostro de Assil bordado en hilo de luz, candelabros flotantes y una plataforma central custodiada.

El primero en alzar la voz fue el **Sumo Iluminado Varenth**, un anciano de rostro sereno y mirada como vidrio:

—El dogma es claro. Las anomalías deben ser juzgadas por el Cónclave de la Luz.

—Y también lo es la señal —interrumpió Irisel, por primera vez sin agachar la cabeza—. Yo lo vi. Yo lo *sentí*. Esa no era magia común. No era posesión. Fue *Naeliz*.

Un murmullo sacudió el templo. Algunos retrocedieron un paso, como si el nombre pesara en el aire.

El **Guardaluz Relhain**, joven, con túnica recién bordada y palabras aún verdes, se atrevió:

—¿Y si fue un engaño? ¿Una ilusión? ¿Un eco de lo que deseábamos ver?

Irisel se volvió hacia él, sus palabras cortantes:

—¿Y si no? ¿Estás dispuesto a cargar con el juicio de un dios por no reconocer su señal?

Varenth alzó una mano, pidiendo silencio.

—No podemos juzgar con miedo, ni con fervor. Solo con testimonio y equilibrio.

Así se convocó el **Juicio en la Nube de Vela**, una antigua práctica del templo para determinar si alguien hablaba con voz propia o era un canal de los dioses.

Lefuan fue colocado en el centro del círculo, con cinco clérigos dispuestos alrededor.

Irisel no se movió de su lado.

Varenth presidió.

La ceremonia duró hasta el amanecer.

Y cuando la última vela se apagó sola —antes de que alguien soplara, antes del viento— cuando el humo escribió una espiral hacia el cielo...

todos supieron la respuesta.

Varenth habló:

—Naeliz ha tocado a este hombre. No por fe. No por linaje. Sino por necesidad.

Se volvió hacia los presentes.

—Y cuando un dios escoge sin pedir permiso... solo un necio se interpone.

El templo no aclamó.

No adoró.

Pero tampoco ejecutó.

Lefuan fue liberado.

Con una condición no escrita, pero entendida:
el ojo de Assil siempre estaría sobre él.

Y desde ese día, Varenth permitió que un nombre nuevo apareciera en los registros del templo, bajo categoría singular: **“El Portador del Reloj Roto”**.

Irisel se acercó sin una palabra. Con un gesto lento y preciso, rompió los sellos que ataban sus muñecas y retiró la mordaza con manos firmes. No fue un acto de compasión, sino de protocolo. La decisión ya había sido tomada.

Lefuan caminaba, hacia la salida.

Antes de cruzar el umbral, Lefuan se detuvo. Miró por encima del hombro, con la voz aún áspera por la mordaza:

—No pedí ser invocado. Pero ya que estoy aquí... haré que valga la pena.

Algunos sacerdotes murmuraron, escandalizados. Pero nadie lo detuvo.

Y mientras salía del templo, sus pasos resonando con más fuerza de la que esperaba, entendió que había cruzado un umbral invisible. Ya no era solo un extranjero. Ni un pretendiente.

Era un símbolo.

Desde lo alto del templo, Irisel lo observaba marcharse.

Esa misma noche, la reina mandó llamarlo. No en el trono, sino en sus aposentos privados.

Lo esperaba sola, con una copa de licor solar y una expresión más pensativa que altiva.

—Parece que sabes jugar con los dioses mejor que con los hombres —dijo, sin preámbulos.

Lefuan se mantuvo de pie, sin responder.

—Mi hija te ha elegido como uno de sus cinco pretendientes. Pero ahora... hay quienes te ven como algo más. Hay nobles que temen que uses tu estatus para alterar las tradiciones. Hay clérigos que quieren verte colgado por blasfemia.

—Y tú, ¿qué quieres?

La copa en la mano de Lefuan seguía tibia.

El licor solar bajó por su garganta como un recuerdo cálido, punzante.

La reina se levantó con lentitud, sin perder su compostura. Caminó hacia la ventana de cristal oscuro que daba al patio interior. La luna pálida trazaba una línea sobre su rostro.

—Cuando era joven, soñaba con incendiar el trono —dijo Arihén, como quien habla del clima—. No destruirlo. Solo... quemar lo suficiente para que no me enajenara como a mi madre.

Lefuan no respondió. La copa se mantuvo firme entre sus dedos.

—Pero aprendí —continuó ella— que el poder no se quema. Se traslada. Se disfraza. Se duerme en tus rodillas mientras tú crees que lo dominas.

Se giró hacia él, más cerca ahora.

—Por eso te llamamos. No por la profecía. No por la niña. No siquiera por... —hizo una pausa—. Te invocamos porque el Reino está quebrándose.

Silencio.

—Las profecías dejaron de hablar hace cuatro inviernos.

Los nacimientos de la nobleza han descendido en un treinta por ciento.

El vínculo con las fuentes sagradas es errático.

Assil no responde con claridad.

Y hay zonas enteras del sur donde el tiempo *no se comporta* como debería.

Dejó la copa sobre la mesa. Se acercó más.

—El templo cree que es culpa del pecado. Los nobles creen que es culpa del hambre. Yo... creo que el mundo se está deformando desde dentro.

Como una herida que nadie quiere mirar.

Se detuvo frente a él.

—Y entonces apareciste tú.

Fuera del tiempo.

Fuera del guion.

Un hombre sin raíz que pronuncia palabras que nadie recuerda haber escrito, que evoca símbolos que los sabios han dejado de traducir.

Y sobre ti... un dios que ya no hablaba desde hace siglos, de pronto, rompe el silencio.

Lefuan la observó con quietud.

—Entonces... ¿fui invocado para ser una herramienta?

—No. —Su respuesta fue rápida—. Fuiste invocado para ser una ruptura.

Un corte limpio entre lo que fue y lo que debe venir.

Afuera, el viento arrastraba el murmullo de los salones lejanos. El castillo no dormía.

—Hay facciones que quieren apropiarse de ti —continuó la reina—.

El Alto Consejo de Linajes quiere que te cases con Luana y desaparezcas en un título.

El brazo más radical del templo —los Fieles del Fulgor— piden tu ejecución pública, para que tu muerte “purifique el error ritual”.

Y hay algo peor...

Se acercó aún más, hasta estar a un suspiro de distancia.

—Hay quienes creen que no existes. Que eres una ilusión colectiva. Un mito encarnado.

Y esos...

esos no querrán destruirte.

Querrán *usarte como profecía viva* para justificar sus guerras.

Lefuan cerró los ojos un instante.

Todo encajaba.

El ritual.

La mirada de Irisel.

La forma en que los soldados lo evitaban sin razón.

—¿Y tú? —repitió él, con voz baja—. ¿Qué harás conmigo?

La reina sonrió.

No fue una sonrisa de poder.

Fue una de esas que solo las madres exiliadas de su ternura pueden esbozar.

—Yo voy a dejarte jugar.

Porque este reino necesita caos lúcido más que orden podrido.

Pero recuerda esto, Lefuan Lucius del otro mundo:

Los dioses escogen a quien no quiere ser héroe.

Y el pueblo, tarde o temprano, exige que lo seas.

Se dio la vuelta, dispuesta a dejarlo.

—¿Por qué me lo cuentas todo ahora? —preguntó él.

Arihén se detuvo, sin girarse.

—Porque la partida ya ha comenzado. Y yo quiero saber si te van a coronar... o a colgar.

La reina lo miró largo rato. Luego sonrió, como una gata evaluando una criatura nueva.

Le ofreció la copa. Lefuan la tomó, bebió, y no volvió a decir nada.

Porque entendía que la partida estaba en marcha. Que el juego de alianzas, fe y poder ya no tenía reglas fijas.

Y que, por algún giro torcido del destino, él era la pieza que nadie sabía cómo mover... pero todos querían controlar.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 2: *Los heraldos de la prueba — Anuncio del Desafío de las Virtudes*

Tres heraldos llegaron al Palacio de Cristal cuando el sol alcanzó su cenit exacto.

No vinieron con trompetas ni escoltas, sino a pie, vestidos con capas del templo, el consejo y la corona:

uno blanco,
uno gris,
uno rojo.

Sus presencias anunciaban algo más que ceremonia.

Anunciaban **pacto**.

La unión entre los tres poderes del reino para iniciar la segunda etapa del rito de selección.

Y esta vez...

no habría ofrendas ni palabras.

La Sala de la Marea Baja —una estancia circular sin trono, sin columnas, solo piedra y silencio— se llenó con los pretendientes, los sabios, los clérigos y la corte silenciosa de Arihén.

Luana estaba presente, pero no habló.

Vestía de azul marino, sin adornos.

Sus ojos se mantuvieron fijos en el centro del círculo.

Y no en Lefuan, como muchos esperaban.

Fue el heraldo gris, el de la corte, quien habló primero.

—El ritual ha avanzado con ofrendas. Con narrativas. Con ecos.

Pero el trono no se gana con símbolos solamente.

El heraldo blanco, del templo, continuó:

—Toda luz debe ser puesta a prueba en la oscuridad.

A partir de esta noche, cada pretendiente será juzgado no solo por lo que dice... sino por **lo que puede sostener**.

Y el heraldo rojo, del consejo civil, cerró la proclama:

—Tres desafíos.

Tres caminos.

Tres espejos del alma.

Uno físico, uno político, uno espiritual.

Cada uno en su dominio.

Cada uno con reglas antiguas.

Quien triunfe en uno... será digno de respeto.

Quien lo haga en dos... ganará favor.

Quien lo haga en los tres... será **imposible de ignorar**.

Los pretendientes escuchaban en silencio.

Sael ya apretaba los puños.

Velkhan meditaba en sus fórmulas de retórica.

Lysir murmuraba el nombre de sus antepasados.

Hedarín giraba un anillo tres veces sobre su dedo índice.

Lefuan... simplemente **parpadeó una vez**.

Y sonrió, como si alguien acabara de ofrecerle un juego de dados cargados.

El primer desafío sería al amanecer siguiente:

una prueba de combate, cuerpo a cuerpo, sin armas letales.

No ganarían necesariamente los más fuertes, sino **los que mejor encarnaran la virtud de la “Fuerza Justa”**: saber cuándo golpear... y cuándo contenerse.

Sería realizado en el **jardín circular del palacio**, bajo la mirada de la princesa.

La segunda prueba sería al caer el segundo día:

una disertación y juicio político ante el **Consejo de la Piedra Vacía**, un círculo cerrado donde se simularían conflictos reales.

No se esperaba una solución perfecta.

Solo **visión. Juicio. Tacto**.

La tercera... no tenía fecha ni lugar.

Solo un enunciado:

—Vendrá cuando menos la esperéis —dijo el heraldo blanco—.

Será frente a un reflejo que no miente.

Y os dejará sin piel... o sin sombra.

Irisel, presente en la sala, no habló.

Pero al oír esa última frase, bajó la vista una fracción de segundo.

Sabía exactamente a qué se referían.

Y no le gustaba.

Cuando los heraldos se retiraron, la sala quedó sumida en un murmullo contenido.

El juego había cambiado.

La poesía había terminado.

Ahora hablaban los gestos.

La resistencia.

Y **las grietas reales** en cada uno.

Al salir, Lefuan fue abordado por Tarek, que había logrado colarse disfrazado de paje.

La túnica era demasiado corta y el sombrero le quedaba torcido, pero caminaba con la soltura de quien ha hecho del descaro un arte.

—¿Y ahora qué harás, poeta?

¿Lucharás con metáforas?

Lefuan le revolvió el pelo sin responder, como quien responde con ironía al caos.

Pero el muchacho no se apartó. Caminó a su lado, bajando la voz solo un poco.

—¿Sabes lo que dicen ahí dentro? Que el dios que habló a través de ti es solo una farsa antigua... que la reina te tolera por capricho... y que alguno de esos nobles planea envenenarte antes del primer eclipse.

Lefuan ladeó la cabeza, sin frenar el paso.

—¿Y tú? ¿Qué dices tú?

Tarek se encogió de hombros.

—Yo digo que es la primera vez en años que algo *de verdad* interesante pasa en este reino.

Lefuan rió con un suspiro breve.

—¿Eso significa que vas a seguir pegado a mi sombra?

—Nah. Tu sombra se mueve demasiado.

Pero estaré cerca.

—Se detuvo un instante, más serio—. Solo... no creas que todos los golpes vendrán de frente, ¿sí? Aquí la gente se mata con sonrisas, y las estocadas duelen más si vienen con perfume.

Lefuan se volvió hacia él.

Lo miró largo rato, como quien mide una idea a medio formar.

—Tú eres demasiado listo para andar robando manzanas en mercados de cuarta.

—Y tú eres demasiado honesto para durar mucho en la corte —replicó el muchacho, sonriendo con dientes afilados—. Supongo que eso nos hace una pareja útil.

—O una tragedia en construcción.

—A mí las tragedias me aburren. Prefiero los finales que nadie se espera.

—¿Como este?

—Como tú —respondió Tarek, y se marchó silbando una tonada de borrachos que nadie en el palacio debería conocer.

Y Lefuan caminó hacia el ala oeste del palacio, donde aún no sabía que, entre las glicinas del jardín, le esperaban verdades con forma de puño.

El jardín del ala oeste no era un espacio de belleza.

Era una trampa de memorias.

Arbustos en forma de animales extintos, glicinas trepando sin orden sobre columnas rotas, y bancos de piedra agrietada donde nadie se sentaba por gusto, sino por necesidad.

Allí, donde la luz lunar no llegaba del todo y el perfume de las flores parecía contener una nota de hierro, Lefuan avanzó.

No buscaba a nadie.

No todavía.

Pero el jardín, como todo lo que importaba en ese mundo, no era un lugar neutral.

—Has sobrevivido al juicio de los dioses —dijo una voz grave.

Surgió de entre las glicinas, como si creciera con ellas.

Era **Velkhan del Mar de Lasas**.

Vestía de manera informal, pero no relajada.

Sus botas estaban manchadas de tierra. Su capa, de vino. Su mirada, de cálculo.

—¿Vienes a felicitarme o a desafiarme? —preguntó Lefuan sin detenerse.

Velkhan dio un paso adelante. A su espalda, emergieron **Sael de Ryndara** y **Hedarín del Claro Oscuro**.

Tres de los cinco pretendientes.

Tres figuras diferentes.

Un mismo objetivo.

—Queremos hablar —dijo Sael.

—Queremos entender —dijo Hedarín.

—Queremos saber si debemos aplastarte ahora... o más tarde —dijo Velkhan.

Lefuan se cruzó de brazos.

—Curioso. Nadie preguntó si yo quería hablar.

—No eres noble —sentenció Velkhan—. No eres de aquí. Y sin embargo, estás en la senda del trono. Eso, Lefuan, no es una conversación. Es una amenaza.

—No busco el trono.

—Y sin embargo, lo estás contaminando con tu sombra —dijo Hedarín—. ¿Qué sentido tiene nuestra sangre, si un dios puede señalar a un extranjero y romper las reglas?

—¿Qué sentido tiene vuestra sangre, si lo único que defendéis con ella es vuestra arrogancia? —replicó Lefuan, sin alzar la voz.

Por un segundo, nadie se movió.

Fue Velkhan quien primero se adelantó.

No con espada, sino con puño cerrado.

El golpe fue rápido.

Sorprendente.

Pero Lefuan se apartó medio paso, lo justo para que el puño rozara su mejilla sin fuerza.

Sael lo miraba en silencio.

Hedarín bajó la cabeza, frustrado.

—No vinimos a pelear —dijo finalmente Sael—. Vinimos a advertirte.

—¿Advertirme?

—Hay quienes no obedecen templos. Ni reinas. Ni dioses.

Y si sigues subiendo sin entender cómo funciona esta torre torcida que llamamos reino... te tirarán desde la cima antes de que puedas mirar hacia abajo.

—Entonces que vengan —dijo Lefuan—. Pero que vengan sabiendo que yo no caigo.

Yo *rompo*.

Velkhan se giró sin más.

Sael le dedicó una inclinación breve, como un saludo incompleto.

Hedarín lo miró por última vez, con un asomo de respeto en los ojos.

Cuando se marcharon, el jardín pareció suspirar.

•

Desde el borde del muro, entre las glicinas más altas, **Luana** había observado en silencio.

No por miedo.

Ni por romanticismo.

Sino por necesidad.

Porque el único que aún no sabía qué significaba Lefuan para ella... era él.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 3: *El duelo del jardín circular — Golpes que no eran contra el cuerpo*

El patio de la Lanza Blanca fue reacondicionado para la ocasión.

Arena recién tendida, gradas encantadas para amortiguar el eco, estandartes colgados entre columnas y una barrera de luz delimitando el círculo sagrado de combate.

No se luchaba hasta la muerte.

Pero sí hasta la **esencia**.

No tenía estatuas. Ni flores. Ni fuentes.

Solo un anillo perfecto de grava blanca, delimitado por hileras de bambú tallado y muros cubiertos de líquenes antiguos.

En el centro, tierra firme.

Tierra donde se caía sin herida... pero **con vergüenza**.

Cinco candidatos.

Una liga cerrada.

Todos pelearían contra todos.

Y solo los dos con más victorias llegarían al duelo final.

La corte estaba reunida en las gradas de piedra elevada, protegidas por un dosel ligero de tela azul pálido.

Luana observaba desde el nivel más alto, sin compañía visible.

Vestía armadura ceremonial sin armas.

Un gesto sutil, pero claro:

esa era su guerra.

El primer combate fue entre **Hedarín del Claro Oscuro** y **Velkhan del Mar de Lasas**.

Ambos eran expertos, aunque de estilos opuestos.

Hedarín usaba una espada doble curva, ligera como una pluma encantada. Su danza era fluida, casi teatral.

Velkhan, en cambio, empuñaba una lanza corta de tres puntas y atacaba como el mar que representaba: imprevisible, violento, pero rítmico.

La lucha duró catorce compases.

Al décimo, Velkhan intentó una finta de torso que Hedarín esquivó girando sobre su propio eje.

Al duodécimo, intercambiaron golpes tan veloces que las chispas formaron una palabra sin lengua.

Pero en el decimocuarto, Hedarín arrojó su espada al aire, giró sin verla, y atrapó la segunda empuñadura con la mano izquierda, hundiéndola en el suelo entre los pies de su oponente.

No fue una victoria humillante.

Fue poesía.

**

El segundo combate destacado fue entre **Sael de Ryndara** y **Lysir Val-Raem**.

Sael vestía sin ostentación. Una túnica de lino oscuro y una espada de guardia cuadrada.

Lysir, en cambio, apareció con una capa de seda blindada con runas y una espada de cristal-memoria que reflejaba los temores del adversario.

Los primeros minutos fueron casi teatrales: Lysir hablaba, Sael callaba.

Lysir provocaba con insultos velados, Sael respondía con movimientos precisos.

Pero al sexto compás, Sael bloqueó un tajo alto, giró en línea baja y desarmó a Lysir con una precisión quirúrgica.

—¿Eso fue suerte? —preguntó Lysir, aún jadeando.

—Eso fue práctica —dijo Sael, y se marchó sin más.

**

Los demás combates se sucedieron entre días, con interrupciones por celebraciones y ayunos rituales.

- **Hedarín** derrotó a **Lysir**, pero cayó ante **Sael**.
- **Velkhan** ganó solo un combate, frente a **Lysir**, quien no ganó ninguno.
- **Sael** ganó todos.
- **Lefuan**, por su parte, venció a **Velkhan** y **Lysir**, sorprendió con una victoria tensa frente a **Hedarín**, pero cayó ante **Sael** en el enfrentamiento regular.

Aun así, su desempeño lo colocó en segundo lugar.

Y así fue convocado el **duelo final**.

**

Último combate: Lefuan vs. Sael de Ryndara

No había música.

Solo el murmullo de las lunas.

Las gradas estaban en silencio. La reina observaba con los dedos entrelazados. Luana, a su lado, sin mostrar emoción alguna.

—No es personal —le dijo Sael, alzando la mano antes de comenzar—.

Pero no puedo dejarte lucir mejor que nosotros otra vez.

Lefuan no usaba espada noble ni armadura encantada.

Solo una hoja corta de filo apagado y un chaleco de cuero.

Sael, en cambio, vestía de negro oscuro con ribetes plateados, y su espada, aunque sin ornamento, tenía el aura de quienes han sido entrenados para matar sin odio.

El combate fue limpio.

Silencioso.

Sael se movía como el viento entre ramas.

Rápido, elegante, implacable.

Su primer ataque fue un giro bajo, una barrida con el talón que habría derribado a cualquiera... menos a alguien que no estaba allí.

Lefuan no esquivó:

ya no estaba donde lo esperaban.

Sus movimientos no eran ortodoxos.

Eran... sueltos.

Como si su cuerpo no respondiera al entrenamiento de academias, sino a la lógica de las calles.

Al azar que sobrevive.

El público contenía la respiración.

Sael lanzó una combinación de tres golpes.

Dos conectaron.

Uno falló.

Pero Lefuan **no contraatacó.**

Sael atacaba con constancia, obligando a Lefuan a retroceder en espiral, defendiendo sin improvisar.

Pero Lefuan... no buscaba ganar.

Buscaba *entenderlo*.

Y por un momento, lo logró.

En el noveno compás, Lefuan logró empujar a Sael fuera de su centro. Un giro inesperado lo puso a un paso de la victoria.

Pero no dio el golpe final.

Sael sí.

Un tajo limpio. Preciso.

Detenido justo a un dedo de su garganta.

La victoria fue clara.

Pero el público no aplaudió a Sael.

Aplaudió a ambos.

A quien ganó...

Y a quien hizo que la lucha valiera la pena.

**

Luana, desde lo alto, **no sonrió.**

Pero sus dedos se curvaron suavemente sobre la piedra del borde.

Y Goucha, que estaba a su lado, sintió cómo la cuerda invisible que las unía a ambas... también comenzaba a tirar de Lefuan.

Irisel observó todo desde el corredor norte.

—No es un guerrero —murmuró—.

Y por eso, quizás...

sea el más peligroso.

Esa noche, Lefuan regresó a su habitación con un corte leve en la mejilla y una flor envuelta en seda sobre su cama.

No tenía remitente.

Pero olía a jardín.

Y desde una torre cercana, una figura encapuchada —Irisel, o quizá Luana— lo observaba en silencio.

Porque a veces, perder es la forma más directa de hacerse inolvidable.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 3.5: Goucha — El vínculo que recuerda sin palabras

Goucha nunca fue completamente libre.

Ni completamente esclava.

Nació entre márgenes.

Su madre, una artista con la voz rota y los ojos de una sensibilidad inusual, podía llorar por sueños ajenos.

Su padre, un comerciante de especias nobles, nunca la reconoció en público, pero le enviaba libros sin firmar.

Desde los primeros meses, Goucha absorbía las emociones como otros niños absorben leche: sin comprender, pero necesitando.

•

En Naorhal, las **gou** no eran simples acompañantes.

Eran **vínculos vivientes**, entrenadas desde la infancia para servir como ecos emocionales de los nobles de sangre alta.

No era esclavitud declarada.

Era otra forma de atadura: voluntaria, celebrada, disfrazada de devoción.

A los seis años, Goucha fue entregada al **Templo de las Tramas Vivas**, donde las niñas y niños con su don eran preparados.

Allí aprendió a silenciar pensamientos, a abrir su corazón solo cuando se le permitía, a leer una lágrima sin verla.

Pero a diferencia de muchas otras gou, **Goucha no se disolvía en los demás**.

No se perdía: **los contenía**.

•

A los diez años, le asignaron su destino.

Luana.

Una princesa de mirada inquisitiva, de emociones sin filtro, de sueños imposibles.

Una niña criada entre intrigas, que aprendía a disimular su fragilidad tras una voz firme.

El primer encuentro fue breve.

El segundo... eterno.

**

La primera vinculación — Noche de espejos

La cámara estaba envuelta en incienso.

Las velas flotaban en un círculo de aceite consagrado.

La sacerdotisa mayor recitaba el rito, su voz una cuerda suave entre ambas niñas.

Luana temblaba.

Goucha, más pequeña, mantenía los ojos abiertos sin pestañear.

—¿Sabes lo que significa este lazo? —preguntó la sacerdotisa.

—No —respondió Goucha.

—Significa que serás espejo.

Sentirás su dolor antes que ella.

Y si alguna vez muere... una parte de ti también morirá.

Goucha bajó la mirada.

Pero no lloró.

Tomó la mano de Luana.

Y aceptó.

La luz cambió.
Una bruma azulada envolvió sus dedos unidos.
Y por un segundo, ambas sintieron un tirón dentro del pecho.
No dolor.
No magia.
Reconocimiento.

Esa noche durmieron juntas.
Y por primera vez... soñaron el mismo sueño.
Una puerta.
Una corona partida.
Y dos lunas llorando sobre un jardín blanco.

•

Los años pasaron.
Y donde iba Luana, iba Goucha.
Como sombra. Y como raíz.

Cuando Luana reía, Goucha sonreía antes.
Cuando Luana se sentía sola, Goucha temblaba sin saber por qué.
Y cuando Luana fue obligada a callar por deber, **Goucha aprendió a sentir por ambas.**

•

A los trece, Luana fue encerrada tres días en el Salón del Silencio como castigo por un gesto desobediente.
Goucha se encerró sola en el atrio, de rodillas, en ayuno absoluto.
Cuando al fin se reencontraron, no dijeron nada.
Pero una lágrima cayó al mismo tiempo por el rostro de ambas.
Y por un instante, hasta la piedra del templo pareció respirar con ellas.

•

Las gou no eligen.
No tienen voto en el consejo.
Ni asiento en el templo.
Y Goucha, aunque todos la llamaban "la callada",
era quien más cosas había sentido en ese palacio.
Quien más secretos guardaba.

•

Goucha caminaba como quien ha aprendido a no dejar huella.
No por miedo.
Sino por respeto.
Desde que fue vinculada a Luana, su vida no había sido suya del todo, pero tampoco esclava.
Era otra cosa.
Una línea silenciosa entre dos corazones.
No hablaba si no era necesario.
Y cuando lo hacía, sus palabras llevaban una textura que nadie más en el palacio entendía: la de quien siente antes de comprender.
Luana no necesitaba decir "tengo miedo" para que Goucha cerrara las ventanas.
No necesitaba llorar para que le ofreciera un cuenco con miel tibia.
En realidad, no necesitaba nada... porque Goucha ya lo sabía.
Pero el lazo, con los años, se había vuelto más complejo.

Ya no era solo acompañamiento.
Era contención.

Cuando la princesa comenzó a soñar con mundos que no existían, cuando hablaba en duermevela con nombres que no se conocían, Goucha no buscó explicaciones.

Solo la sostuvo.

La sostuvo mientras el reino la empujaba a ser figura, promesa, futuro.

La sostuvo como una raíz que no exige ser vista.

Y sin embargo... había momentos en los que algo se quebraba.

Cuando Luana hablaba con Lefuan —aunque fuera con cortesía distante o en gestos velados— cuando sus emociones se agitaban en presencia de aquel forastero,

Goucha no sentía celos.

Ni posesión.

Solo una grieta.

Leve.

Sorda.

Como una cuerda que vibra sin romperse, pero sabe que está al límite de una nueva melodía.

No sabía aún qué era Lefuan.

No del todo.

Pero sí sabía lo que *iba a ser*.

No un reemplazo.

No una amenaza.

Sino un nuevo vértice en el triángulo que ninguna cultura permite nombrar:

la conexión entre quien ama, quien contiene, y quien trastoca el destino de ambos.

Goucha aún se decía a sí misma que su deber era proteger a Luana.

Pero en las noches más largas, cuando la princesa dormía y los tapices no susurraban nombres sagrados,

se sorprendía preguntándose quién la protegería a ella...

cuando el vínculo, inevitablemente, cambiara.

Porque nada permanece igual cuando los hilos del tiempo se tensan.

Y Lefuan era un nudo.

Una interferencia.

Un eco sin raíz.

Y sin embargo, cuando él pasaba cerca...

aunque no la mirara,

aunque no dijera su nombre...

una parte de ella temblaba.

Como si lo reconociera de un sueño que aún no había tenido.

Pero pronto...

Lefuan le hablaría.

Y el eco de ese vínculo —invisible, nuevo, aún sin nombre— podría cambiar el curso de todo.

✦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 4: *Las palabras bajo la cúpula — El juicio del consejo de sabios*

El **Consejo de la Piedra Vacía** se reunía una vez cada cuatro estaciones.

Su sala era redonda, sin adornos, sin tronos.

Solo sillas bajas dispuestas en círculo, con un espacio abierto en el centro:
un vacío.

Se decía que ese vacío representaba lo que nadie sabía,
y que cualquier palabra pronunciada cerca de él...

debía merecer su eco.

Allí se sentaban **los sabios del reino**:

representantes de las grandes casas,
eruditos del templo,
y diplomáticos sin apellido.

Presidía la sesión la **suma consejera Ydena**, una mujer ciega que decía ver mejor los corazones que los rostros.

Vestía de negro y hablaba poco.

Junto a ella, un escriba mudo tomaba nota de todo con pluma encantada.

Uno a uno, los pretendientes eran llamados a resolver un dilema planteado.

No había respuestas correctas.

Solo **respuestas que revelaban.**

Sael recibió un conflicto territorial: dos regiones disputaban una misma fuente de agua, una con prioridad histórica, la otra con mayor necesidad presente.

Su respuesta fue medida, legalista, razonable.

—La historia debe pesar más que el deseo.

Se le otorgó el símbolo del equilibrio: ⚖

Velkhan enfrentó una disputa entre templos sobre la adoración de Assil frente a un dios local olvidado.

Su respuesta fue diplomática, evasiva, adornada con citas sagradas.

—El pueblo debe decidir su luz... pero con guía.

Recibió el símbolo del velo: 🕶

Hedarín discutió sobre una rebelión en una provincia empobrecida.

Su propuesta fue dura: disolverla por la fuerza y luego ofrecer ayuda humanitaria.

—No se negocia con quien desafía la estructura.

Recibió el símbolo del filo: ✂

Lysir enfrentó un dilema sobre linajes: un bastardo con gran talento y un noble inepto. ¿A quién dar poder?

Elegió al noble, justificando la tradición.

—El talento perece, la sangre perdura.

Recibió el símbolo del nudo: ?

Y luego llamaron a **Lefuan**.

No se levantó con solemnidad.

No inclinó la cabeza.

Caminó como quien **no cree que pertenezca al teatro... pero respeta el escenario.**

Su dilema fue leído por Ydena con voz clara:

“Un pueblo pide ayuda a cambio de su lealtad.

El trono puede salvarlos... pero exigen reconocimiento como nación autónoma.

Si se acepta, se debilita el control central.

Si se rechaza, morirán.

¿Qué haces?”

Lefuan no pidió repetir la pregunta.

No pidió tiempo.

Solo caminó lentamente hasta el vacío central.

—La respuesta es simple —dijo.

“Lo salvo.

No por lealtad.

Sino porque **la vida no es una moneda.**

Y ningún reino merece sobrevivir si necesita que alguien se muera primero para decidir si vale la pena.”

El silencio fue brutal.

Uno de los sabios chasqueó la lengua.

Otro se removió en su asiento.

Ydena ladeó la cabeza.

—¿Y qué haces con las consecuencias? —preguntó—. El trono perderá autoridad.

Lefuan la miró con una mezcla de respeto y desafío.

—Entonces el trono **no era autoridad.**

Era miedo disfrazado de orden.

La pluma del escriba tembló al escribir.

—Y si ese pueblo se vuelve contra ti después —insistió otro consejero—, ¿no habrás creado una serpiente?

—Prefiero criar serpientes —dijo Lefuan—

a convertirme en dragón para mantenerlas asustadas.

Ydena guardó silencio un largo momento.

Luego asintió.

—No es una respuesta de gobernante —dijo.

—No vine a ser rey —respondió él—.

Vine a no fingir que salvar vidas requiere permiso.

Al salir, no le dieron un símbolo tradicional.

Solo un signo extraño, olvidado:



El ojo pleno.

La verdad sin velo.

Luana, en su balcón privado, escuchaba todo a través de un conducto de eco construido para herederos.

Cuando oyó esa última frase... cerró los ojos.

Y por primera vez, imaginó no un reino...

sino **un hombre que no necesitara uno.**

Y en las criptas del templo, Irisel leía las transcripciones del juicio.

Al llegar al nombre de Lefuan, se detuvo.

“Vine a no fingir.”

Y por primera vez...

la asesina sintió que estaba siguiendo a alguien **que no sabía a dónde iba.**

Y eso, más que la herejía, **la descolocaba.**

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 5: *El espejo de la llama — Prueba espiritual en el templo de Assil*

No se anunciaba.

No se escogía.

El Espejo de la Llama decidía cuándo era el momento.

Los pretendientes dormían en alas separadas del palacio cuando los acólitos del templo llegaron sin palabra, con túnicas blancas bordadas con hilos rojos.

Uno a uno, fueron despertados.

Sin previo aviso.

Sin explicación.

—El reflejo está listo —decía el acólito.

Y eso era todo lo que se les permitía saber.

*

El templo era silencioso, vasto, ajeno a los reinos.

Las columnas estaban cubiertas de vendas antiguas, como si las piedras mismas sufrieran.

El suelo, de basalto.

Las paredes, lisas como cera.

En su corazón, una cámara sin ventanas, iluminada por **una única llama blanca** suspendida en el centro, sin combustible aparente.

Bajo ella, un estanque poco profundo, sin agua, sin fondo.

Solo una superficie **perfectamente negra** que reflejaba a quien se paraba frente a ella.

El Espejo de la Llama.

*

Los pretendientes entraban uno a uno.

Sael vio a su padre —muerto hacía años— negando con la cabeza, decepcionado.

Velkhan se vio a sí mismo arrodillado ante un trono que no podía tocar.

Hedarín vio una versión suya sin ojos, sin lengua.

Lysir vio a muchos él mismo... todos discutiendo entre sí.

*

Cuando fue el turno de Lefuan, los acólitos dudaron.

—¿Está seguro? —preguntó uno, más joven que el resto.

—Nunca —dijo Lefuan—. Pero sigo entrando igual.

*

La puerta se cerró tras él.

No había sonido.

No había eco.

Solo la llama y el espejo.

Lefuan dio un paso.

Otro.

Se detuvo frente a la superficie negra.
Esperó.
No pasó nada.

*

Al principio, **no se reflejó.**

No como ausencia...
sino como si **el espejo no supiera qué devolverle.**

*

Luego, lentamente, surgió una figura.

No era él.
No del todo.

Era **una mujer.**

Alta.
De rostro velado por fuego.
Con ojos que no ardían, pero **comprendían.**
Sus cabellos eran vapor, sus manos extendidas como si ofreciera... o esperara.

Y entonces Lefuan supo el nombre.
No porque lo recordara.
Sino porque el fuego lo **susurró sin llamarlo.**

Naeliz.

*

Ella no hablaba.

Solo lo miraba.

Y en su mirada había ternura...
y furia.

Como una madre que aún no ha dado a luz a su propio hijo.
Como un dios que aún no ha decidido si salvar o devorar.

*

Lefuan se arrodilló.
No por reverencia.
Sino porque **sus rodillas simplemente cedieron.**

—¿Qué eres... en mí? —murmuró.

Y la llama vibró.

*

Entonces el espejo mostró otra imagen:
una niña, de cabello oscuro y mirada de estrellas, corriendo por un campo que Lefuan no conocía.
Sus risa eran ecos rotos.
Y sus ojos... sus ojos eran de Luana.

Pero no de esta Luana.

*

Lefuan cayó de espaldas.
Respiraba con dificultad.

El espejo tembló... y **lo reflejó de nuevo.**

Ahora sí.

Por completo.

Pero **con una sombra al lado.**

Y sin comprender cómo, Lefuan supo que no era una maldición.

Era una promesa.

*

La puerta se abrió.

Irisel estaba allí, de pie, en silencio.

Había insistido en ser la guardiana de la prueba.

Había visto entrar a todos.

Y a todos los había recibido igual.

Pero cuando vio el rostro de Lefuan, pálido, con restos de luz adherida a la piel...

no preguntó.

Solo dijo:

—¿A quién viste?

Lefuan miró la llama, que aún ardía tras él.

Y respondió:

—A quien aún no ha terminado de nombrarme.

*

Irisel no parpadeó.

Pero en su interior, una certeza empezó a nacer con miedo:

“Naeliz lo eligió.

Y si Naeliz ha vuelto a mirar este mundo...

¿qué es lo que viene que incluso Assil no puede contener?”

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 6: *Entre luces y secretos — Preparativos para la decisión final*

La última campanada del día resonó sobre Naorhal como un sello sellado.

Las pruebas habían concluido.

La corte fingía descanso.

Pero todo el palacio —incluso en su silencio— **susurraba**.

*

En los pasillos altos, bajo vitrales de tonos apagados, **las casas nobles tejían sus conclusiones**.

Algunos se aliaban ya con Velkhan.

Otros comenzaban a abandonar discretamente a Hedarín.

Y algunos, los más viejos, hablaban con tono grave:

—Quizás deberíamos pensar... en otro tipo de candidato.

—¿Como quién?

—Como el que no se presenta como tal.

*

Lysir, encerrado en su estudio, reescribía su discurso de despedida.

No había fracasado.

Pero había comprendido algo peor:

no podía ganar sin traicionar lo que era.

Sael, en cambio, aún se entrenaba.

No por orgullo.

Sino porque **sabía que vendría otro tipo de combate.**

*

La reina Arihén no convocó consejo esa noche.

Solo pidió que le dejaran a solas el pergamino del título solar.

Y un espejo, grande, antiguo.

Lo colocó frente a su asiento.

Y durante horas...

solo se miró.

*

Luana no cenó con la corte.

Tampoco asistió a la oración del crepúsculo.

Caminó sola por el **jardín de las piedras caídas**, donde los árboles no florecían desde la guerra de los tres soles.

Se detuvo frente a una fuente seca.

Se sentó.

Y por primera vez desde el inicio del rito... **lloró.**

No de tristeza.

Ni de alegría.

De fractura.

*

—Ya no sé qué se supone que estoy eligiendo —susurró.

Desde la sombra de un ciprés blanco, **Goucha la observaba.**

No con juicio.

Con lealtad sin forma.

Se acercó, sin hablar, y se sentó junto a ella.

No como si fuera su guardiana.

Sino como si **también tuviera algo en juego.**

*

—¿Crees que me equivoco al sentir lo que siento? —preguntó Luana, sin mirarla.

—No.

Solo me preocupa que te estés olvidando de **lo que ya has sentido antes.**

—¿Y si nunca fue verdadero?

—¿Y si esta vez tampoco lo es?

*

Luana cerró los ojos.

Goucha tomó su mano.

Por un momento, no fueron princesa y sombra.

Ni heredera y sirvienta.

Fueron...

dos mujeres tocadas por el mismo viento.

*

En otro punto del palacio, **Lefuan** dormía.

Por primera vez, sin sobresaltos.

Había soñado con fuego.

Con una niña.

Con un dios sin rostro.

Y cuando abrió los ojos, supo algo que no entendía:

“Nada en este juego era nuevo.

Todo ya había pasado.

Y sin embargo...

esta vez, quizás, algo iba a sobrevivir.”

*

En el templo, Irisel examinaba el informe sellado del Espejo de la Llama.

Uno de los símbolos junto al nombre de Lefuan era desconocido.

Ni sagrado.

Ni prohibido.

Solo...

inexistente.

*

—¿Qué somos —murmuró— cuando dejamos de tener nombre?

*

Y mientras todo se movía, lenta, invisible, la **secta de las tres cicatrices** comenzaba a tejer su red bajo las calles.

No buscaban fe.

Ni poder.

Buscaban detener lo que venía.

Fuera lo que fuera.

Quien fuera.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 1: *La víspera del juicio — Preparativos para la Prueba del Pueblo*

El sol caía con lentitud sobre Naorhal, como si incluso él sintiera el peso de lo que venía.

Era la víspera de la **Prueba del Pueblo**:

el momento en que los pretendientes saldrían al encuentro no de la corte,
ni del templo,
sino de **la ciudad**.

En ese día, los títulos no bastaban.

Los linajes pesaban menos que las canciones que se cantaban en las tabernas.

Y un gesto mal leído podía **convertir a un favorito en paria**.

*

Desde las torres más altas del Palacio de Cristal hasta las casas bajas del Anillo de los Oficios,
la ciudad bullía.

Los rumores se movían como incendios silenciosos.

—Dicen que uno de ellos regaló el cielo...

—¿Y qué hace un extranjero decidiendo por nuestras lunas?

—¡Pero la reina aceptó! Lo escuché yo misma...

—Mi nieta pidió que la llamaran Luana, por la princesa de las lunas.

*

En los mercados, los artesanos vendían figuritas de madera representando a los cinco pretendientes.

Lefuan tenía ya tres versiones distintas.

En una, sostenía una luna en miniatura.

En otra, una pluma.

Y en la tercera... **nada. Solo las manos abiertas.**

—Ese es el más peligroso —decía un anciano tallador—. Porque nadie sabe qué va a sacar de ahí.

*

Los heraldos del templo, del consejo y de la corona trabajaban sin descanso.

El itinerario estaba sellado:

—Cada pretendiente recorrería un sector distinto de la ciudad,

acompañado por testigos y cronistas,

y al final del día, se reunirían en la **Plaza de la Aurora** para la entrega final del regalo público.

Nadie lo decía, pero todos lo sabían:

esa sería la última verdadera prueba.

*

En la sala oeste del palacio, los pretendientes ensayaban sus gestos.

Velkhan practicaba un discurso con su maestro de retórica.

Sael ordenaba que su túnica llevara los colores de su provincia ancestral.

Hedarín organizaba una “coincidencia casual” con un grupo de niños huérfanos.

Lysir revisaba un rollo de versos sagrados en tres idiomas distintos.

*

Lefuan no estaba allí.

*

Nadie sabía exactamente dónde se encontraba.

Pero si alguien hubiese seguido el rumor correcto,
lo habría encontrado **en la cocina del León Dorado**,
moliendo café con una anciana que decía haber nacido cuando las lunas eran todavía una.

*

—¿Y tú crees que eso basta para gustarle a la gente? —preguntó ella, mientras vertía agua sobre las brasas.

—No —respondió Lefuan—. Pero nunca vine a gustarles.

*

Mientras tanto, en una sala privada de los aposentos reales, **la reina Arihén** daba instrucciones precisas:

—Quiero tres informes por pretendiente.
Uno del pueblo, uno del templo, uno de la guardia.

—¿Qué debemos buscar?

—**Reacción emocional. No aprobación.**

Lo que la gente no dice... eso es lo que importa.

*

En su cámara personal, **Luana** había cerrado las puertas.
Había deshecho su peinado.
Había guardado su armadura ceremonial.
Y había escrito —por primera vez en meses— un poema sin destinatario.

“Me preguntaron a quién amarías si fueras libre.

Yo respondí:

A quien no me preguntara eso.”

*

Goucha, sentada en la galería adyacente, bordaba un retazo de tela con símbolos circulares.

No sabía de poesía.

Ni de política.

Pero al ver que Luana no dormía... tampoco lo hizo ella.

*

Y en un callejón olvidado de la ciudad baja, un hombre de rostro quemado y ojos rojos pintaba con sangre sobre una pared de piedra:

“La luz ha mentido.”

*

Así amanecía Naorhal.

Con las calles limpias.

Los estandartes colgados.

Y una tensión que **ni los pájaros se atrevían a cortar.**

*

El día de la Prueba del Pueblo había llegado.

Y todos lo sabían.

**Esta vez, no ganaría quien fuera más fuerte...
sino quien fuera más contado.**

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 2: *El pacto secreto — Luana y Lefuan antes del ritual*

La luna más grande colgaba sobre el palacio como un farol olvidado.

La otra, más pálida, apenas temblaba sobre el horizonte.

Era la noche previa a la **Prueba del Pueblo**.

Y sin embargo, para Luana, el verdadero juicio ocurría en ese instante.

*

Estaba de pie en su cámara alta, despojada de todos los símbolos del poder.

Sin corona.

Sin joyas.

Vestida solo con una túnica de lino crudo, el cabello suelto, los pies descalzos sobre el mármol frío.

Miraba por el ventanal abierto.

No esperaba verlo.

Sabía que vendría.

*

Tres golpes suaves en la puerta.

Y luego, un silencio respetuoso.

—Adelante —dijo ella sin girarse.

Lefuan entró.

Vestía su capa gris, gastada en los bordes.

Su mirada no tenía ceremonia.

Solo verdad.

*

—No tengo tiempo para fingir reverencias —dijo él.

—Perfecto.

Tampoco yo tengo ganas de oírlas —respondió Luana.

*

Ambos sonrieron.

Y el mundo pareció —por un instante— ser más real que cualquier rito.

*

Se sentaron frente a frente, sin muebles entre ellos.

Solo el suelo.

Y las palabras.

*

—Mañana el pueblo decidirá si valgo como su reina —murmuró Luana.

—Ya lo haces.

—No lo sé.

No soy como mi madre. No soy... precisa.

—Ella es una espina.

*

Luana lo miró con atención.

—¿Por qué estás aquí realmente, Lefuan?

No me digas que es por amor.

—No lo es.

Es por algo peor:

libertad.

*

Ella bajó la mirada.

—¿Y si yo no quiero ser libre? ¿Y si quiero... solo quedarme?

—Entonces quédate.

Pero hazlo porque lo decides, no porque te lo piden.

*

Hubo un largo silencio.

Los ruidos del palacio se alejaban como si el mundo los envolviera con sordina.

*

—La noche de las lunas —dijo ella, al fin—.

Cuando te elegí como uno de los cinco...

ya sabía que eras tú.

—¿Cómo?

—Porque no parecías tener miedo de perder.

Solo miedo de fingir que querías ganar.

*

Lefuan suspiró.

—He perdido muchas cosas.

A veces me pregunto si alguna vez gané algo.

—¿Y mañana?

—Mañana no gano yo.

Ganas tú...

o pierdes el reino.

*

Luana se acercó.

No para tocarlo, sino para **verlo más de cerca.**

Como si buscara alguna fisura en esa máscara que no parecía tener.

—¿Y si te dijera que tengo miedo? —preguntó.

—Te diría que eso te hace más fuerte que todos los hombres que he visto hoy.

*

No hubo beso.

No hubo promesa.

Solo un gesto:

Luana tomó su mano, la llevó a su vientre,
y dijo con voz baja, sin temblor:

—Quiero un mundo donde pueda contar esta historia... sin tener que morir por ella.

*

Lefuan no apartó la mano.
Tampoco habló.

Solo cerró los ojos.

*

Detrás de la puerta, en el pasillo, **Goucha** esperaba.
No por deber.
Por algo más profundo.

Había escuchado parte de la conversación.
No toda.
Pero suficiente.

Y por alguna razón que no comprendía...

penso mientras bordaba esa noche, con dos niñas de cabello oscuro, riendo bajo un cielo sin lunas.

*

Cuando Lefuan se retiró, lo hizo sin mirar atrás.
No por frialdad.
Sino porque entendía que mirar a veces es **un acto de posesión.**
Y esa noche, nadie poseía a nadie.

*

Eran solo dos almas.
En un mundo que ya no podía evitar girar...
alrededor de ellos.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 3: *El teatro de la verdad — Presentación ante el pueblo*

La **Plaza de la Aurora** era un anfiteatro natural rodeado por edificios de piedra clara, colinas cultivadas y balcones que, ese día, se abarrotaban de ojos.

Desde antes del alba, la gente se había congregado en calles adyacentes, portando banderines de colores, frutas secas, tambores de palma... y silencio expectante.

*

No era una fiesta.

Era una **observación ritual**.

Un juicio no escrito.

Una costumbre ancestral:

“Que el que pretenda al trono, se presente ante quienes pisan su sombra.”

*

Los pretendientes no descendieron por la escalinata principal del palacio.

Fueron conducidos, cada uno por una ruta distinta, a pie, a través de las venas de Naorhal.

El pueblo debía verlos caminar, oír sus voces, reconocer sus rostros sin escolta ni máscara.

Y cuando por fin llegaron al centro, lo que los aguardaba no era una plaza ni un estrado.

Era el **Templo de Assil**, en su forma más pura.

Tallado directamente en la roca de la ciudad, como si siempre hubiese estado allí antes que las casas, antes que los nombres.

Sus columnas no eran lisas, sino labradas con **rostros sin ojos**, centenares de ellos, mirando en todas direcciones.

El frontón estaba cubierto por una sola palabra, escrita en lengua muerta: *Niyr*, “aquello que observa desde la luz”.

Dentro, el aire tenía un peso diferente.

Olor a incienso blanco, a polvo de sal y a metales dormidos.

Las antorchas no ardían con fuego, sino con un fulgor pálido que no emitía sombra.

Todo en Assil se negaba al exceso, a la comodidad, a lo humano.

Los pasos sonaban más graves, los suspiros más pequeños.

Y en el altar mayor, la estatua de la diosa no tenía rostro.

Solo una hendidura vertical donde la luz se fragmentaba.

Porque Assil no era una madre ni una reina.

Era **la forma de la verdad cuando nadie la soporta**.

*

Velkhan llegó primero.

Vestía una túnica tejida con símbolos arcanos que brillaban sutilmente al sol.

Entregó un rollo ilustrado, un **mapa narrativo parlante** que contaba la historia del reino a través de voces encantadas.

—Para que cada niño sepa de dónde viene —dijo—. Y hacia dónde va.

Los aplausos fueron medidos.

El mapa era hermoso.

Pero los niños... **no entendían qué los hacía libres.**

*

Sael entró después, escoltado por dos veteranos de guerra.

Ofreció una bandera encantada, tejida con hilos vivos que **cambiaban de color** según la estabilidad política del reino.

—Para que sepáis cuándo luchar... y cuándo permanecer unidos.

Los aplausos fueron fuertes.

Muchos soldados lo reconocían.

Pero **algunos recordaban también las batallas que no ganaron.**

*

Hedarín presentó una criatura domesticada:

un lince dorado con una única cicatriz sobre el lomo.

Se arrodilló ante Luana, obedeciendo un gesto.

—Dominar la fuerza no basta. Hay que saber cuándo inclinarla ante algo mejor.

El pueblo aplaudió.

Pero no todos.

Alguien en la multitud murmuró:

—¿Y qué dice eso de nosotros? ¿Que debemos inclinarnos también?

*

Lysir no ofreció un objeto.

Sino un poema en cuatro idiomas antiguos,

hablado, cantado, y proyectado con un hechizo de ecos de piedra.

—Porque los pueblos que se escuchan... no olvidan.

Hermoso.

Lírico.

Pero más murmurado que comprendido.

*

Y entonces llegó **Lefuan.**

*

Sin escolta.

Sin pergaminos nuevos.

Sin luces.

Sin trajes ceremoniales.

Vestía la misma capa gris de siempre.

Con las manos a la vista.

Y los ojos **como si ya hubiera estado allí antes.**

*

Se detuvo en el centro.

No alzó la voz.

No saludó.

Solo sacó de su túnica dos pergaminos.

—Ya ofrecí mis regalos.

A la princesa, le di las lunas.
A la reina, le otorgué el sol.

*

Algunos se rieron.
Otros callaron.
Un niño gritó:

—¡Son tuyas! ¡Mi abuela lo dice siempre!

*

Lefuan alzó uno de los pergaminos. Burdas copias de los originales.
Lo desenrolló con lentitud.

—Las lunas son de Luana. Porque así lo dijimos.

—El sol es de Arihén. Porque nadie más se atrevió a reconocerlo.

—Y si algún día miráis al cielo y os preguntáis de quién es esa luz...
recordad que **la luz no es de quien la enciende,
sino de quien no deja que se apague.**

*

Silencio.

Profundo.

Ni un niño lloró.
Ni una cuerda de laúd se tensó.

*

Y luego...
aplausos.
Fuertes.
Irregulares.
Reales.

No porque comprendieran el gesto.
Sino porque **sentían que alguien les había hablado sin disfraz.**

*

En un balcón alto, la reina **no sonrió.**
Pero inclinó la cabeza levemente.

*

Y Luana...
cerró los ojos.
Y apretó el pergamino en su regazo.
Como si fuera **lo único que no se pudiera arrebatarse.**

*

El templo no proclamó vencedor.
Porque no era una guerra.
Pero cada gesto, cada ofrenda, cada duelo había dejado su marca.
Y esa tarde, mientras los cinco pretendientes esperaban en el patio de mármol blanco bajo los
emblemas solares y lunares en la Plaza de la Aurora frente al Templo de Assil, el pueblo murmuraba
los nombres como quien recita constelaciones antiguas.

Sael de Ryndara, firme como el metal que no necesita brillo, había demostrado equilibrio: ganó todos sus combates sin una sola herida de más. Su lanza no buscaba humillar. Solo definir.
“El que lucha por deber, no por deseo.”

Hedarín del Claro Oscuro, con su copa sin fondo y su verbo elíptico, había encantado a la corte con su ironía culta y una serenidad que no era máscara, sino estrategia.
“El que entiende que amar es sed, no posesión.”

Velkhan del Mar de Lasas no venció con técnica, pero su fuerza bruta y su honor sin doblez arrancaron aplausos sinceros. Incluso al caer, no dejaba de levantarse.
“El que navega aunque la marea no lo abraza.”

Lysir Val-Raem, con su arte y su retórica, había deslumbrado más que convencido. Pero incluso sus detractores reconocían su talento: él sabía verse... y hacer que otros quisieran mirarlo.
“El que se ama tanto que hasta la sombra lo sigue.”

Y **Lefuan**, el que no vino de ninguna casa ni juramento, el que perdió la final y sin embargo no cayó, había ganado algo más difícil:

Silencio respetuoso entre los gritos.

Miradas largas entre las dudas.

Una semilla donde antes solo había juicio.

“El que no pidió nada, pero trajo dos cielos.”

Luana los miró uno a uno.

No con deseo, ni cálculo, ni obediencia.

Los miró como quien elige la primera línea de una historia que aún no existe.

Y eligió.

No al vencedor.

No al más fuerte.

Sino **al que había entendido que el ritual no era conquista, sino promesa.**

Esa noche, los niños repetirían en las calles:

—¡Luna de Luana!

—¡Sol de Arihén!

—¡Y el que llegó de las sombras... trajo los cielos con él!

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 4: *Asistidos por las estrellas — La decisión no declarada*

Esa noche, **las estrellas parecían más próximas.**

No por magia.

No por presagio.

Sino por una claridad que la ciudad entera reconocía sin saber explicarla.

El juicio había terminado.

Y sin embargo, nadie lo anunciaba.

*

En el ala este del palacio, los maestros de ceremonia discutían con voz baja.

—¿Debemos proclamarlo ya?

—No. La reina quiere esperar a que se enfríe la euforia.

—¿Y si los otros protestan?

—No lo harán.

Saben que ya perdieron.

*

En el Consejo de Piedra Vacía, los sabios más antiguos compartían infusiones amargas.

—Ese extranjero no trajo alianzas...

—Trajo algo peor: **imaginación.**

—¿Y qué hacemos con alguien así?

—**Nos adaptamos.**

O lo destruimos.

*

Los otros pretendientes comenzaron a empacar.

No en voz alta.

No con derrotismo.

Con dignidad medida.

Con el orgullo de haber perdido ante **algo que no sabían cómo nombrar.**

Sael entregó una carta formal a la reina, agradeciendo el honor.

Velkhan pidió una última audiencia con Luana.

Ella no se la concedió.

Lysir escribió un poema que nunca leyó.

Hedarín rompió su bastón ceremonial en la soledad del patio norte.

*

Y **Luana**, en su habitación, no dormía.

Caminaba descalza sobre las alfombras bordadas,

con los dedos aún manchados de tinta del poema que había escrito esa misma mañana.

La inscripción del pergamino —la de las lunas— reposaba sobre su mesa.

Abierta.

Visible.

Como si formara parte de ella.

*

Cuando Goucha entró con una bandeja de té, Luana no habló.

Solo levantó la mirada.

—¿Quieres que lo anuncien esta noche? —preguntó la gou con suavidad.

—No.

Quiero que **la ciudad lo sepa antes de que lo digamos.**

Que se cuente solo.

Que llegue como una historia que se instala en la piel, no en los decretos.

*

Goucha asintió.

Y por un instante...

su mirada no fue de sirviente.

Ni de amiga.

Fue de alguien que compartía un amor que no necesitaba ser el primero para ser verdadero.

*

En las cámaras privadas del consejo, **la reina Arihén** escribía una serie de notas a puño cerrado.

Una iba dirigida a la Cancillería Exterior.

Otra al Templo de Assil.

Una tercera, al Consejo de Comercio de las Costas Doradas.

Y finalmente, una para Lefuan.

“El sol no se entrega.

Se sostiene.

Y hoy, tú hiciste que brillara incluso en manos ajenas.

Bienvenido al trono que aún no existe.”

*

Lefuan no leyó esa nota esa noche.

Estaba en el León Dorado,

cenando con Tarek,

escuchando a un grupo de niños discutir si las lunas eran iguales o no.

—Yo digo que la roja es más rápida —decía uno.

—¡Pero la blanca brilla más!

—¿Tú qué piensas, Lefuan?

Él sonrió.

—Pienso que están mejor en manos de alguien que no quiera poseerlas.

*

Y así, bajo ese cielo de rumores, sin declaración, sin decreto,

Naorhal aceptó a Lefuan no como un príncipe...

sino como una historia que ya no podía dejar de contarse.

*

Las estrellas observaron.
Y por primera vez en siglos,
nadie intentó interpretar sus silencios.

Solo los dejaron estar.
Como testigos.

De lo que acababa de comenzar.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 5: *Las sombras entre las luces — La secta da su primer paso*

Mientras el palacio dormía,
Naorhal respiraba con la confianza de quien **cree que ha sobrevivido a la tormenta.**

Pero las tormentas verdaderas **no gritan antes de llegar.**
Sus heraldos caminan en silencio,
y su primer trueno es la ausencia de ruido.

*

Esa madrugada, en el **Templo de la Luz Serena**, un sacerdote fue hallado muerto.

Su cuerpo no presentaba heridas.
Pero su boca estaba cosida con hilos de oro quemado.
Y en la pared del altar, escrita con llamas negras, una frase:

"La luz ha mentido."

*

El sumo clérigo intentó ocultarlo.
Quemó las cortinas.
Modificó el informe.

Pero el rumor ya había salido.
Y como todo rumor que se arrastra en la oscuridad,
llegó donde debía llegar.

*

En el barrio del Mercado Antiguo, una mujer se desplomó entre puestos de fruta.

Al principio creyeron que se desmayaba.
Pero cuando gritó —con una voz que **no era la suya**—,
la ciudad se detuvo.

“¡La sangre ha dormido!
¡Y el que camina con la noche no ha muerto!
¡Vultnir despierta en los muros olvidados!”

*

Las palabras no eran suyas.
No podían serlo.

La mujer **nunca aprendió a leer.**
Y sin embargo, repetía pasajes exactos de textos prohibidos, quemados siglos atrás por el propio templo.

*

Un comerciante desapareció esa misma noche.
Un noble de bajo rango, miembro del consejo de comercio.
Su cuerpo no fue hallado.

Solo una mano.
Y sobre el dedo anular,
un anillo con la insignia del Sol Antiguo... girada al revés.

*

Irisel fue la primera en ver el patrón.
Desde su torre en el templo central, había ordenado revisar todos los símbolos recuperados.
No por su contenido...
sino por lo que decían sin decirlo.

“Tres cicatrices,
tres muertes,
tres mensajes.
No son atentados.
Son avisos.”

*

Convocó una reunión secreta con dos maestras archivistas y un veterano de la inquisición retirada.
Extendió sobre la mesa un mapa de la ciudad, marcando los incidentes con tinta roja.
—No buscan el trono —dijo—.
No buscan asustar.
**Buscan recuperar lo que creen perdido:
el relato original.**

*

—¿Y qué es lo que reclaman? —preguntó uno de los sabios, tenso.
—Que el mundo **nunca debió tener tres luces.**
Solo una sombra.
Y que Lefuan... al regalar el cielo,
rompió el equilibrio dormido.

*

En el León Dorado, esa noche, Lefuan jugaba a las cartas con Mira y Tarek.
No sabía aún que era blanco de algo más antiguo que el odio.
No por sus palabras.
Ni por su ascenso.
**Sino porque, sin saberlo, había tocado el lenguaje con una verdad que lo convertía en hereje
para quienes solo creían en la oscuridad pura.**

*

En un sótano sellado por raíces, los miembros de la secta oraban.
Sus rostros estaban cubiertos.
Sus cuerpos marcados con fuego.
En el centro del círculo,
una joven se alzaba lentamente.
Sus ojos ardían con una luz que no era vida.
Y en sus labios, un nombre.
No de un dios.
De un hombre.

—Lefuan...

**El que reescribirá.
El que debe ser quebrado.
O convertido.**

*

La sombra de Voltnir volvía a moverse.
Y esta vez, no quería el templo.
Ni el trono.

Quería la historia.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 6: *Una semilla bajo la luna — El inicio de algo que no tiene nombre*

Esa noche, el cielo de Naorhal estaba despejado.
Las dos lunas se alzaban como hermanas que no se miran,
pero que conocen sus ritmos.

La ciudad dormía.

Pero **en las torres del palacio, algo aún respiraba.**

*

Lefuan caminó por el pasillo de los vitrales oscuros.

No llevaba capa.

Ni armas.

Ni pensamientos que sirvieran como escudo.

Solo un presentimiento.

Y la carta sin abrir que Arihén había deslizado bajo su puerta,
con la inscripción de un sol dorado.

*

Luana lo esperaba en la sala sin nombre.

Una cámara circular, alta, sin ventanas,

donde los herederos a veces se escondían a llorar cuando eran niños.

Ahora estaba vacía.

Solo una vela encendida,

y un pequeño espejo de cobre, oxidado en las esquinas.

*

Ella no se giró al oírlo entrar.

Sabía que era él.

Porque **la habitación cambió de temperatura.**

—Ya no podemos volver atrás —dijo ella, sin mirar.

—¿Y alguna vez pudimos?

*

Lefuan se acercó, se sentó a su lado.

No se tocaron.

Tampoco lo necesitaban.

—Mi madre me dijo que elegiría con la cabeza —dijo Luana—.

Pero tú no me dejaste.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es irreversible.

*

Hubo un largo silencio.

Y luego ella habló de nuevo.

—Si muero, algún día...

—No digas eso.

—Escúchame.

Si muero, quiero que encuentres una forma de mantener viva esta noche.

No mi nombre.

Ni tu promesa.

Solo esto.

Lo que somos ahora.

Sin corona.

Sin deber.

Sin tiempo.

*

Lefuan cerró los ojos.

Y dijo, simplemente:

—Está hecho.

*

Entonces, sin pedir permiso,

Luana apoyó su frente contra la de él.

No fue un gesto de despedida.

Ni de deseo.

Fue un **acto de fe.**

De entrega sin palabra.

*

Y en ese instante,

sin que ninguno lo supiera aún,

una nueva historia comenzó a escribirse.

No en los archivos del reino.

No en los registros del templo.

Sino en el tejido mismo del tiempo.

*

Goucha, despierta en su lecho, sintió una punzada en el pecho.

Como si alguien hubiera encendido una vela en un cuarto donde antes solo había sombra.

No entendía por qué.

Pero **sonrió.**

*

Y en algún rincón de esa vasta noche,

una niña —que aún no había nacido—

rió en sueños que no eran suyos.

*

Las lunas se alejaban en sus órbitas.

Pero algo en su reflejo

quedaba fijo.

Como una promesa enterrada en silencio.

Que florecería,

incluso si el jardín algún día ardía.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 1: *La proclama del alba — El anuncio ante la corte*

Pasaron dos semanas.
El amanecer llegó con lentitud.
No como promesa...
sino como una advertencia.

Sobre Naorhal, las nubes parecían demasiado perfectas,
como si alguien las hubiera pintado allí para fingir que el cielo no temblaba.

*

La **Sala de las Columnas Doradas** se llenó con el sonido de pasos suaves y telas crujientes.

Era el salón más antiguo del palacio.
El único que no tenía cúpula ni símbolos de los dioses.
Solo columnas.
Y silencio.

Aquí se celebraban las decisiones que no se podían revertir.

*

La **reina Arihén** entró sin música.
Vestía de blanco y rojo, sin corona.
Solo llevaba un anillo solar grabado con la palabra más temida por los escribas:
“**Ahora.**”

*

Luana caminó detrás.
Lenta.
Sin adornos.
Con la espalda recta y el rostro sin expresión.
Su vestido no era nupcial.
Era **el de la guerra diplomática**.
Goucha iba a su izquierda, sin joyas, sin velo, sin símbolo.
Pero cada paso suyo era el de alguien que ya **no era solo la sombra de otra**.

*

Lefuan fue el último en entrar.
No lo anunciaron.
No lo flanqueó nadie.
Vestía su ya famosa capa gris, reparada en los bordes.
Sus botas estaban limpias, pero gastadas.
Y sus ojos...
no pedían nada.

*

Los nobles se habían organizado en semicírculo.
Los del ala norte —tradicionalistas, adoradores de Assil— mantenían la mirada baja.
Los del ala sur —comerciantes y estudiosos— observaban a Lefuan como si fuera un **problema matemático aún sin resolver**.

*

Un heraldo dio un paso al frente.

Su voz, firme, sin emoción:

—Se convoca este acto en nombre del trono solar para proclamar, ante dioses y hombres, la unión futura entre la princesa Luana de Naorhal... y Lefuan Lucius, ciudadano foráneo reconocido por la Reina como legítimo portador del título consorte.

*

El murmullo fue tenue.

Como un rumor de hojas secas.

Los más devotos hicieron el gesto de la luz.

Otros simplemente bajaron la cabeza.

*

Arihén habló.

—Esto no es una coronación.

No es una boda.

Es un anuncio.

El amor no se legisla.

Pero el reino sí.

Por tanto,

a partir de este día,

Lefuan será considerado parte de la línea imperial,

con deberes y vigilancia acordes a su posición.

*

—¿Y sus derechos? —preguntó alguien desde el fondo, una noble de mediana edad con voz templada.

Arihén no titubeó.

—Sus derechos nacerán de lo que haga, no de lo que reciba.

*

Luana y Lefuan se miraron en ese instante.

No como amantes.

Ni siquiera como aliados.

Como cómplices de algo que aún no tenía forma.

*

—¿Desea decir algo, señor Lefuan? —preguntó el heraldo.

Silencio.

Luego Lefuan caminó hasta el centro del círculo.

Se quitó la capa.

La dobló.

La dejó en el suelo.

—Solo esto —dijo—:

“No heredé nada.

No pedí este lugar.

Pero si alguna vez dudan de por qué estoy aquí...

**pregunten a su hija.
Y miren al cielo.”**

*

Ni un solo aplauso.

Ni un solo gesto.

Pero **en el fondo de la sala**, alguien —una criada quizás—
soltó un suspiro.

Uno de esos que nacen cuando algo, finalmente, tiene sentido.

*

El heraldo golpeó el bastón tres veces.

—La proclamación ha sido sellada.

*

Luana tomó la mano de Lefuan.

No por mandato.

Ni por ceremonia.

Porque quería.

Y Goucha, a un paso detrás, bajó la vista por respeto.

Pero su boca se curvó en algo parecido a una sonrisa.

*

Desde el balcón oculto del templo, **Irisel observaba todo.**

Y por primera vez...

no pudo decidir si lo que nacía ante sus ojos

era **una promesa... o una herejía.**

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 2: *El beso político — Recepción pública y tensiones veladas*

Naorhal había sido preparada como para una coronación.

Banderas blancas y doradas colgaban de los balcones.

Las fuentes cantaban con hechizos antiguos.

Los niños de los gremios recitaban versos escritos por poetas imperiales.

Pero esta no era una boda.

Era una aceptación.

Y lo que se aceptaba... era **una anomalía que había conquistado el corazón del relato.**

*

La **Plaza del Espejo**, frente al palacio, estaba repleta.

La gente no cantaba.

No gritaba.

Solo **esperaba.**

El ambiente tenía ese espesor que aparece cuando algo está por volverse historia.

*

Los tambores del templo sonaron.

Uno. Dos. Tres.

Y entonces apareció **Luana**, vestida con armadura ceremonial sin capa, sin corona, con la luna blanca bordada sobre el pecho izquierdo.

A su lado, **Lefuan**, sin armas, sin color imperial, solo con una túnica sencilla y el brazalete solar que Arihén le había ordenado usar.

*

Caminaron por el corredor de mármol entre la multitud.

No había protección mágica.

No había escolta.

Solo **presencia.**

*

En el estrado central, elevado por hechicería sobre una plataforma flotante, Luana se detuvo.

El heraldo repitió las palabras del anuncio.

El pueblo escuchó.

Y entonces Luana habló.

—Mi elección no fue lógica.

Ni fue debida.

Fue libre.

**Y si el pueblo me quiere como su reina...
me aceptará también como mujer.**

*

Silencio.

Y luego, un solo aplauso.

Después otro.

Después cien.

Después miles.

*

Luana giró hacia Lefuan.

Y lo besó.

*

No fue un beso largo.

Ni apasionado.

Fue **público. Preciso. Desnudo.**

Y con ese gesto, el compromiso se convirtió en **mito popular.**

*

Los niños comenzaron a imitar el beso en los callejones.

Un anciano ofreció grabarlo en madera.

Una panadera decoró pasteles con dos lunas unidas por una pluma.

En menos de una hora, la historia **ya era canción.**

*

Pero entonces...

un sonido quebró el aire.

No fue grito.

Ni llamado.

Fue una explosión.

*

En la parte baja de la ciudad, cerca del viejo muro del gremio de astrónomos, un mural recién pintado con la imagen de Luana entre las lunas fue destruido.

*

La explosión no mató a nadie.

Pero el humo que dejó **dibujaba un símbolo:**

tres cicatrices verticales, y una luna tachada con fuego negro.

*

Irisel, que ya había llegado al lugar cuando nadie más lo había notado, cerró los ojos.

—Esto no es un mensaje —dijo a su escolta—.

Es una respuesta.

*

De vuelta en la plaza, los aplausos continuaban.

La mayoría no sabía aún lo que había pasado.

Solo los ojos de **la reina Arihén**, desde lo alto del palacio, se oscurecieron levemente.

*

Y **Goucha**, de pie junto a la plataforma,
sintió un estremecimiento en el pecho.

No por miedo.

Sino porque algo dentro de ella

reconocía esa marca... como si ya la hubiese soñado.

*

La luz había hablado.

El pueblo había respondido.

Y la sombra... por fin, había despertado.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 3: *El susurro del metal — Irisel comienza a moverse*

El templo de Assil tenía alas selladas con cerraduras que ni los sumos clérigos podían abrir sin una plegaria autorizada por los doce.

Pero Irisel no necesitaba llaves.

Ella **conocía las respiraciones de cada pasillo**, las fracturas invisibles entre las piedras.

Esa noche, **no dormía nadie en su ala**.

El atentado en la ciudad había removido las certezas.

Los acólitos murmuraban.

Los sacerdotes pedían respuestas a textos que ya no sabían cómo leer.

Irisel caminaba descalza.

Su túnica era negra, sin símbolos.

Como una sombra **que no necesitaba permiso**.

✱

Ingresó en la cámara de los sellos, un cuarto circular donde se archivaban todos los símbolos aprobados, rechazados o suprimidos por el templo a lo largo de los siglos.

Extendió tres informes recientes:

- La inscripción en fuego negro sobre el altar.
- El símbolo en humo tras la explosión del mural.
- Las marcas halladas en el puñal con el que intentaron atacar a Luana.

Todos distintos.

Y sin embargo, **todos con tres líneas paralelas** en su estructura central.

✱

—Tres cicatrices —murmuró—.

Voltnir.

Pero no como deidad.

Como eco.

✱

La asesina tomó un espejo de cobre bruñido.

Lo colocó sobre el mapa de la ciudad, inclinándolo en ángulo oblicuo.

Tres de las ubicaciones de los atentados formaban una línea recta.

La cuarta... aún no se había producido.

✱

Cerró los ojos.

Y pronunció la plegaria de la Hoja Silente.

“No pido permiso para actuar.

Solo el derecho a no hacerlo en vano.”

El espejo vibró.

Las runas en su borde comenzaron a brillar con fuego tenue.
Irisel lo apagó con los dedos.

—Entonces es verdad...
No atacan al poder.
Atacan **el relato**.

*

Horas después, descendió a los calabozos menores del templo.
Un acólito desaparecido dos días antes había sido hallado vagando sin ropa ni lengua en un establo abandonado.
Ahora estaba encadenado, balbuceando frases sin sentido.
Los clérigos decían que había perdido la razón.

Irisel se sentó frente a él.
No habló.
No interrogó.
Solo esperó.

El joven, con los ojos vacíos, murmuró:

—No luz...
no forma...
tres veces y nada...

Ella lo miró sin parpadear.

—¿Ves aún las cicatrices?

El joven asintió lentamente.

—¿Dónde está la cuarta?

Silencio.

Luego, una sola palabra, casi inaudible:

—Dentro.

*

Irisel se levantó.

Subió a la torre sur del templo.
Allí la esperaba un anciano archivista: uno de los pocos que aún recordaba los días del exilio de los adoradores de Voltair.

—Quiero formar una célula de vigilancia —dijo ella—.
No bajo la luz.
Sino debajo de su sombra.

—¿Con permiso del alto templo?

—Sin él.

*

El anciano dudó.
Luego le entregó un anillo sin marca, el símbolo de los vigías prohibidos.

—No tienes autorización.
Tienes **urgencia**.

Y eso basta.

*

Esa noche, Irisel comenzó a enviar cuervos sin sello.

Marcó seis nombres.

Distribuyó armas silenciosas.

Y redactó un informe que no entregó.

Lo guardó en su puño cerrado.

—No estoy luchando por Assil.

Ni por la princesa.

Estoy luchando porque si no lo hago...

no habrá historia que valga la pena recordar.

*

La hoja en su cintura no temblaba.

Pero la ciudad sí.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 4: *El pacto sin sangre — Arihén y Lefuan negocian en privado*

Pasaron los días como hojas que nadie se atrevía a recoger,
y en el palacio, el aire comenzó a pesar más de lo que decía.
Las palabras eran menos, las miradas más largas.
Algo se tensaba...
no con ruido, sino con el silencio.

Los aposentos privados de la reina Arihén no eran lo que muchos imaginaban.
No había oro.
No había tronos.
Ni siquiera guardias.

Solo una sala amplia, con un escritorio antiguo, una estantería de piedra cargada de pergaminos,
y una única ventana que no daba al cielo,
sino a un muro de roca sin terminar.

*

A esa hora, solo el sonido de una pluma rozando el papel llenaba la estancia.

Cuando Lefuan entró, la reina no lo saludó.
Tampoco alzó la vista.

—Me ofreciste el sol —dijo, sin levantar la voz—.
Y lo único que me diste fue una historia.
Bien jugado.

*

Lefuan no se sentó de inmediato.

Caminó hasta el centro de la sala, y esperó.
Como un visitante que no sabía si lo habían invitado...
o citado.

—No estoy aquí para agradecimientos —dijo.

—Lo sé.
Estás aquí porque has entendido que **el trono no es una herencia,**
es una amenaza diferida.

*

Finalmente, Arihén alzó la vista.
Sus ojos eran como el vino espeso:
bellos, pero imposibles de leer del todo.

—Quiero que hablemos claro —dijo—.
Tú no naciste para gobernar.
Ni para inclinarte.
Eres un hilo suelto en una tela tensa.

—Y sin embargo, aquí estamos.

—Y por eso vamos a pactar.

Antes de que el amor nuble el juicio de mi hija.
Antes de que los nobles te usen como símbolo,
y antes de que el templo encuentre excusas para llamarte hereje con legitimidad.

*

Lefuan alzó una ceja.
No por sorpresa,
sino por interés.

—¿Qué quieres?

—Dos cosas —respondió ella, apoyando la pluma con precisión sobre el tintero.

Uno: que si alguna vez debes elegir entre tu vida y la de Luana,
elijas la de ella sin dudar.

Dos: que no te atrevas jamás a reclamar algo **que no te ha sido dado.**
Ni el poder absoluto.
Ni la verdad del reino.

*

Lefuan tardó en responder.
No porque dudara.
Sino porque sabía que toda respuesta contenía una trampa.

Finalmente, dijo:

—No vine a mandar.
Pero tampoco nací para obedecer.

*

Arihén se recostó hacia atrás en su asiento.

Y entonces —por primera vez desde la proclamación—
sonrió.

Solo un segundo.
Pero lo suficiente.

—Entonces quizás —dijo ella—, sí merezcas a mi hija.

*

Lefuan no respondió.

Pero se acercó al escritorio, y colocó sobre él el brazalete solar que le habían entregado como símbolo consorte.

—No necesito esto para protegerla —dijo—.
Solo para que tú me dejes hacerlo.

*

—No confío en ti —admitió Arihén.

—Yo tampoco confío en mí.
Y eso es lo que me hace peligroso.
Pero también útil.

*

Silencio.

Luego, Arihén giró un pergamino sin sellar hacia él.

—Esto no es un acuerdo formal.

Es solo una hoja sin título.

—Entonces será lo único verdadero que se firme este mes.

*

Ambos lo rubricaron.

Sin testigos.

Sin sello.

Sin bendición.

Solo dos nombres.

Y una línea debajo:

“Por la continuidad del fuego, sin purificación innecesaria.”

*

Cuando Lefuan se retiró, la reina cerró los ojos.

Y por primera vez desde la muerte de su esposo,

no se sintió sola en el campo de batalla.

*

Lefuan, al salir, murmuró para sí:

—Ahora el reino tiene dos reinas.

Una sentada en el trono...

y otra aún por venir.

*

En las sombras de ese pacto,
algo se fortalecía.

Pero también se abría...
una grieta.

Solo una frase breve, dicha entre paredes que no retienen ecos:

—Acompáñame —dijo la reina Arihén a Lefuan, al cerrar tras de sí la puerta de su estudio—.
Hay cosas que solo se dicen cuando ya no hay vuelta atrás.

La reunión no estaba en la agenda oficial.

No llevaba sello ni proclama.

Lefuan no preguntó.

Solo siguió sus pasos.

Su capa se arrastraba como una sombra disciplinada sobre las losas antiguas del ala táctica.

No eran pasillos conocidos por cortesanos, ni lugares para diplomacia.

Allí se decidían los días que no llegarían a escribirse.

El salón de estrategia no era parte del recorrido habitual del palacio.

Tallado bajo la piedra viva, sus paredes estaban cubiertas de mapas en relieve y tapices encantados que mostraban los pulsos políticos del reino.

No se oían pájaros.

Ni pasos.

Solo la respiración lenta de quienes comenzaban a entender que la historia había cambiado de forma.

**Cuando la puerta de la sala de estrategia se abrió, todos los ojos se volvieron.
No hacia la reina.
Hacia él.**

Los presentes eran pocos, pero esenciales:

—tres heraldos mayores,

—dos generales sin divisa,

—un emisario del templo de Assil,

—una cartógrafa sin lengua,

—y **Irisel**, apoyada contra el muro, con los brazos cruzados y la daga al cinto como si no estuviera allí para usarla... pero sí para recordarla.

Arihén no se sentó.

—El reino ha sido herido en silencio —dijo, sin preámbulo—.

La luz de Assil parpadea, el norte se repliega, y el sur canta nombres que ya no están en nuestros mapas.

Y en medio de todo eso... *él llegó*.

Se giró hacia Lefuan, no como reina, sino como testigo.

—Algunos dicen que es un símbolo.

Otros, un error.

Y aún hay quienes lo ven como oportunidad.

Volvió a mirar a los presentes.

—Pero hoy, lo verán hablar.

•

Lefuan dio un paso.

No levantó la voz.

Solo la limpió de todo lo que no era necesario.

—No vine para mandar.

Ni para salvar un mundo que no conozco.

Pero fui traído.

Y eso me hace responsable.

De algo.

Sacó un pergamino enrollado, marcado con una espiral de tinta roja.

Lo dejó sobre la mesa central.

—La secta del Fulgor no es una amenaza futura.

Es actual.

Tiene nombres en el templo.

Manos dentro de las cortes.

Y ojos más allá del mar.

No quieren el poder.

Quieren borrar las reglas.

Un silencio denso siguió a sus palabras.

Como si cada frase recién dicha aún pesara en el aire.

—Por eso —añadió—, no puedo hacer esto solo.

Se volvió hacia Irisel.

—Tú conoces las grietas.

Sabes quién miente, quién reza por inercia, quién mata por devoción.

—¿Me estás pidiendo algo? —preguntó ella, sin moverse.

—No.

Te estoy nombrando.

—¿Para qué?

—Para que seas lo que nadie espera que seas:
la mano que sostiene el filo antes de que caiga.

Irisel no respondió al instante.

Sus ojos —duros, afilados como siempre— temblaron apenas, no por miedo... sino por algo más antiguo que la lealtad: **culpa**.

—Intenté matarte —dijo en voz baja, sin apartar la mirada—.

Lo sabes.

Entonces dime... ¿por qué confiar en mí?

Lefuan se permitió una media sonrisa. No de triunfo, sino de reconocimiento.

—Porque fuiste la única que lo intentó *antes de saber quién era yo*.

Y aún así... no huiste.

•

Arihén asintió sin decir nada.

—A partir de hoy —declaró—, Irisel hablará por Lefuan ante este consejo.

No como emisaria.

Sino como brazo ejecutor.

El emisario del templo murmuró una queja velada, pero nadie la recogió.

La cartógrafa sin lengua colocó un nuevo mapa sobre la mesa.

Ya no era el reino entero.

Solo un fragmento.

Una región marcada con símbolos de culto: espirales encadenadas, estrellas oscuras, marcas de sacrificio.

Allí era donde comenzarían.

•

Cuando la reunión terminó, y los consejeros se dispersaron con más peso en la espalda que al llegar, Lefuan y Irisel caminaron en silencio por el pasillo de columnas cóncavas.

—No esperabas esto —dijo él, finalmente.

—Nunca espero nada —respondió ella—. Solo aprendo rápido.

Se detuvo.

Lo miró.

—Tú también deberías hacerlo.

Aprender a no llevar todo el fuego dentro.

A veces, es más útil saber a quién entregarlo.

Lefuan no respondió.

Pero cuando volvió a caminar, lo hizo un poco más cerca de ella.

Y el reino, sin saberlo aún, acababa de firmar su primer pacto real...
con las manos manchadas de sangre vieja,
y la voluntad de quien nunca pidió el cielo,
pero decidió sostenerlo igual.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 5: *Bajo el altar — Primer atentado real*

El Templo Menor de Assil, en el barrio de las colinas, era conocido por su serenidad.

Sus paredes eran claras, el suelo de madera perfumada, y la luz entraba suavemente desde las aberturas superiores.

Allí se oficiaban los rezos matutinos de las familias sin linaje.

No había grandes ceremonias, solo silencio compartido y plegarias sinceras.

Fue en ese templo donde **la secta eligió marcar su verdadero comienzo.**

*

El sacerdote entró a las primeras luces del día, como siempre.

Encendió las velas.

Vertió el agua ritual.

Susurró los nombres de los caídos.

Todo era rutina.

Hasta que, al alzar el cáliz de la ofrenda...

bebió veneno.

*

No gritó.

Solo cayó de rodillas,

y sus ojos sangraron sin abrirse.

El altar, iluminado por la luz de la mañana, no reflejaba su cuerpo.

Lo absorbía.

*

Cuando los clérigos llegaron, hallaron tallado bajo la base del altar un nuevo símbolo:

Tres líneas paralelas.

Y una luna tachada.

La marca de los que decían:

“La luz no es guía.

Es prisión.”

*

Mientras tanto, en el **Orfanato del Sol Medio**, Luana visitaba a un grupo de niños en nombre del trono.

Era una acción protocolar.

Simbólica.

Inofensiva.

O eso se creía.

*

Caminaba entre estanterías y tapices pintados a mano.

Lefuan no la acompañaba.

Había optado por no convertir la visita en espectáculo.

Solo ella.

Y Goucha.

*

Una joven —aparentemente enfermera auxiliar— se acercó con una bandeja de frutas.

Sus manos temblaban.

No por nervios.

Por tensión contenida.

Luana sonrió.

Tomó una cereza.

Y fue entonces cuando la joven **desenvainó un pequeño cuchillo de hueso** que llevaba entre las mangas.

*

Goucha no gritó.

No pensó.

Se movió.

Como si su cuerpo recordara algo que ella no sabía.

Como si hubiera ensayado ese movimiento miles de veces...

en sueños que no eran suyos.

*

El cuchillo se desvió.

No alcanzó a Luana.

Golpeó la manga de Goucha,

y luego cayó al suelo como si el aire mismo lo hubiera rechazado.

*

La joven atacante fue inmovilizada por los cuidadores.

Pero antes de ser callada, alcanzó a pronunciar:

—La princesa no es la elegida.

Su sombra lleva lo que perdimos.

*

Goucha, jadeando, con una herida superficial en el brazo, miró a Luana sin hablar.

Luana tampoco dijo nada.

Solo tomó su mano, y la sostuvo largo rato.

*

Esa misma tarde, en los pasillos del palacio, el rumor ya corría:

“La sombra la protegió.”

“La princesa tiene dos corazas: el amor... y la que lo calla.”

“¿Quién es esa mujer realmente?”

*

Irisel llegó al templo menor justo antes del anochecer.

No lloró al ver el cuerpo del sacerdote.

Solo se arrodilló.

Y tocó con dos dedos el símbolo grabado en la piedra.

—No buscan matar.

Buscan sustituir.

Una fe por otra.

Una historia por una cicatriz.

*

Y en la torre del vigía, un cuervo partió sin sello.

Destino:

El León Dorado.

Mensaje:

“La luna está marcada.

Pero la sombra aún respira.”

—I.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 6: *El ojo se abre — La ciudad ya no duerme*

La noche cayó sobre Naorhal sin ruido.

Pero no era una noche como las otras.

Los faroles titilaban sin chispa mágica.

Las calles no olían a pan fresco ni a incienso.

Solo a polvo.

A sospecha.

*

En el cielo, **las lunas parecían más lejanas.**

Como si observaran desde un mundo ya separado del nuestro.

Y sin embargo, en el corazón del palacio,

un ojo se abría.

*

Lefuan estaba solo en sus aposentos.

Apoyado en el alféizar de piedra, observaba la ciudad desde la altura.

Debajo, el murmullo urbano parecía contenido por una tensión que aún no encontraba forma.

Era como si toda Naorhal respirara con un solo pulmón.

Y este estuviera... **herido.**

*

Desde una esquina de la plaza, un grupo de niños comenzó a cantar.

No con alegría.

Sino con voz monótona, ritual.

“Tres veces la luz mintió.

Tres veces el hilo se torció.

Tres lunas se cayeron del cielo...

...y el cuarto no llegó.”

*

Lefuan sintió un escalofrío.

No por las palabras.

Sino porque **las había soñado.**

No una, sino muchas veces.

En aquel fragmento de visión que tuvo ante el **Espejo de la Llama.**

En un futuro que no existía.

O que **aún no había llegado.**

*

Un golpe seco en la puerta.

Lefuan giró.

No esperó respuesta.

Abrió.

Y allí estaba **Irisel**.

De pie.

Sin túnica ceremonial.

Sin armas visibles.

Solo su mirada.

Más afilada que cualquier daga.

*

—¿No deberías entrar con escolta? —preguntó él, con su sarcasmo usual.

—Si necesitara escolta para hablar contigo, ya estarías muerto —respondió ella, sin ironía.

*

Cerró la puerta tras de sí.

No pidió permiso.

Se mantuvo de pie, con las manos cruzadas a la espalda.

—Algo está viniendo —dijo.

—Lo sé —contestó Lefuan.

—No. No lo sabes del todo.

No se trata solo del templo, ni del trono, ni de ti.

Es el relato lo que quieren reescribir.

Y tú... tú lo estás haciendo también.

Sin darte cuenta.

*

Lefuan se cruzó de brazos.

—¿Y eso te asusta?

—No me asusta.

Me **incomoda**.

*

Ella se acercó, a pocos pasos de él.

—Eres un hombre sin dios, sin ejército, sin linaje.

Pero la gente te sigue.

No por lo que ofreces.

Sino porque **dices lo que sienten antes de saberlo**.

—Eso no es poder.

—Eso es la forma más peligrosa de poder.

Y por eso vengo a decirte algo claro.

*

Se detuvo.

Lo miró a los ojos.

—Si intentas huir de esto...

te seguiré.

Te rastrearé.

Y te detendré.

No por deber.

Sino porque no pienso dejar que el mundo se quiebre por alguien que no quiso hacerse responsable de sí mismo.

*

Silencio.

El viento entró por el balcón.

Llevaba olor a humo...

y a tierra abierta.

*

Lefuan caminó lentamente hasta la baranda.

Apoyó una mano.

La otra la dejó colgar, como quien suelta algo que pesa.

—Entonces no huyas tú tampoco —dijo.

Y abrió la puerta del balcón.

El viento hizo que la vela más cercana parpadeara.

—Vamos juntos.

*

Irisel no respondió de inmediato.

Pero caminó a su lado.

Se quedó mirando el horizonte.

—No soy buena para caminar acompañada —admitió.

—Yo tampoco —dijo él—.

Pero supongo que nadie atraviesa un mundo en ruinas solo por orgullo...
y sobrevive ileso.

*

Ambos permanecieron allí, sin tocarse.

Sin hablar más.

Y sin embargo...

algo se selló.

No un pacto.

No una promesa.

Una vigilancia compartida.

*

Naorhal dormía.

Pero la ciudad ya no soñaba.

Porque cuando los símbolos se rompen...

el lenguaje se convierte en campo de batalla.

Y Lefuan, sin querer,

había alzado la voz.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 7: *Donde la luz deja sombra — Irisel recuerda*

La vela ardía sin llama, sostenida por el aliento de un conjuro silencioso.

Irisel estaba sentada en su celda alta, la misma donde había vivido desde los trece años.

No dormía.

No meditaba.

Solo recordaba.

Al pie de su cama, la daga ceremonial reposaba sobre un paño negro.

Aún limpia.

Aún hambrienta.

*

“La sombra que purifica.”

Así la habían llamado cuando la entregaron al templo con apenas cinco años.

Ni siquiera conocía a quienes la dejaron.

Solo recordaba una mano áspera, una inscripción en un brazalete de cobre,
y el rostro severo de una mujer que no hablaba con la voz, sino con la postura.

La Maestra Lysara.

*

—Para ser la sombra de la luz —dijo aquella mujer la primera noche—,
debes aprender a no tener miedo de lo que arde en ti.

Y con eso comenzó su formación.

Una vida sin juegos.

Sin apego.

Solo doctrina.

Silencio.

Disciplina.

*

A los ocho años, llegó su primera gran prueba:

la meditación del fuego interior.

Fue conducida a una celda oscura donde el aire olía a incienso quemado y piedra húmeda.

Se le pidió que no se moviera, que no hablara, que no llorara.

Solo **sentir**.

Delante de ella, una hoguera ritual ardía.

Y con ella, los susurros que la luz lanzaba a quienes no eran dignos.

El calor le lamía el rostro.

Su piel temblaba.

Pero ella no se rindió.

Solo cuando su respiración fue un hilo de seda,
y sus pensamientos una única oración:

“No soy yo. Soy la luz que castiga.”

Entonces la Maestra asintió.

Y desde ese día, **Irisel supo que su vida no era suya.**

*

Durante los años siguientes, el templo la convirtió en un arma.

Su cuerpo aprendió el filo.

Su mente, el dogma.

Su alma...

aprendió a callar.

*

Pero no todo se podía enterrar.

*

A los diecisiete años, recibió su primer encargo letal:

un grupo de herejes en un pueblo olvidado.

Adoradores de Voltinir.

Rebeldes de palabra más que de acción.

Cuando llegó, encontró campesinos cansados.

Rostros llenos de polvo, niños sin calzado, madres que sostenían a los suyos con la dignidad de los que ya han perdido todo.

Una mujer se le acercó.

Lloraba.

—¿Por qué matéis a quienes solo quieren vivir en paz?

¿No hay lugar para la compasión?

Irisel no respondió.

Solo empuñó la daga.

Y esa noche, cuando el último aliento se apagó bajo su mano,

algo en ella se quebró.

No lloró.

No gritó.

Pero por primera vez, **la daga pesó.**

Y desde entonces, jamás volvió a parecerle ligera.

*

La fe era su escudo.

Y también su cárcel.

Cada misión cumplida era una ofrenda.

Cada vida segada, un sacrificio.

Pero a veces, por la noche,

cuando las velas del templo morían,

Irisel se preguntaba:

—¿Esta es la luz... o solo fuego que consume?

*

Cuando **Lefuan** apareció, algo en el templo cambió.

No por su poder.
Ni por su procedencia.
Sino porque no suplicaba.
No se inclinaba.

Lo observó desde las torres, luego desde los informes,
y finalmente, desde sus propios silencios.

No parecía querer destruir el orden.
Pero cada palabra suya...
hacía que el orden ya no bastara.

*

Y luego vino el consejo del templo.
Los sacerdotes discutían qué hacer con el forastero.

—La profecía es clara —dijo Daryan—. No puede haber excepción.

—¿Y si la excepción es lo que falta? —dijo Arwen.

Irisel escuchó.
No opinó.

Pero cuando le llegó la orden de eliminarlo,
su mirada buscó a Arwen.
Ella la sostuvo.
Y en un gesto leve, apenas perceptible,
le concedió el derecho a decidir.

*

No desenvainó la daga esa noche.
Ni la siguiente.
Ni después.

Porque Irisel no estaba segura de que Lefuan fuera un peligro.
Pero estaba absolutamente segura de algo peor:

Él no tenía miedo de sí mismo.

Y esa certeza podía encender guerras...
o detenerlas.

Y sin embargo, la duda seguía allí.
No como una herida, sino como una piedra sumergida que aún podía hundirla.
¿Por qué él?

Ella lo había observado, acechado, atacado.
Lo había considerado un error. Un riesgo.
Y sin embargo... Naeliz lo había reclamado.

*¿Qué ve en él que ni siquiera assil en su templo pudo sostener?
¿Y qué significa para alguien como ella... que su filo fallara por primera vez no por debilidad, sino
por voluntad divina?*

No halló respuesta.
Solo un temblor leve en la empuñadura.

*

De pie ahora, en su celda, Irisel tomó la daga.

La examinó.

Sus reflejos.

Su peso.

Las marcas que no eran decorativas, sino votos sellados con sangre.

La volvió a enfundar.

Y por primera vez en muchos años, pensó:

“Quizás esta hoja ya no sirva para cortar...

sino para señalar.

No qué destruir.

Sino qué proteger.”

*

Se giró.

El amanecer filtraba una tenue línea de luz por la grieta de la piedra.

Y en esa luz...

no vio nada puro.

Pero tampoco vio mentira.

Solo el contorno difuso del mundo real.

Y comprendió que tal vez...

esa era la única verdad que aún valía la pena seguir.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 1: *El canto partido — El atentado en la ceremonia de unión*

Era el día del **Cántico de la Continuidad**.

Una ceremonia antigua, sin carga política,
donde niños elegidos por sorteo entonaban versos viejos que pedían al mundo seguir girando.

Nadie moría en ese ritual.

Nadie discutía.

Todos escuchaban.

*

La plaza del Espejo se hallaba cubierta de pétalos flotantes.
Encantamientos de viento suave los mantenían danzando en el aire.

Los asistentes —nobles, comerciantes, clérigos, curiosos—
habían sido organizados con pulcritud litúrgica.

Luana y Lefuan estaban sentados en la primera hilera,
rodeados de estatuas de bronce pulido y un anillo de palmas doradas.

Goucha, como siempre, **estaba al margen**.

Pero no ausente.

*

Los niños subieron al estrado de mármol.
Doce voces pequeñas, claras, con túnicas azules bordadas en plata.

Uno de ellos —el menor— cargaba un **laúd de madera de luna**,
heredado generación tras generación,
según decían los archivos del templo.

*

La canción comenzó con dulzura.
Era un himno sin dios,
compuesto cuando aún no existía un trono central.
Hablaban de agua que fluye, de nombres que se repiten,
de luces que se funden sin anularse.

Y entonces...

algo sonó distinto.

*

El niño del laúd pulsó una cuerda.
Y no hubo música.

Solo un **chasquido seco**.

Luego, un crujido sordo.

Y entonces,
la explosión.

*

La onda expansiva fue pequeña, precisa, brutal.
No alcanzó el estrado completo,
solo a los cinco niños más cercanos al instrumento.

Los cuerpos no volaron.
Solo **cayeron**.

Con un silencio tan denso que por un instante,
el mundo pareció perder aire.

*

Gritos.
Caos.
Guardias corriendo.
Clérigos invocando protección.

Luana se puso de pie al instante.
Extendió los brazos, pero **no habló**.

Goucha la tomó por el brazo,
sosteniéndola como si su cuerpo pudiera detener el colapso.

*

Lefuan no gritó.
No pidió permiso.
Corrió hacia el estrado.
Saltó los escalones.
Apartó con fuerza a un sacerdote que intentaba conjurar luz inútilmente.
Y halló entre los restos a una niña,
viva,
sorda de un oído,
cubierta de astillas y tierra.

La alzó en brazos.

Ella no lloraba.
Solo lo miraba,
como si esperara algo.

*

Lefuan la sostuvo fuerte.
Y entonces... **lloró**.
No por él.
Ni por los muertos.
Sino por la niña que aún no había nacido.
La que no estaba allí...
pero **ya vivía en su sangre**.

*

La multitud enmudeció.
Ver a Lefuan quebrado —a ese hombre siempre firme, cínico, afilado—
era como ver romperse el hierro sin golpe.

*

Goucha lo alcanzó segundos después.

No dijo nada.
Le puso una mano en la espalda.

Y por un instante,
el mundo no ardía.

Solo se sostenía.
Con dos brazos.
Y un silencio necesario.

*

Esa noche, los pergaminos del templo no escribieron sobre la ceremonia.

Solo dejaron una línea:

“Cantaron.
Pero la continuidad se partió.”

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 1.5: *Donde nace la esperanza — La hija aún no nacida*

La lluvia caía como si no supiera a quién lavar.

Sobre los tejados dorados del palacio, sobre los muros de mármol, sobre las estatuas que aún sostenían antorchas aunque nadie ya las mirara.

Y también sobre los jardines cerrados, ese rincón del reino donde las reglas **dejaban de tener voz**.

*

Allí estaba **Luana**, sentada bajo una pérgola de ramas entrelazadas, con la mano descansando suavemente sobre su vientre.

La curva era visible.

Serena.

Innegable.

La princesa ya no era solo heredera.

Era **madre**.

*

Lefuan llegó sin hacer ruido.

El guardia que lo escoltaba lo dejó pasar sin preguntar —porque ya no se preguntaba.

Porque en ese rincón, el mundo callaba.

Se detuvo a unos pasos.

La vio.

Vestía solo un vestido largo de lino blanco, húmedo por la lluvia, pegado al cuerpo.

Sus cabellos sueltos, pesados, oscuros.

Sus ojos cerrados, pero no dormidos.

*

—Está despierta —dijo ella, sin abrirlos—.

Y se mueve cuando llueve.

Lefuan sonrió.

No como amante.

Ni como rey consorte.

**Como quien se sabe parte de un milagro que no pidió...
pero ya no podría negar.**

*

Se acercó.

Se arrodilló ante ella.

Y puso su mano junto a la suya, sobre ese vientre que temblaba apenas.

—¿Crees que sabrá quién soy?

—Lo sabrá.

No por nombre.

Por tu forma de tocar el mundo.

*

Lefuan cerró los ojos.

—Tengo miedo.

—Yo también.

—¿Y aún así...?

—Aún así, quiero que viva en un mundo donde alguien tenga miedo y no lo esconda.

*

Un silencio cálido.

Y luego, de entre las columnas de piedra húmeda, **una figura se acercó en silencio.**
Goucha.

Descalza.

El vestido mojado pegado al cuerpo felino.

Los ojos bajos, pero sin vergüenza.

—Lo soñé esta mañana —dijo con voz tranquila—.

Ail.

Así se llama.

*

Luana la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé.

Solo... lo sentí.

En un rincón donde no suelo entrar.

*

Lefuan extendió una mano.

No pidió.

Solo ofreció.

Y Goucha la tomó.

*

Bajo la lluvia, sin palabras,

los tres se abrazaron.

No como unidad política.

No como escándalo de corte.

Ni siquiera como triángulo.

Sino como algo más antiguo.

Como raíces entrelazadas bajo una misma tormenta.

*

Esa noche, en la cámara del ala norte,
los tres compartieron el lecho.

Luana tomó la iniciativa.

Desató el nudo de su vestido sin pudor.

Mostró su cuerpo sin adornos, con la curva de la vida aún frágil.

Lefuan la besó sin prisa.

Como si la boca fuera un idioma nuevo que debía aprender.

Goucha no habló.

Solo se acercó.

Sus labios tocaron primero el cuello de Luana,
luego los dedos de Lefuan.

*

No hubo dominio.

No hubo urgencia.

Solo **presencia compartida.**

*

Los cuerpos se tocaron como si recordaran algo que no era de este tiempo.

Luana gimió suavemente al sentir a Lefuan dentro de ella.

Goucha apoyó su frente contra la espalda de la princesa,
acariciando su vientre mientras la otra temblaba de deseo.

*

Y cuando llegaron juntos,
no fue con gritos ni jadeos.

Fue con lágrimas.

Con el pecho desnudo

y el corazón abierto como una herida que no dolía.

*

Después, cuando los tres yacían bajo la misma manta,
Luana susurró:

—No lo digamos a nadie.

—¿El qué? —preguntó Lefuan, ya medio dormido.

—Que por un instante...

el mundo no pesaba.

*

Goucha, con los ojos abiertos, no dijo nada.

Pero **sonrió.**

Y la hija no nacida,

desde lo hondo,

soñó con un árbol blanco que resistía la tormenta.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 2: *La grieta bajo el mármol — Conflicto interno en la corte*

Los pasillos del palacio resonaban con palabras que no se decían en voz alta.

Los mármoles pulidos devolvían los pasos con eco.

Las estatuas, antes símbolo de continuidad dinástica,

parecían ahora vigías que presenciaban un juicio sin tribunal.

*

Tras el atentado, **la reina Arihén no habló por tres días.**

Ni con Luana.

Ni con Lefuan.

Ni con el Consejo del Fuego que pedía sesiones extraordinarias cada amanecer.

La corte interpretó ese silencio como una señal:

el poder estaba recalculando.

*

Los nobles comenzaron a agruparse en corredores oscuros, en bibliotecas sin testigos.

Ya no eran solo murmuradores.

Eran estrategas.

—El hombre es una grieta.

—Un imán para la destrucción.

—Donde pisa, la historia sangra.

*

En una de esas reuniones sin sello, la voz del Duque Marvall se alzó:

—Si el trono no lo aleja, lo hará el miedo.

Y si el miedo no basta...

entonces lo haremos nosotros.

*

Mientras tanto, **Lefuan no se defendía.**

No pedía audiencia.

No alzaba la voz.

Solo **observaba.**

Y su sola presencia en las cámaras de paso

hacía que los lacayos bajaran la vista.

No por respeto.

Sino por incomodidad.

*

Luana notó el cambio antes que nadie.

Sus conversaciones con los ministros comenzaron a volverse más rígidas.

Las frases eran más cuidadosas.

Los saludos más mecánicos.

Y cuando uno de los sumos contadores sugirió trasladar el ala familiar del palacio a los jardines laterales,
comprendió que empezaban a aislarla.

*

Ella no protestó.

Pero esa noche, en el comedor privado, dejó los cubiertos a un lado y dijo con la voz firme:

—Están cavando un pozo para él.

Goucha, sentada a su izquierda, preguntó sin rodeos:

—¿Y tú...?

Luana no respondió de inmediato.

Solo bebió agua.

Y luego dijo:

—Yo estoy atada al hilo que me dio esta vida.

No puedo soltarlo.

Pero no voy a ver cómo lo cortan mientras aún late.

*

Goucha entendió.

No preguntó más.

*

Lefuan llegó más tarde.

No había comido.

Traía ojeras profundas, la mirada cansada,
pero aún sin máscara.

Se sentó.

No habló.

Luana lo miró un largo rato,
como quien memoriza a alguien que tal vez deba perder.

Y entonces, sin pedir permiso,

apoyó su mano sobre la suya.

Él la apretó.

Fuerte.

*

En otra ala del palacio, la reina Arihén rompía su silencio.

Recibía al Alto Canciller y al Prelado de la Corte Solar.

Ambos hombres, uno vestido con tela escarlata y el otro con hábitos de lino blanco,
le presentaban un documento sellado con una flor negra.

—Queremos limitar su acceso a los archivos.

Y si fuera posible...

prohibirle asistir a nuevas ceremonias públicas.

Arihén los escuchó sin pestañear.

Y al finalizar, dijo solo una frase:

—Denle más acceso.

Ambos hombres parpadearon, atónitos.

—¿Majestad...?

—Denle más acceso.

Y más visibilidad.

Quiero que todos vean lo que hacen cuando tienen miedo.

*

Esa noche, un sirviente encendió por error una antorcha vieja en el pasillo del ala sur.
La llama iluminó una grieta sutil en el mármol del suelo,
invisible durante décadas.

No era profunda.

Ni peligrosa.

Pero ahí estaba.

Como un presagio sin palabras.

*

Y en lo alto de la torre norte,
Goucha, sin ser vista,
observaba la ciudad dormida.

No lloraba.

No rezaba.

Solo pensaba:

—El mundo se está rompiendo.

Y aún no hemos parido a la única que podría repararlo.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 3: *El refugio entre tres — El vínculo secreto crece*

Pasaron los meses como polvo sobre piedra: lentos, invisibles... pero inevitables.

Y cuando el mundo volvió a mirarse, ya no era el mismo.

El jardín de las lunas estaba cerrado al público.

Nadie recordaba ya por qué.

Antiguamente, se decía que allí florecían las plantas que solo respondían a los eclipses.

Ahora era solo un rincón olvidado, entre muros altos y caminos tapizados de líquenes suaves.

Y esa noche, fue **refugio**.

*

Luana los llevó allí sin escolta.

No pidió permiso.

Solo apareció en la habitación de Lefuan con una lámpara tenue y la frase:

—Ven.

Y trae a Goucha también.

*

No preguntaron.

La siguieron por pasillos en sombra, escaleras sin eco, puertas que se abrían sin rechinar.

Los muros parecían cerrar los ojos al verlos pasar.

Y cuando llegaron al jardín,

no encontraron flores.

Ni fuentes.

Solo **una cama de hojas secas** dispuesta junto a una higuera ancestral.

*

Luana se sentó sobre las hojas.

Goucha, con timidez, se acucilló a su lado.

Lefuan tardó un poco más.

Como si le pesara aún la duda de si **merecía estar allí**.

*

La princesa no dijo nada.

Solo tomó la mano de cada uno.

—Aquí no somos roles —murmuró—.

Ni pactos.

Ni deberes.

Solo nosotros.

*

El silencio era perfecto.

Ni grillos.

Ni viento.

Y sin embargo, **hablaban**.

*

Lefuan la miró.
Su vientre se marcaba apenas en el lino.
La curva de la vida aún frágil,
pero firme como la luna cuando no quiere esconderse más.

Él extendió una mano, con lentitud,
como si pidiera permiso al destino.

Luana la recibió,
y la colocó sobre su piel.

—¿Sientes?

Él asintió.

—Es como si el mundo respirara desde otro lugar —susurró.

*

Goucha, en silencio, se acercó.
Apoyó su cabeza sobre el regazo de Luana,
y cerró los ojos.
Su mano rozó la de Lefuan.
No la sostuvo.
Solo... la encontró.

*

No hubo palabras.
No hicieron el amor esa vez.
No como otras veces.

Pero algo más íntimo ocurrió:

una rendición compartida.

*

Luana se inclinó y besó a Goucha en la frente.
Luego a Lefuan en la boca.
Larga, profundamente.
Y luego, sin prisa,
besó el vientre que llevaba dentro su hija.

*

—Ail —dijo—.
Ya estás entre nosotros.

*

Las lágrimas no fueron tristes.
Ni silenciosas.
Fueron necesarias.

*

Goucha fue la primera en quedarse dormida.
Lefuan la cubrió con su manto.
Luana se recostó entre ambos.
Y esa noche, por unas horas...

el reino no existió.

*

En el cielo, la luna roja descendió antes que de costumbre.
Los cronistas antiguos lo habrían llamado presagio.
Pero allí, en ese jardín oculto,
solo fue **una señal de que el tiempo concedía un respiro.**

*

Y bajo el manto de estrellas,
la hija aún no nacida
soñó con tres voces que la llamaban desde futuros distintos.
Y las reconoció a todas.
Como si fueran una sola.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 4: *La sangre y la daga — Irisel enfrenta la verdad*

El viento del norte traía olor a ceniza.

No de fuego físico.

De **fuego ritual**.

Irisel lo reconocía.

Era el mismo que usaban los adoradores de Voltair en las excomuniones oscuras.

Ceniza de escritura quemada.

El gesto no era solo destrucción.

Era negación.

*

Los informes llegaban en fragmentos.

Ritos interrumpidos.

Altas profanados con sangre de corderos negros.

Simbolismos mezclados: luna tachada, tres cicatrices, un ojo ciego grabado al revés.

Nada cuadraba.

Todo resonaba.

*

Y entonces, llegó el informe más temido:

uno de los acólitos mayores del templo había desaparecido.

No escapado.

Desaparecido.

Sin portales.

Sin registro.

Solo una túnica doblada sobre el altar menor...

y una sola palabra escrita con el dedo en la cera:

"Dentro."

*

Irisel pidió silencio.

Cerró la cámara.

Y descendió sola a la **cripta de los juramentos rotos**.

*

Allí, ocultos tras sellos y plegarias que ya nadie recitaba,
se conservaban los registros de los desertores.

Pero ella no buscaba nombres.

Buscaba **símbolos**.

*

Pasó horas decodificando.

Comparando las marcas del atentado en la ceremonia,

los gestos de los niños que murieron,
los textos sin autor que circulaban entre los muros.

Y entonces, lo vio.

No era Voltnir.

Era algo más.

Algo que usaba los símbolos de Voltnir como una máscara...
pero que no adoraba la sombra.

Adoraba el silencio.

*

Ese hallazgo le heló la sangre.
Porque el silencio no era ausencia de sonido.

Era ausencia de forma.

*

Al anochecer, un cuervo la esperaba en su celda.
Sin sello.
Sin nombre.

Solo un mensaje, escrito en un lenguaje que solo ella reconocería:

“El relato arde.
Y no habrá reemplazo.
Solo vacío.”

*

Irisel convocó a sus seis agentes ocultos.

Uno no respondió.
Otro apareció muerto, con los ojos abiertos hacia el sol.

Los otros cuatro juraron lealtad,
pero lo hicieron con miedo.

—Esto ya no es política —dijo uno de ellos—.
Es algo más grande.
Algo sin rostro.

*

Irisel salió sola.

En la parte baja de la ciudad, junto a las ruinas del viejo teatro,
encontró a **Étan**, el acólito perdido.

Estaba desnudo, cubierto de símbolos pintados en barro.
Sus pupilas no enfocaban.
Pero su voz...

hablaba con precisión quirúrgica.

—El dios que viene no tiene nombre —dijo—.
Ni intención.
Solo propósito.
Él no quiere tu alma.

Solo **tu relato.**

*

Irisel lo escuchó en silencio.

Cuando terminó, no lo mató.

Tan solo lo arrestó.

Y mientras él lloraba como un niño,
ella pensaba:

—Si no protegemos el lenguaje,
no quedará nada que valga la pena salvar.
Ni luz.
Ni sombra.
Solo ruido.

*

Esa noche, Irisel volvió al templo.

No rezó.

Solo afiló su daga,
y la enterró **en un libro sagrado ya vacío.**

—Que me juzgue Assil —susurró—.
Pero yo no dejaré que nos borren.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 5: *El fuego en los archivos — La historia comienza a arder*

Siete días cruzaron el reino en silencio, como si el tiempo caminara de puntillas.

La Biblioteca de la Llama Interior era más antigua que el palacio.

Sus columnas de ónix, sus vitrales translúcidos,
y sus escalinatas que descendían doce pisos bajo la tierra,
guardaban no solo textos.

Guardaban los relatos que le daban sentido al mundo.

*

Esa noche, no había luna.

Solo el murmullo de hojas.
De las que aún no ardían.

*

Los guardianes del archivo notaron la intrusión tarde.

El fuego no comenzó con llamas.
Comenzó con un encantamiento susurrado en un dialecto olvidado.

Las palabras exactas no sobrevivieron.
Solo sus efectos:

tinta que se invertía,
pergaminos que se volvían ceniza sin arder,
libros que olvidaban sus propios títulos.

*

Cuando Irisel llegó, ya era demasiado tarde.

Cinco pisos estaban colapsados.
El aire olía a cera quemada y humo de tiempo.

Ella descendió con pasos lentos,
como si caminara sobre huesos.

*

Lefuan la encontró en el nivel nueve.

Estaba de pie,
ante un códice que aún resistía.

Uno sin título, sin autor,
con tapas de cuero negro sin símbolo alguno.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—No lo sé —dijo Irisel—.
Pero no lo pueden tocar.

*

Él se acercó.
Extendió la mano.
El libro vibró.
Y luego se abrió.
Por sí solo.

Mostró un único fragmento:

“Vendrá uno sin raíz ni rama.
Traerá la chispa que no enciende,
sino que revela lo que ya ardía.”

*

Lefuan sintió algo moverse en su pecho.
No un recuerdo.
No una emoción.

Un eco.

*

En otro extremo del archivo,
Goucha halló entre los escombros un objeto pequeño:
un trozo de vidrio negro,
curvado como una luna rota.

Lo tomó con ambas manos.
Y sin saber por qué,
lo sostuvo contra su frente.

El objeto estaba caliente.

Pero no quemaba.

Resonaba.

*

Más tarde, cuando todos se retiraban,
una figura encapuchada arrojó un segundo conjuro.

No fuego esta vez.

Olvido.

Un círculo de silencio se expandió por los niveles inferiores.
Todo lo que allí se había guardado
—nombres, fechas, tratados, mapas, genealogías—
se borró.

No solo físicamente.

De la memoria.

*

El fuego fue solo una distracción.

La verdadera arma había sido el **vacío.**

*

Esa noche, el Consejo se reunió sin convocatoria formal.

Arihén habló por fin:

—No estamos ante fanáticos.
Estamos ante **reescritores**.

Y si no actuamos pronto...
no seremos derrotados.
Seremos **corregidos**.

*

Fuera del palacio, el pueblo lloraba la pérdida.
Pero no de los libros.
De lo que esos libros **sostenían**.

Historias de origen.
De sentido.
De orden.

Y ahora, como en un incendio real,
cada uno empezaba a inventar su propia versión de las cenizas.

*

Esa misma noche,
Luana sintió a Ail moverse con fuerza por primera vez.

Apoyó ambas manos sobre su vientre.
Y susurró:

—No te daré certezas.
Solo un nombre.

Y te lo diré tantas veces...
que nadie pueda borrarlo.

*

Y así lo hizo.

Una, dos, tres veces.

“Ail.
Ail.
Ail.”

Como si escribirla sobre la carne bastara
para que **la historia** no muriera.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 6: *Entre los escombros — Lo que aún puede salvarse*

El salón de los tapices estaba en silencio.

El fuego de los candelabros chisporroteaba como si temiera hablar.

Arihén y Lefuan estaban solos.

No como reina y consorte.

No como enemigos ni aliados.

Solo como **dos figuras que habían apostado todo... y comenzaban a contar pérdidas.**

*

La reina sirvió dos copas de vino de safrán.

Una tradición reservada para funerales.

—Mi esposo me decía —comenzó ella sin mirar—, que el trono es un espejo que solo refleja bien cuando sangras frente a él.

Lefuan no respondió.

Solo bebió.

*

—Si yo muero —continuó ella—, que mi hija te sobreviva.

Él alzó la mirada, ahora fija.

—Eso no deberías decirlo.

—Lo sé. Pero esta no es una conversación para hacer lo correcto.

*

Afuera, el viento movía los tapices con furia contenida.

La escena de la fundación de Naorhal se agitaba como si quisiera huir de sí misma.

*

—No quiero tronos —dijo Lefuan.

—Lo sé —respondió ella—.

Pero aún así, todos te miran como si ya lo sostuvieras.

*

Goucha, en otra ala, observaba el objeto que había recuperado en los archivos.

El fragmento de vidrio negro ahora palpitaba con un calor tenue.

Cada vez que lo acercaba al pecho, **sentía algo moverse dentro de ella.**

No miedo.

No certeza.

Algo más... antiguo.

*

Y en la torre norte, **Luana escribía cartas.**

A sus ministros.

A sus soldados.
A su hija aún no nacida.
Cartas que no serían enviadas.
Pero que **debían existir.**

*

Esa noche, cuando Lefuan volvió a sus aposentos,
la encontró esperándolo en el umbral.
Descalza.
Con una túnica azul claro, los cabellos recogidos, los ojos abiertos.
No dijo nada.
Solo le tendió la mano.

*

Entraron juntos.
No había fuego.
Ni música.
Solo el murmullo del viento golpeando las cristaleras altas.
Luana se desvistió sin ceremonias.
Lefuan la contempló como si no supiera si debía acercarse.
Como si fuera la última vez...
y no supiera **si debía arriesgarse a recordarla así.**

*

Ella lo ayudó a quitarse la capa.
La camisa.
La duda.
Y cuando sus cuerpos se encontraron,
no fue con hambre.
Fue con lentitud.
Con precisión.
Con amor que no prometía mañana.

*

Luana se acostó sobre él.
Sus vientres se alinearon.
Ail se movió entre ambos.
—¿Lo sientes?
—Sí.
—¿Y te duele?
—No.
—Entonces... deja de resistirte.

*

Hicieron el amor con silencios,
con respiraciones entrecortadas,
con besos que no eran suaves,
pero sí sinceros.

Y cuando terminaron, no se separaron.

Se quedaron así, envueltos uno en otro,
como si el mundo pudiera quemarse...
y ellos resistir con solo estar tocándose.

*

—¿Y si todo se rompe mañana? —susurró él.

—Entonces esta noche será lo que intente recordar
cuando ya no quede nada.

*

Goucha, desde su cuarto, no dormía.

Escuchaba el viento.

Y en sus sueños...
veía **a Luana caer.**

Una vez.

Otra.

Y otra más.

Cada vez distinta.

Cada vez inevitable.

*

Y comprendió, sin palabras,
que algo estaba mal.

Que alguien —o algo—
estaba **probando posibilidades.**

Y ninguna...

dejaba vivir a Luana.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 1: *Los pasos sellados — Últimos días antes del final*

El sol no amaneció ese día.

No porque estuviera nublado.

Ni por conjuro alguno.

Sencillamente...

el sol tardó.

*

Luana lo notó desde su balcón.

Envuelta en una capa ligera, descalza, con el cabello recogido de forma sencilla.

Ail se movía dentro de ella con insistencia.

—¿También lo sientes? —susurró al vientre—.

¿Ese retardo...?

Puso ambas manos sobre la curva de su vida.

Y cerró los ojos.

*

Cada noche soñaba con su muerte.

A veces era en el altar.

Otras, en los jardines.

Una vez, **ahogada.**

Otra, **desnucada al caer por una escalera de mármol.**

Y lo peor no era el sueño.

Era que, al despertar, recordaba cada detalle.

El cuchillo.

El rostro del asesino.

La ausencia de palabras.

*

Goucha soñaba lo mismo.

Nunca se lo dijo.

Solo la observaba dormir, abrazada a ella por detrás, con una mano sobre su vientre, y otra aferrada a la sábana como si pudiera impedirle irse.

*

Lefuan ya no dormía.

Pasaba horas en silencio,

sentado frente a libros que no le decían nada.

A veces los leía en voz alta, como si hablar en voz alta pudiera anclarlo a este tiempo.

Otras veces...

simplemente salía al balcón,

y contaba cuántas veces las antorchas del palacio **parpadeaban en sincronía.**

Demasiadas.

*

El día en que el sol tardó, Lefuan se acercó a Luana.

Ella no lo escuchó entrar.

Solo sintió su brazo alrededor de la cintura,
y su frente apoyarse en su espalda.

—No sé cómo, Luana.

Pero algo se está torciendo.

No aquí...

En el hilo.

Ella no preguntó.

Solo dijo:

—Lo sé.

*

En el patio de entrenamiento, Irisel repetía la misma secuencia de movimientos por sexta vez.

Cada vez, con una ligera variación.

Cada vez, con la sensación de que **ya había entrenado esa exacta secuencia... esa mañana.**

Pero los cronómetros sagrados no mostraban error.

Y aún así...

cada vez que su daga terminaba en el aire,
una flor blanca caía al suelo.

La misma flor.

Una y otra vez.

*

Arihén convocó a los suyos.

Les habló desde el estrado de la Llama Silente.

No anunció guerra.

No condenó enemigos.

Solo dijo:

—Este reino ha vivido tantas versiones de sí mismo,
que quizás...
ya no sepa cuál es la verdadera.

*

En el ala sur, Goucha y Lefuan compartieron un desayuno tardío.

No hablaron de Luana.

Ni de sueños.

Ni de temores.

Solo de Ail.

Goucha acarició el vientre que no era suyo,
pero que **sentía como si lo fuera.**

—¿Crees que se parecerá a ti?

—Dioses, espero que no.

—¿Por qué?

—Porque yo soy alguien hecho de cortes.

Ella rió.

—Entonces esperemos que herede lo que aún no te rompieron.

*

Y por la tarde, cuando la brisa sopló por entre los corredores,
una melodía se escuchó en el aire.

Nadie la tocaba.

Nadie la cantaba.

Pero era la misma que se escuchó en la ceremonia del Cántico de la Continuidad...
la que terminó con una explosión.

*

Luana la oyó.

Goucha también.

Irisel se detuvo en seco.

Lefuan se giró hacia el balcón.

Y Ail...

pateó.

Fuerte.

Como si respondiera a un eco que aún no había llegado.

*

Ese día terminó con un atardecer rojo.

Las lunas no se alzaron a la vez.

Una llegó tarde.

La otra no apareció.

Y nadie lo mencionó.

Porque todos,

en el fondo,

sabían.

*

El final ya no se aproximaba.

Estaba esperándolos.

De pie.

Con la misma paciencia que tiene la luz cuando se va.

♦ Capítulo 8 – Donde el oro no es promesa, sino espejo

Subcapítulo 1.5: Alianzas bajo cintas blancas

Los preparativos para la boda no comenzaron con flores ni vestiduras.

Comenzaron con acuerdos.

Con firmas que no tocaban papel.

Con sonrisas que ocultaban cuchillas.

Los pasillos del palacio se llenaron de funcionarios, heráldicas rehechas y emisarios que hablaban en voz baja con la excusa de protocolos.

Cada elección —la tela del estandarte, el orden del cortejo, el vino que se serviría durante la procesión lunar— tenía más implicaciones de las que los artesanos sabían.

Porque cuando una princesa entrega su mano, el reino no solo gana un vínculo.

Redibuja su mapa.

•

Sael de Ryndara llegó sin escolta.

Vestía de gris ceniza, sin el emblema familiar.

Nadie lo esperaba... y sin embargo, todos sabían que vendría.

El duelo con Lefuan, aún recordado con susurros y vino, no había dejado rencor.

Solo una línea clara: Sael gano. *Y eligió no matar.*

Esa tarde, se presentó ante la reina Arihén sin solicitar audiencia.

—No vengo a reclamar lo que no fue mío —dijo, al inclinarse brevemente—.

Vengo a ofrecer lo que aún puedo dar.

Arihén, que rara vez sonreía, sostuvo su mirada con interés calculado.

—¿Y qué es eso, señor de Ryndara?

—Un filo que sabe cuándo no atacar.

Y un escudo que aún sirve, si el reino lo pide.

La reina asintió.

Y sin decirlo, entendió que había ganado un aliado...

no para la boda, sino para lo que vendría después.

•

En otro salón, el **heraldo mayor de Lasas** intentaba negociar una extensión de los puertos comerciales con un delegado menor de la corona.

Ambos bebían el mismo vino, pero uno escupía mentiras mejor envejecidas.

Los mapas sobre la mesa no mostraban rutas navales.

Mostraban deudas.

•

Lysir Val-Raem, por su parte, aún rondaba los pasillos con una sonrisa que sabía cuándo apagarse.

Sus palabras eran cumplidos.

Sus gestos, propuestas.

Y aunque todos sabían que no obtendría nada, él seguía apareciendo como si ya tuviera algo que nadie más veía.

—El amor es solo una herramienta más —le dijo a un joven diplomático que osó preguntarle por su presencia—.

La diferencia está en cómo la usas... o si haces que te la presten.

•

Luana no participaba en esas reuniones.
Pero observaba.

Desde el ventanal de su estudio, veía los carros entrar, los escudos cambiar de orden, los sirvientes moverse con más prisa.

Y en esa coreografía de poder, reconocía lo que nadie decía en voz alta:

la boda no era el final de un cuento.

Era la excusa para empezar uno más difícil de narrar.

•

Esa noche, en la sala de las linternas azules, Lefuan se encontró con Sael por primera vez desde el combate.

No hubo tensión.

Solo una pausa.

Como si el aire reconociera que algo había cambiado.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Lefuan.

Sael lo miró sin altivez.

Solo con claridad.

—Porque no luché por amor.

Luché por el reino.

Y ahora, tú estás en el centro de su balanza.

No me agradas del todo, Lefuan.

Pero te respeto.

Y eso, para un país... es mejor que muchas alianzas.

Se inclinó levemente.

Y se marchó.

•

Los corredores del palacio olían a incienso de boda.

Pero bajo ese aroma flotaba otra fragancia:

la del acero que aún no se desenvaina,

la del juramento que aún no se ha dicho.

La del peligro que no necesita anunciarse, porque ya ha sido invitado...

con tinta invisible y promesas selladas en silencio.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 2: *La sangre sobre el altar — El asesinato de Luana*

El Templo de la Luz Renovada estaba lleno.

No por devoción.

Ni siquiera por curiosidad.

Sino por protocolo.

La princesa Luana presentaría oficialmente al reino la vida que crecía dentro de ella.

Y lo haría en la víspera de su unión,

como si al ofrecer su vientre antes que su mano, recordara al mundo que esta historia no comenzaba con un anillo...

sino con un latido.

Ail.

La hija del futuro.

Heredera del linaje solar.

*

Las columnas estaban cubiertas de telas blancas.

El altar, decorado con ramas de azahar y fuego eterno.

Goucha caminaba tres pasos detrás de Luana.

Irisel, desde una galería alta, observaba sin moverse.

Lefuan, a la izquierda del trono de piedra, vestía sin armas.

Por respeto.

Por error.

*

La ceremonia comenzó con palabras suaves.

Un clérigo recitaba el Lamento de los Nacidos.

Luego, los votos de consagración.

Por último, la presentación de la madre ante los tres altares menores:

—El cuerpo.

—El nombre.

—El destino.

Luana se adelantó con la frente alta.

Sin temor.

Sin temblor.

Ail se movía dentro de ella.

Goucha respiraba al compás.

Lefuan sentía una presión en el pecho,

como si algo estuviera a punto de fallar.

*

Y entonces, ocurrió.

Un sacerdote joven, de rostro sereno y mirada baja,
se acercó con un cuenco de agua consagrada.

Pero el agua no era agua.
Era cristal líquido que brillaba en sombras.
Y la daga bajo su manga...
no era parte del rito.

*

Goucha lo vio.
Un segundo tarde.
Irisel saltó desde la galería.
Un segundo después.
Y en medio de todo eso,
Luana giró.
Y sonrió.

*

El cuchillo entró justo bajo la costilla.
Un solo golpe.
Profundo.
Silencioso.
La sangre cayó sobre las baldosas blancas.
Unas gotas llegaron al altar.
Y por un instante,
la luz misma pareció apagarse.

*

Lefuan gritó.
No una palabra.
Un rugido.
Corrió.
Cayó.
Se arrastró hasta ella.
Goucha sujetó al asesino por el cuello,
Irisel terminó el trabajo.
Pero ya era tarde.

*

Luana estaba en el suelo.
La túnica empapada.
Los ojos entrecerrados.
—No... —murmuró Lefuan—.
No, no, no...
Ella lo miró.
No con dolor.
Ni con miedo.
Con pena.
—Recuerda su nombre... —susurró—.
Aunque no recuerdes el mío.

*

Y murió.

No entre gritos.

No entre luces.

Sino con el silencio exacto que tiene el amanecer cuando se equivoca de día.

*

Goucha cayó de rodillas.

Irisel se quedó de pie, respirando como si acabara de atravesar una batalla que no se libró con armas.

*

Las velas del templo se apagaron solas.

Una a una.

Los asistentes no lloraban.

Ni huían.

Solo observaban.

Porque **algo se había roto...**

que no se podía reparar.

*

En el vientre, Ail aún se movía.

Como si se resistiera.

Como si su existencia no estuviera lista para rendirse.

*

Lefuan tomó el cuerpo en brazos.

La sangre le empapaba los antebrazos.

La túnica.

El alma.

Y sin decir nada,

salió del templo.

*

Ese día, no hubo decretos.

Ni anuncios.

Pero la historia **cambió de dirección.**

Como un río que, de pronto, descubre que hay otra manera de llegar al mar.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 3: *El parto imposible — Ail nace entre ruinas*

El cuerpo de Luana no sangraba ya.
No respiraba.
Y, sin embargo...
seguía tibio.

*

Lefuan la había llevado hasta la cámara de mármol blanco en la Torre de las Benditas, el lugar donde nacían los herederos del trono desde hacía trece generaciones.

El suelo aún estaba limpio.
La camilla no había sido preparada.
Nada estaba listo.

Y aún así, Goucha lo supo apenas cruzó la puerta:
Ail quería nacer.

*

—Está viva —dijo Goucha, arrodillada junto al cuerpo de la princesa—.
Pero no por Luana.
Ella... ella ya no está.
—¿Entonces qué la mantiene?
—No lo sé. Pero se aferra.

*

Irisel apareció detrás.
No preguntó.
Solo trajo a **Mira**, la sanadora de la taberna,
la misma mujer que tiempo atrás había cuidado de Goucha cuando estaba rota.

Mira no se sorprendió.
Solo tocó el vientre.
Cerró los ojos.
Y murmuró:

—Esto no es parto.
Es **una fractura.**

*

Goucha apartó la túnica empapada.
El vientre de Luana se movía con lentitud, como si algo desde dentro buscara abrirse camino
contra las reglas.

Lefuan sujetaba la mano de Luana.
No hablaba.
Solo la miraba como si la voluntad fuera suficiente.

*

Mira, con manos firmes, indicó qué hacer:

—Tú, Irisel, sujeta las piernas.
Goucha, ven conmigo.
Tú, forastero... no la sueltes.

*

Comenzaron.
No hubo gritos.
Ni contracciones naturales.
El cuerpo no cooperaba.
Pero **Ail sí.**

*

El aire se volvió denso.
Las antorchas se apagaron una a una.
Una grieta apareció en el techo.
Y entonces...
la cabeza surgió.
Una niña.
Piel pálida.
Cabellos oscuros.
Ojos abiertos de un color indefinido, entre el gris y el violeta.
Completamente abiertos.

*

Goucha la sostuvo en brazos.
Y antes de que pudiera envolverla,
la niña giró la cabeza...
y miró a Lefuan.
Directo.
Sus labios se movieron.
Una palabra apenas audible.
—Te encontré.

*

Lefuan se quedó inmóvil.
No podía haberlo oído.
Pero **lo oyó.**
Lo supo.
Sintió como si algo muy antiguo y muy íntimo
acabara de decirle que **no estaba solo.**

*

La niña lloró entonces.
Una vez.
Aguda.
Limpia.
Y justo en ese instante...
el suelo crujió.

Una grieta apareció desde la base de la camilla
hasta el mosaico central de la sala.

Nadie cayó.
Pero todos lo sintieron.

El velo había temblado.

*

Lefuan abrió los ojos.

Estaba de pie.
Solo.

La luz entraba a través de las celosías del pabellón norte.
Oía a incienso suave, a flores blancas recién dispuestas en los corredores.

Se miró las manos.
Limpias.
Sin sangre.

El manto que llevaba...
no era el mismo.

Era anterior.

*

Al fondo, oyó una voz.
Clara.
Firme.

—¿Así que estás despierto por fin?

Giró con lentitud.

Luana.

De pie.
Viva.

Con la sonrisa tranquila de quien aún no sabe que el mundo puede romperse.

—Te dormiste en mi habitación —dijo ella, acercándose—.

Pensé que no te ibas a despertar a tiempo para mañana.

Lefuan no respondió.

Solo la observó.
La piel viva.
Los labios intactos.
Los ojos que aún no habían llorado.

El vientre aún no tan prominente.

—¿Qué... día es hoy?

Luana lo miró, extrañada.

—El día antes de la ceremonia.

¿Te sientes bien?

*

Lefuan tragó saliva.

—Sí.

—Mentiste —susurró para sí mismo.

*

Luana le rozó el rostro con la yema de los dedos.

—Ail no ha dejado de moverse desde el amanecer. Creo que está tan nerviosa como yo.

Él la tomó de la mano, sin decir palabra.

Y en su pecho,
donde el dolor había crecido como un nudo irreversible...
ahora latía otra cosa:

el miedo de no saber por qué todo estaba de nuevo como antes.

*

La luz entraba igual.
Los sonidos eran los mismos.
Y sin embargo, cada partícula del aire...
le decía que esto no era el mismo mundo.

*

Y aunque no podía explicarlo,
ni aún a sí mismo,
Lefuan supo en ese instante:

“No es un sueño.
No es un recuerdo.
Es...
un nuevo comienzo.”

Y la hija, aún en el vientre,
pateó.
Como si también lo supiera.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 4: *Donde aún respira el bosque — El intento de escape*

El amanecer llegó sin grietas.

Luana despertó con el canto de las aves del jardín interno,
el mismo que había escuchado cientos de veces.

Pero esa mañana, **no sonaba igual.**

Goucha no dormía.

Sentada en el alféizar, miraba la ciudad aún en penumbra.

—¿Sientes eso? —preguntó.

Luana negó con la cabeza.

—No. ¿Qué?

—El silencio... antes del error.

*

Lefuan no desayunó con ellas.

Cuando llegó, llevaba consigo una bolsa de viaje,
y en los ojos, **algo que no había mostrado nunca: urgencia sin explicación.**

—Nos vamos —dijo.

Luana lo miró, desconcertada.

—¿A dónde?

—A la villa del sur. La antigua residencia de verano.

Sin corte.

Sin protocolos.

Sin amenazas.

—¿Y por qué ahora?

Lefuan no respondió.

*

—¿Qué está pasando? —insistió Luana, firme.

—No puedo explicarlo —dijo él, en voz baja—.

Pero si nos quedamos... algo malo pasará.

*

Goucha lo miró.

Y por un instante, supo.

No qué.

No cómo.

Pero lo supo.

*

Luana, en cambio, negó con suavidad.

—No podemos huir de un palacio... por un presentimiento.

—No es un presentimiento.

—Entonces dime qué es.

Lefuan guardó silencio.

La miró como si ya la hubiera visto morir.

Y eso bastó.

—No puedes pedirme esto —dijo ella, al fin—.

Mañana juro ante los dioses.

Ante el pueblo.

Ante mi madre.

Y esta noche... esta noche presento a Ail como promesa del linaje.

Como heredera.

Como *pilar*.

Lefuan no respondió de inmediato.

No porque no tuviera palabras.

Sino porque sabía que, con Luana, las palabras eran siempre cuchillos: cortaban donde más dolía.

—Yo no te pido que rompas con todo —dijo al fin, con una voz que no era súplica, sino horizonte—.

Solo que elijas qué parte de ti *no* vas a dejar atrás.

Porque si todo esto te consume... ¿qué quedará para Ail?

Luana frunció el ceño.

No por ira.

Por miedo.

—Yo *soy* el reino —dijo, casi en un susurro, como quien repite algo que ha tenido que aprender desde niña—.

Si yo caigo, todo se parte.

—Entonces deja que sea yo quien rompa primero —contestó Lefuan—.

Que me lleve la culpa.

Que cargue con la fuga.

Pero no te dejes deshacer en nombre de una corona que nunca te vio llorar.

No se lo debes.

Tú se lo diste todo.

Luana tembló.

Solo un instante.

Como una vela que duda antes de apagarse.

—¿Y si nos persiguen?

—Ya lo hacen.

—¿Y si nos odian?

—Más razón para no quedarte donde no puedas vivir completa.

Él se acercó.

No la tocó.

No necesitaba.

Entre ambos, el silencio era más firme que cualquier anillo.

—Ven conmigo —le dijo—. No por mí.

Por ti.

Por ella.

Por lo que aún no hemos roto.

Luana cerró los ojos.

El eco de los votos no pronunciados aún colgaba del techo.

Y entonces, sin un gesto dramático, sin lágrimas...
asintió.

Solo una vez.

Como quien acepta que el futuro no siempre tiene forma de altar.

A veces, tiene forma de camino.

*

Partieron esa misma tarde.

Tres caballos.

Una escolta mínima.

Irisel los vio partir desde la muralla este.

No preguntó.

No intentó detenerlos.

Solo dijo:

—Ahora... el resto es mío.

*

Irisel recibió la nota poco antes del alba.

Solo decía:

“Kaer. Iba a asistir como asistente ritual en la ceremonia. Está ligado al Fulgor. No preguntes cómo lo sé.”

Y eso bastó.

Porque cuando Lefuan no explicaba el origen de sus certezas, era porque la verdad ya dolía demasiado.

Kaer estaba encerrado en una celda sin luz.

Aislado.

Mudo.

No hablaba.

No comía.

No parpadeaba.

Irisel lo observó durante horas.

—Sé que no eres el mismo de antes.

Pero sé que ya lo hiciste.

El hombre sonrió.

—¿Lo hice... o me hicieron?

—¿Quién?

—El silencio.

*

Ella no lo mató.

No aún.

Pero esa noche, ordenó cerrar todos los accesos mágicos al templo.

Y comenzó a leer los textos prohibidos que, hasta ahora, había temido tocar.

*

Mientras tanto, en el sur...

La villa era un oasis de otro tiempo.

Hiedra en las paredes.

Cisnes en los lagos.

Caminos de piedra blanca cubiertos de hojas secas.

Luana caminaba descalza.

Goucha reía con las doncellas.

Y Ail... se movía tranquila en su vientre.

*

Lefuan pasaba horas en la galería, sin hablar.

Solo **respiraba**.

Y cada noche, al mirar el rostro dormido de Luana,
pensaba:

—Esta vez... tal vez...

sí.

*

Nadie los buscaba.

Nadie los traicionaba.

Nadie moría.

Por primera vez en lo que sentía como vidas enteras...

nada caía.

*

Y Lefuan empezó a creer —aunque fuera un poco—
que el hilo se podía atar distinto.

♦ Capítulo 8 – Donde el oro no es promesa, sino espejo

Subcapítulo 4.5: El día que no ocurrió

El reino despertó con la respiración contenida.

Ese día, el templo debía llenarse.

La corona debía sellarse.

Y la sangre real, proclamarse bajo la bendición de las dos lunas.

Pero la princesa **no estaba**.

Ni Lefuan.

Ni la niña.

No hubo proclama oficial.

Ni desmentido.

Solo un vacío cuidadosamente ornamentado con silencio.

•

Los clérigos más prudentes lo llamaron "un retraso diplomático".

Los nobles más viejos, "una vergüenza disfrazada de misterio".

Pero los sirvientes del palacio lo sabían con la certeza de los que limpian las ausencias:

Luana se había ido.

Y no sola.

En los corredores, se hablaba de conspiración.

En los patios, de fuga romántica.

En las cámaras altas, de herejía.

Y sin embargo, el templo **no actuó**.

Ni el ejército **marchó**.

Porque nadie sabía aún si lo que acababa de romperse...

era una traición o una señal.

•

En ese interregno, cuando las decisiones tiemblan y las espadas dudan,

Irisel se movió.

No entre columnas ni en salas abiertas,

sino en túneles, sótanos y archivos sin custodios.

La nota de Lefuan seguía en su memoria como una orden grabada sin tinta:

“Kaer. Iba a asistir como asistente ritual en la ceremonia. Está ligado al Fulgor. No preguntes cómo lo sé.”

Y Kaer no había huido.

Lo encontró la misma noche, en una de las cámaras de preparación, manipulando frascos de incienso.

No intentó resistirse.

Solo sonrió.

—¿Esperabas a alguien más? —le dijo, antes de que ella lo inmovilizara con una daga al cuello.

—No. Solo a ti.

•

Tarek fue quien encontró el escondite.

Un sótano bajo un taller de vitrales rotos, donde los acólitos del Fulgor guardaban sus mapas, cartas y nombres.

Había aprendido a moverse entre burócratas sin rostro y vendedores de secretos.

Y aunque Irisel no lo admitiera,
sin él, el cerco no se habría cerrado a tiempo.

—Son siete —dijo Tarek, entregando el pliego escondido entre rollos de tela ritual.

—Cinco están dentro del templo. Dos en las casas de linaje medio.

Uno de ellos... pronunciaría el voto sagrado antes del nacimiento de Ail.

Irisel no dijo nada.

Solo bajó los ojos hacia el nombre subrayado en rojo:

Kaer.

Bajo interrogatorio, Kaer no gritó.

No suplicó.

Solo habló.

Con una calma que dolía.

—No queríamos sangre.

Solo silencio.

Queríamos que la niña naciera sin nombre.

Sin vínculo.

Que el linaje se quebrara no por muerte...
sino por duda.

La secta no buscaba matar.

No aún.

Buscaba sembrar **la grieta**.

•

Con esa información, Irisel ejecutó la purga.

En dos días, la célula entera cayó.

Sin derramar una gota de sangre.

Solo con destituciones, desapariciones discretas, y un fuego simbólico en el altar menor del templo de Assil.

El fuego no era castigo.

Era advertencia.

•

Y sin embargo, el reino seguía temblando.

Porque nadie sabía aún si la princesa había huido por amor, por miedo...
o por visión.

Y peor aún:

nadie sabía si **Lefuan volvería**.

Ni si su hija sería reconocida como heredera...
o como aberración.

•

En las cámaras altas, la reina **no hablaba del tema**.

Pero cada noche encendía una vela en la sala del reflejo.

Una para Luana.

Una para Ail.

Y una tercera...

sin nombre.

La única que, cada amanecer, amanecía apagada.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 5: La semilla y la luna

Había paz, por primera vez en mucho tiempo.

Lefuan no sabía cuánto duraría, pero por ahora, se dejaba caer en ella como en una hamaca tibia. Lejos del trono, de los ojos del clero y de las intrigas palaciegas, vivía con Luana en una villa discreta, rodeada de fuentes cantoras y jardines encantados que florecían a la voluntad de la princesa.

Los días eran largos. Las noches, suaves.

Goucha cuidaba de la casa con la eficiencia silenciosa de una sombra fiel, pero cada tanto, dejaba que una sonrisa se le escapara al verlos reír.

Y entre ellas, como una hebra invisible, se movía Tala: la joven tejedora que había seguido a Luana desde la capital, encargada de ropas, remiendos... y de guardar los secretos sin nombre.

El embarazo avanzaba como una danza de lunas: delicado, magnético.

Luana, altiva incluso con la barriga redondeada, se dejaba acariciar el vientre con la altanería de una reina y la ternura de una niña.

—Va a ser hija de las dos lunas —decía con orgullo—. Concebida bajo su alineación. Y nacerá cuando ambas se abracen de nuevo.

Goucha, sentada junto a ella, le cepillaba el cabello y asentía sin hablar.

Tala cosía en una esquina, sin alzar la mirada, pero sus dedos se detenían cada vez que Ail pateaba. Como si ella también lo sintiera.

Había algo sagrado en esa espera. Lefuan lo sentía incluso en su propio cuerpo, aunque no pudiera explicarlo.

La conexión entre las tres almas era algo más que amor. Era una sinergia emocional viva.

Cuando Luana sentía dolor, Goucha lo anticipaba.

Cuando Goucha se emocionaba, Lefuan lo percibía.

Cuando Lefuan tenía pesadillas, ambas despertaban.

Y Tala, la silenciosa, bordaba sin preguntar. Como si ya hubiera vivido este momento muchas veces.

—Esto es magia antigua —dijo un día Goucha—. No fue creada. No fue enseñada. Sólo... es.

Él no respondió. Solo se quedó mirando el fuego, sabiendo que tenía razón.

*

La noche del parto fue anunciada por un fenómeno inusual: ambas lunas descendieron más de lo normal, colgando del cielo como si quisieran espiar por las ventanas.

Luana gritó su dolor sin vergüenza.

Goucha la sostuvo con fuerza felina.

Lefuan, contra todo pronóstico, fue quien recibió a la criatura, con las manos temblando y el corazón galopando como si fuera a quebrarse.

—Una niña... —dijo, sin aliento.

—Ail —respondió Luana con los labios partidos por el esfuerzo—. Se llamará Ail.

Como el susurro de una estrella que no se apaga.

La niña no lloró.

Solo los miró con ojos de un color indefinido, entre el gris y el violeta,

y soltó un sonido breve...

una especie de canto suave, como un murmullo que no pertenecía a este mundo.

Tala la envolvió con la manta que había tejido en silencio durante semanas. Ni una palabra. Solo un leve asentimiento al pasarle la criatura a Goucha. Como si supiera que su oficio no era hablar... sino sostener lo que los demás aún no comprendían.

Goucha la sostuvo por turnos. Su cuerpo temblaba. Una parte de su alma se había fundido con la recién nacida.

—Está marcada... —murmuró, con los ojos húmedos—. Por Naeliz. Por algo más grande que nosotros.

Lefuan la miró. Y por primera vez, lo sintió.

Un ancla.

Un motivo.

Un vértice desde el que podía redefinir toda su existencia.

Ya no era un heraldo.

Ya no era solo un extranjero.

Era padre.

Y al mirar a Ail, tan pequeña, tan nueva, la reconoció.

No con los ojos.

Sino con algo más hondo, como un eco que atraviesa el tiempo.

Era ella.

La misma que había visto nacer en un mundo que ya no existía, y que ahora volvía a empezar...

como si la historia aún quisiera salvar algo de sí misma.

*

Durante los días que siguieron, la villa se llenó de música callada, aromas dulces y risa.

Ail crecía rápido. Su mirada lo perforaba todo.

A veces, parecía ver cosas que no estaban allí.

O anticiparse a los pasos de los demás.

Goucha lo confirmó:

—Ail está ligada al tejido del tiempo. No es normal.

—¿Crees que es por mí?

—No. Creo que es por ella misma. Como si Naeliz... la hubiera moldeado con intención.

Tala, desde el umbral de la habitación, no dijo nada.

Solo hizo una última puntada y se retiró, dejando tras de sí una tela bordada con dos lunas entrelazadas y una estrella dormida en medio.

Nadie le había dicho qué coser.

Pero bordó exactamente lo que debía.

Lefuan no sabía si sentirse bendecido o temeroso.

Pero nada de eso importaba.

No en ese momento.

Porque esa era su familia.

Y por primera vez, se sintió completo.

Sin saber que el precio por esa completitud ya estaba inscrito en las estrellas.